

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**VIVIENDO CON LOS ÁNGELES
VIDA DE LA
BEATA INÉS DE BENIGÁNIM**

LIMA – PERÚ

**VIVIENDO CON LOS ÁNGELES
VIDA DE LA BEATA INÉS DE BENIGÁNIM**

Nihil Obstat
Padre Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Inprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: INFANCIA Y JUVENTUD

Ambiente social.
El convento de Benigánim.
Infancia. Entrada al convento.

SEGUNDA PARTE: VIDA EN EL CONVENTO

Profesión perpetua.
El demonio. Trabajos y penitencias.
Viacrucis. Iglesia de san Salvador.
Su obediencia. Humildad y sencillez.
Hermana de coro.

TERCERA PARTE: DONES DE DIOS

Dones sobrenaturales
a) Fragancia sobrenatural.
b) Éxtasis. c) Desposorios.
d) Conocimiento sobrenatural
e) Profecía. f) Bilocación.
g) Don de curar. h) Don de hacer milagros.
Asistencia a los agonizantes.
Las almas del purgatorio.
Ayuda de las almas.

CUARTA PARTE: SUS AMORES

Amor a Jesús Eucaristía.
Confianza con Jesús.
Amor a la Virgen María.
Amor a los santos.
Viviendo con los ángeles.

QUINTA PARTE: SU MUERTE

Última enfermedad y muerte.
El entierro. Milagros después de su muerte.
Milagros aprobados para su beatificación.
Exhumaciones. Anotaciones

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA.

FUENTES HISTÓRICAS

Las primeras fuentes históricas que hemos tomado en cuenta han sido las oraciones fúnebres que con motivo de sus exequias fueron predicadas el mismo año de su muerte 1696. Otra fuente importante han sido las notas escritas el año 1712 por el padre Jaime Jordán en su libro *Historia de la provincia de la Corona de Aragón*, segundo tomo, libro quinto, páginas 570 a 611, y que están basadas en las cuatro oraciones fúnebres que habían sido impresas.

Otra fuente preciosa es el libro del padre Tomás Vicente Tosca, sacerdote del Oratorio de san Felipe Neri, que escribió su vida el año 1715 y que fue incluida en el proceso informativo de Valencia. Al citar *Tosca* hacemos referencia a su libro *Vida, virtudes y milagros de la venerable Madre Josepha María de Santa Inés de Benigánim*, Valencia, 1715.

La más importante fuente de información es la vida escrita por el padre Felipe Benavent, párroco de Benigánim, que fue un tiempo su confesor, y cuyo manuscrito está en poder de las religiosas agustinas descalzas de Benigánim. Fue publicado en 1882 con algunas adiciones del padre Juan Bautista Martínez, postulador diocesano de la causa de beatificación, quien tuvo en cuenta los testimonios de los testigos del Proceso.

Nosotros, al citar al padre Felipe Benavent nos referiremos exclusivamente a su escrito *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de Santa Inés*, Valencia, 1913, según la primera edición de 1882; las adiciones del padre Juan Bautista Martínez las daremos a conocer.

Al citar *Pedro de la Dedicación* hacemos referencia al libro del padre Pedro de la Dedicación de la Virgen del Pilar, que publicó la *Vida, virtudes y carismas de la beata Josefa María de Santa Inés*, publicada en Valencia, según la segunda edición de 1974. Esta vida de la beata está muy bien documentada, ya que el padre Pedro, como postulador de las causas de beatificación y canonización de la Orden de Agustinos Recoletos, pudo conocer todos los testimonios de los testigos del Proceso, que se encuentran en el archivo del Vaticano.

INTRODUCCIÓN

La vida de beata Inés de Benigánim es una vida llena de maravillas. Lo natural y lo sobrenatural se entremezclan en ella con toda normalidad. Su relación permanente con Jesús, con la Virgen María, con los santos y los ángeles, hacen de su vida un cielo en la tierra; con la diferencia de que en el cielo no se sufre, todo es felicidad, y ella debía sufrir muchas enfermedades y penalidades para ganar almas para Dios.

Su relación con su ángel custodio, y en general con los ángeles, era algo de todos los días. Por eso hemos puesto de título *Viviendo con los ángeles*. Se preocupaba mucho de la salvación de los pecadores y, en especial, de los agonizantes, a muchos de los cuales asistía personalmente en sus últimos momentos. También oraba continuamente por las almas de purgatorio y muchas de ellas venían a su celda a pasar su purgatorio con el permiso del Señor.

Su relación con Jesús era tan amigable y sencilla que, a veces, jugaban como niños pequeños. Por algo Dios quiso que mentalmente fuera toda su vida una niña. No tenía malicia alguna, no conocía las cosas del mundo y era tan inocente que todo se lo creía, aunque le dijeran sus hermanas las cosas más disparatadas. Pero espiritualmente era una gigante del espíritu y oraba y sufría como una valiente mujer que sabía que Dios hacía depender de ella la salvación de muchas almas. Para ello el Señor le concedió algunos dones sobrenaturales como el don de bilocación, del conocimiento sobrenatural, de profecía, de curar y de hacer milagros.

Leer su vida es como respirar el aire puro de la santidad a la que todos estamos llamados. Te deseo un buen viaje por la vida para hacer de ella un cielo en la tierra, en especial cuando asistas a la misa, donde te encuentras con Jesús, con María y con todos los ángeles y santos que se hacen presentes.

PRIMERA PARTE INFANCIA Y JUVENTUD

AMBIENTE SOCIAL

Cuando nace nuestra beata en 1625, gobernaba la Iglesia el Papa Urbano VIII (1623-1644) y en España, el rey Felipe IV, bajo cuyo mandato España irá perdiendo prestigio y poder. Sin embargo, a la par de la decadencia material y económica del país, hay un florecimiento espiritual. Nacen nuevos Institutos religiosos y florecen santos y escritores de temas religiosos.

Nuestra beata nace en Benigánim, un pueblo de la región valenciana, a 71 kilómetros de Valencia y que pertenece a la comarca del Valle de Albaida, cerca de Játiva. Actualmente tiene unos 5.000 habitantes y predominan los cultivos de secano: vid, cebada, cebolla, olivos y árboles frutales. La industria fabrica licores, aceites, harinas y garrafas de vidrio. A sus habitantes se les llama beniganenses en castellano y beniganins en valenciano.

EL CONVENTO DE BENIGÁNIM

Las agustinas descalzas de Benigánim, a cuyo convento perteneció la sierva de Dios, tenían como padre a san Agustín (354-430), el gran doctor de la Iglesia, pero también consideraban como padre a san Juan de Ribera (1533-1611), que fue arzobispo de Valencia y el auténtico fundador de esta rama agustiniana de las agustinas descalzas. San Juan de Ribera las fundó en Valencia y Alcoy, de donde fundaron otros conventos. También tenían como madre fundadora a santa Teresa de Jesús, pues san Juan de Ribera les entregó las Constituciones de esta gran santa para observarlas.

El convento de Benigánim fue fundado en 1611, cuando ya había muerto el 6 de enero de ese mismo año san Juan de Ribera. Llegaron en el mes de junio cinco religiosas procedentes del convento de Valencia. Eran la Madre Dorotea de Jesús, la Priora; Madre Catalina de la S. Trinidad, M. Vicenta de San Francisco, M. Esperanza del Calvario y M. Victoria de San Esteban. Nunca fueron muchas religiosas, pues según las Constituciones de santa Teresa no pueden ser más de 21. En una ocasión, llegaron hasta 26, pero con frecuencia había algunas

vocaciones que debían esperar. Actualmente sólo hay conventos de agustinas descalzas en Benigánim, Murcia y Alcoy (Alicante).

La iglesia del convento tenía por titulares a la Purísima Concepción y a san José. El convento poseía una magnífica huerta con un estanque de riego, un palomar y varias ermitas, donde las hermanas se retiraban a orar y hacer penitencia. Esta huerta será el lugar preferido donde Jesús se le aparecerá para conversar con su querida esposa.

También poseía el convento una viña de uva blanca que sor Inés llevó como dote. Y recibían ingresos de un colegio de niñas que funcionaba en el mismo convento, aparte de algunas señoras seglares que vivían allí, en sitio aparte, pagando su pensión.

Durante la guerra civil (1936-1939) el convento fue quemado y se perdieron muchas reliquias de la beata.

INFANCIA

Nuestra beata se llamaba Josefa Teresa Albiñana Gomar. Nació en Benigánim (Valencia) el 9 de febrero de 1625. Parece que fue bautizada el mismo día de su nacimiento.

Sus padres se llamaban Luis Albiñana y Vicenta Gomar. Perteneían a familias sencillas, honradas y muy cristianas, y tenían mucha amistad con las religiosas agustinas descalzas. Se casaron el 30 de julio de 1623. Al año y medio de su unión matrimonial nació Josefa Teresa y Agustín, gemelos, pero Agustín murió a los pocos días de recibir el bautismo. Los padrinos de la beata, según su partida de bautismo, fueron Esteban Pastor y Teodora Tudela; pero no está claro si se bautizó en la iglesia de san Miguel o en la del Santísimo Cristo de la Sangre, ambas de Benigánim.

A sus ocho años, el 24 de agosto de 1633, recibió el sacramento de la confirmación del visitador del arzobispado de Valencia Vicente Clavería. Su madrina fue Doña Juana Delgado.

Era Josefa Teresa muy niña cuando falleció su padre y, compadecido de la viuda, Don Bartolomé Tudela, que era pariente de la familia, recibió en su casa a la pequeña Josefa y a otra hermana menor, llamada María. En casa de este tío recibió Josefa las primeras señales de predilección de Dios y algunas visitas sobrenaturales.

Su madre contaba a las religiosas del convento que, cuando tenía cinco años, una noche se acostó sin rezar sus oraciones. Al despertarse a medianoche, se dio cuenta de su falta y se puso de rodillas para rezarlas. Lo hizo con tanto fervor que se quedó en éxtasis y su madre la vio levantada del suelo a cierta altura.

Tendría unos doce o catorce años, cuando un día en que estaba ocupada en lavar y tender ropa, se le apareció Jesucristo vestido de nazareno. *Jesús estaba dentro de un óvalo celestial, formado por multitud de estrellas brillantes, y le dijo: “Josefa, ¿quieres ser mi esposa?”*. Esto mismo sucedió otro día estando en la iglesia parroquial de Benigánim. El señor le preguntó: *“Josefa, ¿me quieres por esposo, ya que yo te quiero para mí?”*... Y ella respondió con profunda humildad: *“Mi Dios, mi Redentor y Señor mío, aquí tenéis a esta vuestra indigna esclava, pronta a hacer vuestra santísima voluntad y obedeceros en todo”*¹.

Esta visión marcó el sentido de su vida, pues en el futuro, estando en el convento, cada vez que se acordaba o le recordaban la aparición del Nazareno de la O (o de Quatretonda) se extasiaba. De modo que muchas veces sólo por verla extasiada se lo recordaban sus hermanas religiosas.

Esta visión se la contó al día siguiente a su confesor, el párroco de Benigánim, padre Juan Bautista Loris, quien la admitió el domingo siguiente a recibir la comunión. En el momento de su primera comunión, de nuevo se le apareció Jesús y le renovó su pedido de si quería ser su esposa y ella le volvió a reiterar el Sí.

A partir de entonces, el prudente confesor le permitió acercarse con frecuencia a recibir la comunión, aunque no era común en ese tiempo. Ella estaba feliz, recibiendo a Jesús y deseando amarlo por toda la vida en un convento. Los días pasaban tranquilos hasta que un día ocurrió un suceso trágico, que en el Proceso lo atestiguan todas las religiosas por habérselo oído a la interesada. *Un perro se comió un pedazo de sebo que tenía guardado su tío para una medicina. Atribuyéndolo a un descuido de Josefa, inflamado, por una parte, de cólera y por otra, incitado del demonio, le disparó una escopeta cargada con dos balas; pero como el Señor la quería conservar para gloria suya, dispuso que, pasando las balas junto a la cabeza de Josefa, se clavasen en la pared, en la cual se mantienen todavía las señales con la singularidad de que, habiendo tapado varias veces aquellos agujeros con yeso, éste se ha caído inmediatamente... Y fue tan grande el susto que tuvo Josefa que le dio un mal de corazón o gota coral, que padeció después toda su vida, derribándola muchas veces en el suelo con*

¹ Benavent, p. 8.

*dolores terribles. Esto se repetía singularmente cuando se ofrecía a padecer y satisfacer por las almas del purgatorio*².

Sus tíos tenían intención de casarla, pero ella siempre se resistió, diciendo que no había tenido ni tendría jamás otro esposo que Jesús. Viendo sus tíos su firme resolución, desistieron de sus intentos y lo mismo un joven que la pretendió durante algún tiempo; el cual se casó con su hermana María, que murió a los pocos años de casada.

*En cierta ocasión, subiendo Josefa al granero de la casa de su tío en compañía de Francisco Mestre, criado de la casa, para llenar un costal de trigo, intentó éste hacerle un ademán menos puro, pero Josefa, dándole una bofetada y diciendo: “Yo soy virgen”, huyó; y dando un brinco saltó por una ventana a la casa vecina hasta que vino gente. Consérvase todavía la ventana por donde salió y es tan pequeña que sólo tiene de luz un palmo y cuarto de alto y tres cuartos de palmo de ancho, de lo que se infiere haber obrado Dios un milagro para premiar el celo y el amor de su sierva a la castidad y pureza... Este caso fue contado en uno de los sermones de las exequias de la beata y, oyéndolo el referido Francisco Mestre, se puso a llorar, manifestando haber sucedido con él. Otra vez, advirtió que en un lugar retirado de la casa había un mozo y una moza hablando y haciendo con desenvoltura algunas acciones que le parecieron menos decentes, y llevada de su ardiente celo por la castidad y limpieza, tomó un palo y, a palos, los hizo salir de casa, dando razón a su tíos para que pusiesen remedio*³.

Era muy pura e inocente en materia de castidad y huía de todo lo que le olierá a deshonestidad. Siendo religiosa, a los que la visitaban les aconsejaba que fueran devotos de santo Tomás de Aquino y se ciñesen el cordón que suelen bendecir los padres dominicos para precaverse de las tentaciones de impureza; y aconsejaba a los hombres que tuvieran mucho cuidado en el trato con las mujeres.

Su confesor, Juan Bautista Loris, teniendo ella 15 ó 16 años, para evitar solicitudes matrimoniales le aconsejó que cada vez que saliera de casa fuera mordisqueando un pedazo de pan. Así haría un acto de humildad y la gente la tendría por idiota, burlándose de ella.

Josefa era muy ingenua. Tenía una mentalidad de niña de cuatro años para las cosas del mundo, mientras que para las cosas del espíritu estaba muy adelantada y buscaba la manera de entrar en el convento de las agustinas

² Benavent, pp. 10-11.

³ Benavent, pp. 9-10.

descalzas de Benigánim. Cuando su tío la enviaba para darles alguna ayuda, ella pedía que la recibieran cuanto antes, pero ellas, como habían oído comentarios desfavorables, dudaban en recibirla. Un religioso, conocido de las religiosas, había ido a advertir a la Madre Priora de no recibirla, pues, según él, era una muchacha atolondrada y glotona, como todo el mundo sabía. Sin embargo, después de pedir informes a diferentes personas, decidieron recibirla como hermana lega, no de coro. La Madre Priora, sor Leocadia, que era una persona de gran virtud, según atestiguaron en el Proceso todas las religiosas, les habló que había tenido una visión del Señor para que la recibiera.

ENTRADA AL CONVENTO

Su entrada al convento fue el 25 de octubre del año 1643 a sus 18 años de edad. Ella les manifestó a las hermanas que aquel día, en su camino al convento, el demonio le ponía trabas para caminar, pero lo venció, pasó por encima de él y le pisoteó la cabeza, entrando en el suspirado convento en el día señalado.

Durante los ocho primeros meses, las religiosas probaron su vocación y vieron que era fuerte y robusta para hacer toda clase de trabajos físicos, y también muy obediente y fervorosa. Por ello, el 26 de junio de 1644, la vistieron con el hábito agustiniano. Ese mismo día el demonio se enfureció, como lo cuenta bajo juramento en el Proceso sor Catalina María de San Agustín. Declaró: *Al mismo tiempo que en la iglesia del convento se tenía en la ceremonia un devoto sermón, como es costumbre en estos casos, movió el demonio un temblor tan formidable, que causó muchos daños en todo este reino de Valencia, especialmente en la villa de Benigánim, donde pareció que se hundía la iglesia del convento; y por este motivo las religiosas que asistían y estaban en la sacristía del convento, en la verja que llaman de los velos y mira a la iglesia, así como todas las personas que se encontraban a la sazón en la iglesia, abandonando sus puestos se dieron a huir precipitadamente. Las religiosas huyeron a la huerta y la gente a la plaza que hay delante del convento, dejando sola a Josefa, la cual permaneció firme y tranquila, sin experimentar la más mínima mutación de ánimo, y diciendo al sacerdote, que estaba dirigiendo la devota plática, que no se moviese ni tuviese temor alguno, porque todo aquello lo causaba el demonio, con el fin de impedirle la entrada en religión y la vestición del santo hábito. Asegurándose el sacerdote de cuanto le decía la nueva novicia, a quien ya tenía por grande sierva de Dios, permaneció firme y quieto en su lugar, quedando allí ambos solos, el sacerdote en la iglesia y Josefa dentro de la clausura junto a la verja de los velos. Cesando el terremoto, que dio lugar al espanto y huida de las religiosas y demás personas asistentes,*

regresaron todos a sus puestos y continuó hasta el fin la ceremonia de imponerle el hábito de esta santa Religión⁴.

SEGUNDA PARTE VIDA EN EL CONVENTO

PROFESIÓN PERPETUA

Después de la vestición del hábito hubo de ser probada su vocación durante el año de noviciado. Tuvo la suerte de tener dos fuertes columnas de la vida religiosa en la Madre Leocadia de los Ángeles, Priora, auténtica sierva de Dios, y en sor Catarina de la Santísima Trinidad, que era la subpriora. Algunas hermanas, al darse cuenta de la ingenuidad de Josefa, se divertían con ella y la probaban con toda clase de bromas. Todas la llamaron hasta el fin de su vida con el cariñoso nombre de *Nina* en valenciano o *Niña* en español. Además de ser analfabeta, era tartamuda. Nunca llegó a aprender el castellano y hablaba siempre en valenciano con dificultad.

Uno de sus confesores, Jaime Albert, declaró que *en algunas ocasiones le leían en el recreo la partida de bautismo donde le decían que constaba que le habían puesto por nombre Josefa Teresa la raborosa (rabiosa) y que efectivamente ella se mostraba raborosa, porque siendo la despensera de la casa, cuando iba a sacar de la despensa comestibles, acudían los gatos y querían arrebatarle las cosas, pero ella procuraba espantarlos, pues era deber suyo guardar las cosas por obediencia y por obligación de pobreza; y así, porque gritaba a los gatos, las monjas también la llamaban la raborosa⁵.*

Otras veces le decían que, por ser raborosa, le había dado una patada a su hermano gemelo Agustín y, por eso, se había muerto a los siete días de nacido. Ella les respondía: *Yo de eso no me acuerdo*. Pero pensando que podía haber pecado, se acusó de ello al confesor.

Un día le dijeron en broma que no servía para ser religiosa y que la iban a despedir. Ella les respondió: *“Madres, no me digan eso, porque primero me echaré en el pocito que salirme de la casa de Dios”*. Llamaba pocito a un lugar que había en el convento donde recogían un poco de agua para regar el huerto y que tendría unos dos o tres palmos de hondo. Y un día en que se lo repitieron se

⁴ Pedro de la Dedicación, pp. 98-99.

⁵ Pedro de la Dedicación, p. 113.

metió en el pocito diciendo: “A ver si ahora me sacan de aquí”. Y viendo las religiosas que lo tomaba en serio, decidieron no hablarle más de este asunto⁶.

Por fin llegó el deseado día de su profesión perpetua o de su matrimonio espiritual con Jesús. Era el día 27 de agosto de 1645. Tomó por nombre sor Josefa de Santa Inés. A partir de 1690 todas las religiosas intercalaron el nombre de María a su nombre religioso. Por lo que se llamó definitivamente sor Josefa María de Santa Inés, aunque le solían llamar hermana Inés o Madre Inés desde que fue hermana de coro. El padre Pedro Vicente Benavent, que vio el atestado de su profesión, manifestó que ella llevó al convento como dote 100 libras valencianas, que era el valor de una viña de uva blanca y que se llamó viña de la Madre Inés.

EL DEMONIO

Desde el principio de su vida religiosa el demonio, con el permiso de Dios, empezó a molestarla frecuentemente. Ella todo lo sufría por la salvación de los pecadores y de las almas del purgatorio.

Con frecuencia se le aparecían los demonios de diferentes formas, a veces en figuras de santos o ángeles. Para discernir quiénes eran, les exigía que dijeran *Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Purísima Virgen Madre*; y que repitieran el Credo. Los demonios, al oír esas palabras, se escapaban rabiando y echando maldiciones, mientras que los santos o las almas del purgatorio las decían con devoción.

En ocasiones los demonios, *entre otras malas e injuriosas palabras, le decían: “¿Dónde vas engañamundos?”. Y ella respondía: “No os entiendo, si yo no voy por el mundo, ¿cómo le he de engañar?”. No alcanzando ni conociendo la malicia que en sí contenían las palabras que le decían los enemigos⁷.*

Refiere sor Catalina de San Agustín: *Un día la Madre Teresa María de la Purísima Concepción, ecónoma del convento, había comprado cierta cantidad de miel a un señor que se había presentado en la portería, y con el dinero que acababa de consignarle la Madre Priora iba muy satisfecha a hacer el pago. Pero al llegar al torno y echar mano al bolsillo para sacar el dinero, se encuentra completamente chasqueada; le había desaparecido sin saber cómo ni dónde. Vuelve inmediatamente sobre sus pasos, recorre otra vez el mismo camino, mira por todas partes para ver dónde se le ha caído el dinero recién*

⁶ Juan Bautista Martínez en el libro de Felipe Benavent, pp. 17-18.

⁷ Benavent, p. 43.

recibido, y nada, todo inútil; no le es posible encontrarlo por ninguna parte. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡Qué apuro, tener que ir ahora de nuevo a la Madre Priora para que por segunda vez le dé el precio de la miel!

Pero se acuerda en aquel momento de sor Inés y con voces interiores la llama en su ayuda, y esto muchas veces, y con grandes congojas e insistencias. No se hizo esperar la venerable Madre Inés. Venía puntualísimamente y de prisa, y le dice: “Pero, muchacha, ¿qué te sucede que tanto me llamas?”. Le cuenta la Madre Teresa lo que le ocurre y el apuro consiguiente, y le pide ayuda por Dios... Sor Inés se pone a orar y, como siempre, entra en éxtasis; vuelve al poco rato y dice a la hermana afligida: “Mira, sin tú sentirlo ni darte cuenta, el demonio te ha robado el dinero, y para que no lo encuentres y pierdas la paz y tranquilidad, lo ha arrojado al pozo. Vete al pozo, y en una cazuela que hay flotante en el agua está metido el dinero, sácalo”. Todo sucedió así, quedando vencido el demonio⁸.

El padre Jaime Albert declaró: En cierta ocasión todas las religiosas fueron asaltadas de gravísimo espanto. La causa era que por la noche sentían dentro de la clausura, especialmente en los dormitorios, extraños ruidos y aullidos o ladridos de perro. A altas horas de la noche sentían las monjas que algún animal enfurecido y aullando daba corridas por los dichos dormitorios. Las religiosas estaban llenas de consternación y no se atrevían a salir por el claustro durante esas horas de la noche. Sólo la venerable Madre Inés les daba ánimo diciéndoles que no tuviesen temor alguno, porque todo aquello lo producía el demonio para espantarlas. Como las molestias no cesaban y el espanto de la religiosas era continuo, la Madre Priora, que era entonces sor Ana María del Santísimo Sacramento, impuso por obediencia a la sierva de Dios que suplicase al Señor las librara de aquella aflicción y que ella arrojase de allí al demonio para que renaciese en el convento la tranquilidad.

Obedeció rendidamente la Madre Inés y, después de hacer fervorosa oración, se encaminó hacia la sala que llaman de recreación, donde hay una especie de mesa cubierta con un mantel largo que cae hasta el suelo y sobre el cual se venera la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza. La venerable Madre vino aquí, alzó con la mano los manteles y encontró allí acurrucado un grande y feísimo perro, el cual, viendo a la Madre, se iba retirando, como queriendo escapar. La Madre lo siguió diciéndole estas palabras: “No te sirve que te vayas apartando ni pretendas esconderte; ven aquí, que ya te conozco”; y agarrándolo por las orejas, lo arrastró hasta el balcón de la misma sala, que da al huerto del convento, y por la baranda del mismo lo arrojó a la huerta, diciéndole: “Vete, malvado, a los infiernos, y no vuelvas más a este convento a

⁸ Pedro de la Dedicación, pp. 126-127.

molestar y aterrorizar a las religiosas”. El perro no volvió ya más a verse por allí. La sierva de Dios refirió todo el caso a la Madre Priora, a fin de que tranquilizara a las monjas, afirmándole que no se oirían más aquellos ruidos⁹.

En la víspera de la santa madre Teresa de Jesús por la tarde, la Priora del convento de Benigánim dio a la tornera dinero para cinco libras de carne, que dicho convento enviaba por caridad al de los religiosos franciscanos descalzos de dicha villa para el día de la fiesta de la santa. Puso el dinero la tornera en un pequeño perol que tenía cerca del torno; y cuando tuvo ocasión de entregarlo a la mandadera, no halló ni el dinero ni el pequeño puchero que lo contenía. Por más diligencias que hizo en buscarlo, no lo pudo hallar. Afligida y atribulada, llamó a sor Inés; y al instante estuvo con ella. Díjole lo que le pasaba y la sierva de Dios le respondió: “Hermana San Pablo (así se llamaba la tornera) no se aflija que lo ha hecho el enemigo por inquietarla”.

Al mismo punto vio la venerable que en el claustro estaba el demonio jugando a la pelota con el perolito donde estaba el dinero; y rogando a su santo ángel de guarda se lo hiciera dejar, al instante dejó el demonio el perolito entero en medio de dicho claustro. Entonces dijo la sierva de Dios a la tornera y a otra religiosa que estaba presente: “Miren dónde ha puesto el enemigo el perolito, tómenlo y miren si está todo el dinero”. Fueron, contaron el dinero y hallaron que no faltaba uno¹⁰.

Sor Ana María de san Roque manifestó: Un día, encontrándose ella en la celda de la Madre Francisca María de los Ángeles, actual Priora del convento, enferma en aquella sazón, en compañía de la venerable Madre Inés y de la Madre María de Santa Rosa y de la Madre Catalina de San Agustín, que todavía vive, sucedió que la Madre Inés se enajenó de los sentidos de repente, y durante el éxtasis se le demudó el rostro, apareciendo tan amoratado que parecía que los ojos querían saltar de sus órbitas; tenía fuera de la boca la lengua y daba a entender con señales claras que estaba ahogándose, lo que causó grande pena a las religiosas circundantes. Al verla así, la Madre María de Santa Rosa tomó agua bendita y la echó sobre la cabeza y el cuerpo de la venerable Madre Inés, y al pronto se vio que se serenaba y que el rostro recobraba su forma normal. Cuando cesó el éxtasis, la Madre Inés dio muy afectuosas gracias a la Madre María de Santa Rosa por el gran beneficio que le había hecho de rociarla con agua bendita. Preguntada qué le había pasado, respondió que había ido a asistir a un hombre moribundo, al cual, con la ayuda del Señor, había podido librar de las garras del enemigo infernal; pero que, furiosos los demonios de ver perdida para ellos aquella presa, se habían lanzado sobre ella y querían ahogarla. Con

⁹ Pedro de la Dedicación, pp. 250-251.

¹⁰ Benavent, p. 231.

*el divino favor, mediante el agua bendita, se había visto libre de esas bestias infernales*¹¹.

El padre Pascual de Tudela, en la oración fúnebre, dijo con las mismas palabras de la sierva de Dios: *Una vez, entre las cuatro y cinco de la tarde en la Oficina, vi con mis ojos corporales al infernal enemigo. Me pareció esta infernal bestia tan abominable, fea y espantosa, que no se me acuerda haberle visto jamás en tan horrenda figura. El rostro lo tenía de hombre, tan lleno de crecidos cabellos que parecía un pedazo de bosque. La boca, por lo grande, causaba horror; los ojos deformes y espantosos. Los brazos y manos también de hombre y todo el resto del cuerpo. Traté de continuar en mi Oficina y se volvió rocín. Después tomó figura de buey y, viendo que pasaba a sobrada desvergüenza, comencé a rezar el Credo y me dijo: “Mala mujer, si yo pudiera, te quitaría la vida”. Continué rezando el Credo y le dije: “Enhoramala. Vete, enhoramala, y se fue”*¹².

TRABAJOS Y PENITENCIAS

Nuestra beata hacía los trabajos más fuertes y humildes del monasterio. Ella era hermana lega, hermana de obediencia, no hermana de coro para rezar el Oficio divino, porque no sabía leer. Pero se sentía feliz de servir a la Comunidad cuidando a las gallinas, ayudando en la cocina, limpiando, barriendo, cuidando a las enfermas, etc. Y, cuando las hermanas le decían que por qué se fatigaba tanto, respondía: *Hermanas, lo que puedo ganar yo, no lo dejo para otra.*

Un día, se le había aparecido Jesús y le había dicho: *Inés, con ganas o sin ganas, hazlo todo por amor de Dios.* Desde ese día aprendió que debía cumplir sus obligaciones y hacerlo todo, aun sin ganas, por amor a Jesús.

Con mucha frecuencia aceptaba *cargamientos*, es decir, sufrimientos expiatorios en favor de las almas del purgatorio o de algunos enfermos, asumiendo ella lo que ellos debían padecer. En ocasiones, el mismo Jesús se lo pedía y ella aceptaba gustosa por su amor. Por eso, cuando conocía alguna desgracia o dolencia de alguna persona, solía decir: *A mí, sí; a ti, no*; tomándose ella sus penas y sufrimientos.

Pidiendo al Señor para sí los males y sufrimientos de los demás, se sanaban los enfermos y enfermaba la Madre Inés. Sucedió este trueque en casos repetidos. Pero no siempre se le daba la misma especie de enfermedad, sino que

¹¹ Pedro de la Dedicación, pp. 248-249.

¹² Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, Valencia, 1698, p. 26.

se le conmutaba por otra mayor. A veces, tenía tan terribles dolores que la privaban de los sentidos... En ocasiones llegó a padecer las mismas congojas y mortales angustias que los moribundos. Conocíasele en el rostro, porque parecía difunta. Con esto se sanaban algunos, aliviábanse otros y todos experimentaban el fruto de su oración. No sólo las religiosas enfermas, pues no tenía término su caridad. Llevábanle enfermos a su presencia. Rogaba por ellos, hacía penitencias y hasta cargaba con sus males.

Un día, le trajeron un niño que padecía un flujo a los ojos. El niño curó casi de repente y ella enfermó en el mismo instante por muchos días. De estos sucesos hay muchos. Eran innumerables los enfermos de diversas partes que se le encomendaban. A todos se ofrecía y por todos ofrecía sus oraciones y no paraba hasta lograrles o la salud o el consuelo. Oíanla decir muchas veces las religiosas: “Vamos al coro y roguemos por N. que está muy enfermo”. Veían entonces lo abrasado de su amor y después admiraban la verdad de las noticias¹³.

En la declaración jurada del Proceso, una de las religiosas certificó que el continuo padecer de la sierva de Dios, su perfectísima resignación y su admirable fortaleza, era para todas un continuo y eficaz ejemplo. Algunas veces le decíamos que le pidiese al Niño Jesús, a quien llamaba su quitapesares, que le quitase o al menos aliviase aquellos males que le aquejaban. Y respondía: “Me guardaré muy bien de pedirle eso, pues Él ya sabe los dolores que padezco y se alegra de verme padecer, siendo éste su gusto. Cuando Él quiera, me quitará los dolores y, si no lo hace, seguiré contenta¹⁴.

*Por otra parte, ayunaba muchas veces a pan y agua. En esos días solía ponerse debajo de una mesa del comedor, porque se creía indigna de sentarse con sus hermanas. Su confesor, el padre Jaime Albert, asegura que una vez en la confesión le pidió permiso para aumentar sus ayunos y penitencias y no le dio permiso, fuera de lo acostumbrado. Y dice: *Esto que declaro lo sé, ya por haber dirigido el espíritu de la sierva de Dios durante cinco años, ya también por ser voz común entre las religiosas ancianas que la venerable Madre Inés, en todo el curso de su vida, se había ejercitado en una continua y rigurosa penitencia¹⁵.**

El mismo confesor manifestó que el pasar las noches en vela para orar, no le quitaba las fuerzas necesarias para cumplir con sus obligaciones de coro y las demás obediencias¹⁶.

¹³ José Fernández de Marmanillo, *Oración fúnebre*, Valencia, 1696, p. 28.

¹⁴ Pedro de la Dedicación, p. 243.

¹⁵ Pedro de la Dedicación, p. 199.

¹⁶ *Ibidem*.

Usaba siempre cilicios, su vestido era el más pobre y remendado del convento. Cada día solía darse disciplinas. Un día de Cuaresma dijo a otras religiosas si querían salir con ella a hacer penitencia y tomar disciplina en el comedor. Al instante, aceptaron y entraron al comedor, azotándose con fervor. Entonces Nuestro Señor Jesucristo se manifestó a su sierva lleno de luces y resplandores, dándole a conocer que las asistía con singular gusto y contento y la venerable, viendo a su querido esposo tan regocijado y alegre, le suplicó le permitiera adorar los ladrillos donde ponía sus divinas plantas; y su Majestad le concedió que adorase donde ponía sus sacrosantos pies, y a todas les dio su santísima bendición¹⁷.

Comía tan poco y dormía tan poco que todas las religiosas se admiraban de que pudiera seguir viviendo y trabajando con todas sus energías. Su vida era como un milagro permanente de Dios, que la alimentaba y fortalecía cada día con la santa Eucaristía.

Una vez estuvo cinco días privada de los sentidos por una rara enfermedad, sin comer ni beber. Las religiosas creyeron que se moría, pero empezó a mejorar y se restableció totalmente. Al preguntarle la Madre Priora cómo había hecho para soportar los cinco días sin comer ni beber, le respondió: *Madre, ha venido la Madre Isabel y me ha traído una buena sopa en una escudilla.* La Madre Isabel hacía tiempo que había muerto. Sor Catalina de San Agustín afirmó en el Proceso: *Muchas veces encontré a la Madre Inés en el refectorio (comedor) en un estado de suspensión, en el cual no comía nada. A veces, estaba llorando y, otras veces, tenía el rostro muy encendido. Al preguntarle por qué no comía, respondía: “¿Cómo puedo comer si toda la comida se me convierte en clavos, azotes y corona de espinas de mi esposo?”... Un día me dijo que, cada vez que tomase un vaso de agua, hiciese cuenta de que acercaba los labios a las sagradas llagas de nuestro Redentor¹⁸.*

VIACRUCIS

Era muy devota de la Pasión de Jesús y meditaba frecuentemente en ella. Entre los ejercicios de su devoción estaba especialmente el Viacrucis. *Cierto día tuvo la inspiración de hacer este ejercicio y sintió una gran pereza. Pensaba que podía ser cansancio; pero considerando que su amado esposo había caminado aquellos santos pasos mucho más fatigado y desangrado que ella, se alentó a visitarlos. Le vino una fuerte repugnancia y, recelando que fuera tentación del enemigo, resolvió irse al coro donde está la primera estación. Cuando comenzó*

¹⁷ Benavent, pp. 30-31.

¹⁸ Pedro de la Dedicación, p. 197.

este santo ejercicio, se le apareció Nuestro Señor Jesucristo con una túnica morada, toda sembrada de brillantes estrellas, descalzo y una gran cruz sobre su hombro. Lo vio con sus ojos corporales, se arrodilló, postrándose a sus pies, y su pecho se llenó de llamas de amor¹⁹.

La Comunidad de agustinas de Benigánim tenía la costumbre de hacer en los días del carnaval una función de penitencia, que llamaban de desagravios y perdón de las injurias. En cada uno de los tres días, la Comunidad se aplicaba tres disciplinas (azotes), haciendo luego una procesión de penitencia en la que cada religiosa llevaba una cruz sobre la espalda. Así recorrían las estaciones del Viacrucis, que estaban colocadas en el convento y en la huerta. La Madre Inés llevaba la cruz más pesada y hacía otras penitencias, edificando así a sus hermanas.

Una vez se le apareció el mismo Señor, llevando una pesada cruz sobre sus hombros, y le dijo: “Inés, ayúdame a llevar la cruz, que necesito de almas que me sigan con fidelidad y amor”. Palabras que la movieron mucho a abrazar con alegría la cruz de los trabajos y aflicciones que el Señor le envió con tanta abundancia durante toda su vida. Apareciósele también en otra ocasión Cristo crucificado. Apenas le vio, fue con gran devoción y ternura a adorarle. Jesús, desclavando sus santísimas manos, le dio un abrazo y le imprimió su imagen en su alma de un modo tan sublime, que se reconoció desde entonces como transformada, crucificada y unida con su celestial esposo²⁰.

Cierto día, así como principiaron este santo ejercicio del Viacrucis, permitió el Señor que nuestra hermana viese a su divina Majestad con la cruz al hombro, que iba delante de toda la Comunidad; y entre los dos coros iba la purísima Virgen María, vestida de luces y belleza. Los santos ángeles de la guarda de las religiosas, cada uno a la suya, la acompañaban con singular alegría. Comunicaba el Señor particulares auxilios y especiales inspiraciones a todas las religiosas (según se lo dio a conocer a su sierva Inés) con lo cual, llenas de divino amor, meditaban con gran ternura su Pasión santísima y reverenciaban los santos pasos del Viacrucis, con fervorosa devoción y religiosa compostura²¹.

¹⁹ Benavent, pp. 34-36.

²⁰ Benavent, p. 36.

²¹ Benavent, p. 35.

IGLESIA DE SAN SALVADOR

El padre José Fernández de Marmanillo declaró en el Proceso que el padre Ramírez y la Madre Inés se concertaron en promover cada viernes una devoción en honor de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo delante de la milagrosa imagen del Santísimo Cristo, que se venera en la iglesia parroquial de San Salvador de Valencia. Estos santos ejercicios comenzaron el año 1678.

El padre Jaime Albert declaró que ella misma le manifestó varias veces que *el Señor disponía que muchos viernes del año asistiese en espíritu a estos ejercicios en honor de su Pasión y que eran muy del agrado del Señor. También aseguraba la sierva de Dios haber visto algunos viernes a santo Tomás de Villanueva y a san Vicente Ferrer, que estaban colocados muy próximos al altar mayor y que se acercaban con unos vasos de cristal al costado de Jesús crucificado y, llenándolos del licor del divino costado, lo iban distribuyendo entre los asistentes, dándoles a unos más y a otros menos según la devoción de cada uno. Preguntándole un día el confesor cómo hacía para ir a esa iglesia a asistir a esos ejercicios, respondía que su cuerpo (que ella llamaba tronquito) quedaba en el convento y que el ángel de la guarda la hacía ir allá en espíritu²².*

El padre José Fernández de Marmanillo, en la oración fúnebre de sus exequias, afirmó que *muchos viernes del año venía a la iglesia de San Salvador de Valencia a estos ejercicios acompañada de su ángel de la guarda y del de la parroquia de San Salvador. Y ella refería al por menor las circunstancias de la imagen, de los altares y de las personas que asistían, dando a entender que era testigo de vista²³.*

SU OBEDIENCIA

La sierva de Dios era eminentemente obediente, como todos los santos. A veces, el Señor hacía milagros como fruto de su obediencia.

Refiere el padre Juan Bautista Martínez: *El año 1693 la Madre Inés estuvo muy grave y desahuciada de los médicos. Era el día de Nuestra Señora de los Ángeles, dos de agosto. La Priora, Madre Ana María del Santísimo Sacramento, le dijo: “Vuesa Caridad, ¿no es hija de obediencia? Pues le mando que ruegue a Nuestro Señor que no se la lleve ahora sino que la deje algún tiempo para consuelo de la Comunidad y que el Señor me haga la gracia de que no muera en mi trienio”. Oyendo esto, inmediatamente se arrojó y la oyeron decir: “Señor,*

²² Pedro de la Dedicación, pp. 201-202.

²³ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 5.

mirad que soy hija de obediencia. Mi vida la tengo sacrificada a Vos, pero os pido esto por mandármelo la obediencia”. Y vuelta del éxtasis, dijo: “Madre, ya lo ha concedido el Señor. No me moriré por ahora que la Virgen lo ha pedido y también las Madres Leocadia y Catalina (difuntas)”. Y se fue mejorando²⁴.

Había en el convento una religiosa ciega y, por más medicinas que le aplicaron, ninguna hizo efecto... Cierta día, inspirada del cielo, la Madre Leocadia, que era Priora, mandó por obediencia a sor Inés que fuese donde estaba la religiosa ciega y le diese la vista. Le respondió: “Madre, voy a obedecer”. Se fue donde estaba la religiosa ciega y le dijo: “Hermana, la santa obediencia me manda venir a curarla”. Le aplicó sus manos a los ojos y al instante recobró la vista la tal religiosa, quedando toda consoladísima y empleándose en dar a Dios repetidas gracias por tan singular favor²⁵.

Un día el excelentísimo señor obispo de Segorbe, Don Antonio Ferrer, escribió a la Madre Priora de Benigánim pidiéndole una cantidad determinada de rosarios, de los que solía hacer la venerable Madre, tan estimados de los fieles. Llamó la Madre Priora a la sierva de Dios y le ordenó que hiciera el número de rosarios pedidos por el dicho señor obispo. Respondióle la sierva de Dios: “Madre, no tengo suficientes cuentas para ese número de rosarios; ni siquiera para la mitad habrá cuentas”. La Priora le ordenó que, por santa obediencia, hiciera aquel número de rosarios pedidos, y que llamase a alguna otra religiosa a fin de que le ayudase. La sierva de Dios se fue a poner en ejecución lo que se le había ordenado y llamó para que le ayudase en el trabajo a la Madre Mariana de la Asunción. Cuando esta religiosa vio las cuentas de que disponían, prorrumpió en estas palabras: “Madre Inés, aquí no hay cuentas ni para la tercera parte de los rosarios que nos piden”.

Entonces la sierva de Dios dio esta respuesta: “Hagamos lo que nos mandan y luego Dios dispondrá”. Se pusieron al trabajo, terminaron de hacer el número de rosarios que la Madre Priora había ordenado, y todavía quedaba grano para hacer otros tantos rosarios como los elaborados. La Madre Mariana de la Asunción, llena de asombro, vio palpablemente que el Señor había premiado con un milagro evidente la obediencia ciega de la Madre Inés. Todavía se conservan en el convento parte de aquellos rosarios hechos en aquellas circunstancias. La declarante se enteró de todo esto por la misma Madre Mariana, y ha visto tanto los rosarios como el grano que sobró²⁶.

²⁴ Benavent, p. 117.

²⁵ Benavent, p. 118.

²⁶ Pedro de la Dedicación, pp. 334-335.

Para obedecer no necesitaba de las voces sensibles de la Superiora, porque el ángel de la guarda le revelaba su voluntad. Era esta maravilla tan común y tan ordinaria en el convento que ya no causaba novedad. Buscábanla innumerables almas para tratar con ella sus desconsuelos y luego la tenían en la reja (sin llamarla). No hacía falta campanilla que la llamase, bastaba que la Priora o la tornera formasen dentro de sí mismas la intención. Lo mismo sucedía en las cosas que se ofrecían de la Comunidad. Tenía a su cargo la dispensa. Llamábala en su interior la cocinera y luego acudía con lo que faltaba. “Madre Inés, le preguntaban, ¿quién se lo ha dicho?”. Y respondía: “Mi ángel de la guarda”²⁷.

Sor María de San Agustín declaró en el Proceso: Lo que más llamaba la atención, era que obedecía y ejecutaba cuanto le ordenaban las preladadas, aun cuando se encontrara en éxtasis, pues puede decirse que estos fueron continuados. Además, la sierva de Dios había advertido a sus confesores que, cuando quisieran llamarla a algún confesonario, lo hiciesen sólo llamándola con acto interior, para que de ese modo ni ellos se cansasen de esperarla, ni la hermana portera se fatigara yendo a buscarla por el convento. Y esto lo hacían de la misma forma las demás religiosas, porque siempre que de ella tenían necesidad, bastaba que la llamasen con simple acto interior; la sierva de Dios se presentaba inmediatamente en el lugar donde era llamada, con tanta puntualidad que llamaba la atención que pudiera acudir con tanta presteza, sucediendo en esto una cosa que parecía imposible. Cuando una religiosa llamaba a la sierva de Dios porque tenía necesidad de alguna cosa que estuviese bajo custodia o al cuidado de ella, inmediatamente venía trayendo en la mano lo que la religiosa necesitaba. Todo esto la declarante lo ha visto y experimentado por sí misma²⁸.

Otro caso muy singular lo declaró el confesor padre Jaime Albert: Siendo todavía hermana lega sor Inés, un día que con gran fervor se estaba ofreciendo a su divina Majestad para cumplir en todo su voluntad santísima, se le apareció el Señor, a lo que entendí, en visión imaginaria, y le dijo: “Inés, es mi voluntad que, por espacio de tres años, tú estés “muda” o “tullida”; dejo, pues, a tu elección escoger de los dos males el que más quieras. Respondió al Señor con profunda humildad: “Ya sabéis bien, oh Señor, que puse en vuestras manos, por medio de mis Superiores, mi propia voluntad, cuando hice los votos de mi profesión; por eso no me atrevo yo a resolver cosa alguna que no venga por conducto de obediencia. Por tanto, si me concedéis licencia, yo voy a la Madre Priora, le diré todo y luego haré lo que me ordene la obediencia”. A juicio del declarante, el Señor se complació en esta respuesta, ya que le concedió el Señor,

²⁷ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 22.

²⁸ Pedro de la Dedicación, p. 333.

dándole su bendición, que fuese a enterar a la Madre Priora, y que allí la esperaba con la respuesta.

Se fue, pues, a la Madre Priora, que era la Madre Leocadia de los Ángeles. Le refirió la visión que había tenido, lo que el Señor le había dicho, pero que ella se había reservado la elección, con el fin de que fuese la Madre Superiora la que eligiese y le ordenase lo que debería responder al Señor. Quedó suspensa de asombro la Madre Priora con aquella novedad, y respondió por el momento: “Madre Inés, mire, váyase con Dios; pues siempre me está viniendo con embrollos”. La sierva de Dios, sin molestarse por esta respuesta, con grande humildad le volvió a decir: “Madre, el Señor está esperando, dígame pronto qué respuesta debo darle”. Como la Priora tenía muy alto concepto de la virtud de sor Josefa y sabía muy bien cuánto ella era favorecida del Señor y las extrañas operaciones que la gracia obraba en aquella alma, llamó y reunió inmediatamente a las religiosas más ancianas y de mayor virtud y prudencia. Les comunicó el caso y les pidió consejo sobre el particular.

Las religiosas fueron de unánime conformidad, que no convenía que sor Inés quedase tullida, pues en este caso iba a ser necesario designar una religiosa que cuidara de la venerable Madre, lo que no dejaba de ser un grave inconveniente para la Comunidad, pues esa religiosa no podría llenar otras obligaciones y tendría que faltar muchas veces a los actos de la misma Comunidad; lo cual no sucedería en el caso de que quedase muda, porque en este estado podría seguir la Madre llevando sus obligaciones sin que necesitase de especial asistencia. Tomaron, pues, esta resolución y la Madre Priora le dijo que respondiese al Señor que la privase de hablar, si así agradaba a su divina Majestad. Volviendo la venerable Madre al lugar donde había tenido la visión, se puso en oración y habló así al Señor: “Señor, la Madre Priora me ordena que os diga que, si es del agrado de vuestra Majestad, que me dejéis muda por tres años”. Al mismo tiempo y en aquel preciso instante quedó muda; y en los tres años, durante los cuales quedó privada del habla, acontecieron y se experimentaron muchos prodigios obrados por la divina grandeza. Uno de los cuales fue que, no pudiendo ella hablar, la consoló el Señor, concediéndole que hablase para la confesión, lo que hacía cada día, no pudiendo en la confesión hablar de otra cosa que de lo necesario para explicarse.

El segundo prodigio fue que, por orden de la Madre Priora, suplicó al Señor que, para consuelo de las religiosas y edificación de las mismas, en las principales solemnidades de la Iglesia le permitiese hablar con la Comunidad por espacio de una hora, o sea, el tiempo que, conforme a las Constituciones, pueden destinar a la común recreación. Condescendiendo la divina misericordia a la humilde súplica de la sierva de Dios, le permitió una hora de normalidad en dichos días festivos, en los cuales todo era para ella hablar de cosas de Dios, de

la práctica de las virtudes y de la perfección a que debían tender las religiosas. Y sucedía en estos días que, estando ya para terminar la hora concedida, se apresuraba la sierva de Dios a decir: “Madres, acaben presto, porque está para terminarse la arena”. Llegado el fin de la hora, quedaba repentinamente muda otra vez, y esto tan indefectiblemente y con tan exacta precisión, que algunas veces se quedaba interrumpido y en el aire el pensamiento que estaba pronunciando la sierva de Dios, y aun a veces se le quedaba cortada la palabra comenzada sin poder proferirla del todo. Sucediendo que, en la próxima fiesta, al comenzar la hora privilegiada y tan esperada por la Comunidad, sor Inés comenzaba su conversación por la palabra que quedó interrumpida.

Todo esto causaba grande maravilla a las religiosas y las tenía llenas de admiración y de santos deseos de aprovecharse de aquellas horas de vacación con la venerable Madre. Continuó la sierva de Dios privada de habla por el espacio de tres años, como se ha dicho, y estando para terminar el día último de la mudez, entró un temor grande a las religiosas por la duda de si quedaría la hermana sin habla para siempre, pues era ya la noche y el habla no volvía. Hubo quien creyó que eso de recobrar el habla podía ser ilusión, pero la venerable Madre, penetrando el pensamiento de las monjas, cuando llegó el momento preciso, les dijo con la natural sorpresa de todas: “No habléis mal del día hasta que haya pasado”; y con estas palabras, con que las invitaba a la fe y a la confianza en el Señor, comenzó el estado de antigua normalidad. El júbilo de las religiosas fue inmenso, pues suspiraban llegase el día en que pudieran consolarse con la Madre Inés, a quien siempre recurrían para pedirle sus consejos²⁹.

HUMILDAD Y SENCILLEZ

Ya hemos anotado algo sobre su ingenuidad y sencillez de corazón. Veamos algunos casos más, cuando ya era religiosa profesa.

Una vez vino a visitarla un sacerdote y, como no sabía cómo tratarlo y apenas sabía mal el valenciano, le preguntó a la Priora: *¿Qué le digo? Dígame: Señor doctor, sea usted muy bien venido.* Al terminar esta frase le volvió a insistir: *¿Y ahora qué le digo?* Y así le preguntaba para poder decirle algo. Evidentemente, con la gente pobre se desenvolvía muy bien y lo mismo con gente de su confianza.

²⁹ Pedro de la Dedicación, pp. 244-246.

Otra vez el padre Gaspar Tavenga le preguntó: *Madre Inés, ¿cómo anda de vanidad? Y le respondió: Padre, yo nunca he llevado vestidos elegantes ni cintas.*

Un día preguntó la Madre Inés al padre Pedro Pastor: *Estoy oyendo a las monjas hablar sobre escrúpulos. Dígame: “¿Qué es eso?”.* “Escrúpulos son —le respondió, —atún con cebolla. Y creyó siempre que, cuando en la mesa comía atún con cebolla, comía escrúpulos. Se fue al otro mundo sin conocer el verdadero concepto de los escrúpulos³⁰.”

El padre José Ramírez, que era pintor, quería retratarla y habló con su Superiora, quien la llamó y le dijo: “El doctor Ramírez quiere llevar a Valencia un retrato del hábito y velo que llevamos nosotras y del modo con que vamos vestidas. Vuesa reverencia no tendrá reparo en que pinte el hábito y velos”. A lo que respondió: “Madre, muy enhorabuena”. Se quedó inmóvil y, al parecer suspenso en Dios, y así se pudo hacer su retrato.

Una copia tenían las religiosas dentro de la clausura, y le habían dado a entender que era de santa Cristina. Y, estando un día en el archivo del convento Vicente Guill, vino la Madre Inés y le dijo: “Tú no has visto a la santa Cristina que tenemos en el convento. Ven y verás”. Se lo mostró y el escribano Vicente Guill admiró su gran sencillez, al conocer claramente que era el retrato de la misma Madre Inés³¹.

Ella, en su inocencia, hasta le rezaba a santa *Cristina*, diciendo a todas que le fueran muy devotas, pues había sido muy devota de la almas del purgatorio.

En una ocasión *sor Catalina de San Agustín* le pidió el capotillo de tela que las religiosas suelen llevar, ajustado a la cabeza debajo del velo. La hermana Inés le respondió: “¿Por qué no le das el tuyo?”. Le dijo que el suyo era nuevo y que era para ponérselo a un enfermo y hacía falta uno usado. La hermana Inés, sin pensar nada más, se lo dio, diciéndole: “Si le va a servir de medicina, tómalo”³².

La misma *sor Catalina* certifica que un día la condesa de Faura le pidió a la sierva de Dios la taza que usaba para beber agua; y no tuvo reparo en dársela sin pensar que la quería para reliquia.

³⁰ Pedro de la Dedicación, p. 356.

³¹ Benavent, pp. 46-47.

³² Pedro de la Dedicación, p. 315.

El señor Felipe Doménech la visitó y le pidió la escudilla en la que solía comer. Sólo le respondió que, si la Priora le daba permiso, se la daba. Esa escudilla, revestida de plata, la tuvo la familia Doménech y con ella Dios hizo muchos milagros.

En una oportunidad se le cayó a la Madre Inés en el pozo una llave de las oficinas. Acongojada, levantó la voz diciendo: “Válgame Dios, la llave se me cayó en el pozo, ¿y cómo haré ahora? Oyeron sus voces las religiosas y, una de ellas, atendiendo a su sencillez, le dijo: “Tome un anzuelo con un cordel; métalo en el pozo y sacará la llave”. Las otras que tal oyeron, viendo que sor Inés a toda prisa ponía por obra lo que la religiosa le había dicho, no pudieron contener la risa. Pero, al echar en el pozo el cordel con el anzuelo, vio que el niño Jesús se arrojaba al agua para poner la llave en el anzuelo. Al ver esta acción del niño Dios, movida del afecto y de la primera aprehensión, dijo: “Guardad, Señor, que os ahogaréis”. Y diciendo y haciendo tiró el cordel y sacó la llave prendida en el anzuelo³³.

Un día le pidió cierto sacerdote que le diese alguna cosa suya. Le respondió la venerable Madre: *“Padre, no me dejan nada, yo no tengo qué darle; pero ya lo pensaré esta noche”*. Volvió al otro día el sacerdote y la Madre Inés le dio, envuelta en un papel, una muela suya, diciéndole: *“Tome, padre, esta muela que el otro día me la arrancaron y ha habido grandes pleitos por ella, porque el cirujano la quería y muchas hermanas también, y la tenía la hermana Teresa. Yo le he dicho que me la diese, que la quería para vuesa reverencia; y para que me la diese le he ofrecido que la primera que me saque se la daré por ésta”³⁴.*

Muchas veces le pedían cosas personales y ella, *con permiso de la Priora, daba vestidos, cruces, rosarios y otras cosas, diciendo a quien lo daba: “Toma este rosario que lo he llevado muchos años al pecho”*; y otras cosas así, *de lo que entendían su profunda humildad y sencillez³⁵.*

HERMANA DE CORO

En una oportunidad escuchó a las hermanas del convento decir que el criado del convento Tomás Polizoto, siciliano, al cual le habían dado el hábito de Donado, quería ser sacerdote, pero parecía que todas las diligencias no daban resultado. Entonces la Madre Inés les dijo: *Madres, no se cansen, porque,*

³³ Benavent, p. 45.

³⁴ Tosca, p. 59.

³⁵ Tosca, p. 224.

cuando a mí me den el velo negro de hermana de coro, ordenarán al Donado Tomás.

Las religiosas no entendieron lo que decía; pero, pasados dos años, llegó al convento de visita pastoral el arzobispo de Valencia, Monseñor Martín López de Ontiveros, y le confirió la tonsura y las cuatro Órdenes menores a Tomás Polizoto. Ese mismo día le impuso a la Madre Inés el velo negro con total acuerdo con la Comunidad. Fue el día 18 de noviembre de 1663. Tenía 38 años.

Sor Ana María de san Agustín afirmó: *Ella no sabía leer ni escribir y el señor arzobispo le conmutó la obligación del Oficio divino por la recitación de ciento cuatro padrenuestros, ordenándole que, cuando asistiese al coro, hiciese oración mental...*

Poco tiempo después de ser elevada a corista, estando en la huerta del convento, se le apareció Nuestro Señor y le dijo: “Inés, ¿por qué no vas al coro?”. A lo que respondió: “Señor, ¿para qué voy a ir, si no sé rezar el Oficio?”. Entonces el Señor, tomándola de la mano, le dijo: “Ven conmigo al coro, que yo te enseñaré a rezar”. Obedeciendo fielmente, se fue al coro con las otras religiosas y recitó y cantó el Oficio divino, causando extraordinaria e inesperada novedad... Desde ese día, continuó su asistencia, recitando y cantando con las religiosas coristas el Oficio divino. Y no tenía en sus manos ningún breviario, sino el librito del Oficio parvo de la Santísima Virgen. En este librito tenía una imagen del santo Ecce-Homo, al cual dirigía su mirada, y, mirándole, se extasiaba en amor divino y recitaba y cantaba el Oficio, verificándose tal prodigio y maravilla todos los días hasta que murió.

Este prodigio se repetía mientras estaba en el coro, porque apenas salía de él ya no sabía leer nada ni conocía siquiera una letra. En efecto, preguntada por el confesor, si sabía leer y si conocía las letras, ella respondió, con su conocida simplicidad, que solamente conocía una letra, la redondita, pero que no sabía cómo se llamaba. Era la O. Todo esto la declarante lo oyó muchísimas veces de la Madre Inés y lo vio y experimentó por espacio de más de treinta años³⁶.

El confesor declaró haber visto la imagen del santo Ecce-homo que la venerable Madre entregó al padre Felipe Benavent como se lo había ordenado el mismo Señor. El padre Felipe, agradecido, mandó hacer un Oratorio en el que colocó la sagrada imagen. Esta imagen estuvo en dicho Oratorio hasta 1952, cuando el párroco, Ismael Roses, la trasladó a la iglesia parroquial de san Miguel

³⁶ Pedro de la Dedicación, p. 163.

y la colocó en una urna del altar del Sagrado Corazón de Jesús para que fuera admirada por todos los fieles.

TERCERA PARTE DONES DE DIOS

DONES SOBRENATURALES

a) FRAGANCIA SOBRENATURAL

La beata Inés, con frecuencia, al aparecerse por bilocación en distintos lugares, hacía sentir su presencia por una fragancia celestial.

En Valencia, una joven, que había quedado embarazada sin estar casada, decidió ahogar a su hijo apenas naciera para evitar comentarios. Pero el parto fue tan difícil que estaba ya a las puertas de la muerte. Una persona amiga de la sierva de Dios invocó a la Virgen y pidió la ayuda de la Madre Inés. Al momento, los que la atendían sintieron una fragancia especial en la habitación y todo se resolvió favorablemente. La sierva de Dios, hablando después con la que le había invocado, le dijo: *Yo no podía fallar, ¿no te había dicho que, siempre que me llames, acudiré, si Dios quiere? Debes saber que mi ángel me dice cuándo me llamas. Dile a esa joven que cuide su alma y le dé gracias a Dios*³⁷.

El padre Vicente Tosca manifestó: *Yo le oí referir al padre Pedro Pantoix que, estando un día hablando con la venerable Madre, percibió una fragancia extraña que no hallaba semejante en la tierra para poder compararla. Le preguntó a la Madre Inés qué era aquella fragancia y le respondió: “Padre, no todos la perciben, es de unas almas bienaventuradas que han pasado hace poco por el convento”*³⁸.

El padre José Fernández de Marmanillo en la oración fúnebre de sus exequias dijo: *Su cuerpo virginal despedía un olor celestial que percibieron muchos sin que pudiesen encontrar flores con quienes compararlo. Y era de su pureza que, como nardo, despedía su fragancia*³⁹.

Dos horas antes de morir, al ser visitada por la Virgen María, san José y otros santos, según comunicó a su confesor, *se percibió en su celda y en todo el*

³⁷ Benavent, p. 316.

³⁸ Tosca, p. 70.

³⁹ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 19.

*convento una fragancia superior a la de todas las flores del mundo*⁴⁰. Y lo mismo pasó con sus restos después de su muerte.

b) ÉXTASIS

Los éxtasis y arrobos eran tan frecuentes que bastaba preguntarle cómo era el Cristo de la O, a quien había visto de niña, para que se quedara arrobada. A veces, estaba así durante varias horas y las religiosas, por ello, le llamaban la dormidora o dormilona. Sin embargo, bastaba una orden interior de la Priora para volver en sí inmediatamente en virtud de la obediencia.

*En medio de sus trabajos se abstraía y a cada paso debía interrumpir la conversación con las hermanas, porque se enajenaba. Solían ser los éxtasis tan repentinos que no podía resistirlos. Solía permanecer tres o más horas y, en este tiempo, estaba inmóvil y puesta en cruz. En una ocasión tuvo un altísimo éxtasis que le duró tres días. Causaba en los que la miraban absorta no menor ternura que admiración. En estos arrobos se le aligeraba el peso del cuerpo, de modo que un leve aliento la movía*⁴¹.

En muchos de estos éxtasis se elevaba de la tierra. *Un día voló desde el suelo hasta el techo y tomó con las manos una cruz que había sobre una ventana. Este suceso dejó maravillada a la Madre Francisca de Jesús que lo presenció. El día del arcángel san Miguel se puso a hablar en presencia de Vicente Guill sobre Nuestro Señor y de su santo arcángel con tal ternura que se arrobó y quedó tan ligera que, a distancia de más de tres pasos, el más mínimo aliento la movía como si fuera una leve pluma*⁴².

El padre Jaime Albert declaró haberle referido el doctor Don José Ramírez, sacerdote y beneficiado de la iglesia parroquial de San Salvador de Valencia, el cual solía ir frecuentemente a visitar a la venerable Madre, que habiendo entrado en cierta ocasión en clausura, con causa y licencia legítima, vio a la venerable Madre transportada fuera de los sentidos; su cuerpo estaba elevado sobre el suelo, de rodillas sobre una cornisa muy estrecha que existe en el claustro y que está del suelo a la altura de unos diez palmos. Estaba con tal modestia y compostura, que no se le veía ni la parte más mínima de las sandalias. En esta forma permaneció hasta que la Superiora, la cual estaba presente, le ordenó que se bajara; la sierva de Dios obedeció puntualmente,

⁴⁰ Tosca, p. 372.

⁴¹ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 35.

⁴² Tosca, pp. 261-262.

*quedando el citado sacerdote pasmado de tan grande maravilla, y con el mismo asombro refirió el caso al declarante*⁴³.

La Madre Priora sor Francisca María de los Ángeles, que vivió con sor Inés veinte años, manifestó: *Muchísimas veces en las horas de recreación que tenía la Comunidad, la citada venerable Madre exhortaba a todas las religiosas y les decía que era de muchísimo gusto para Dios que estas horas las empleásemos en conversaciones que mirasen a la gloria de Dios; que, haciéndolo de este modo, mereceríamos y obtendríamos que el mismo Señor viniera a estarse con nosotras. Y ella, al decirnos tales cosas, manifestaba tan extraordinario contento y fervor, que se extasiaba y frecuentemente se ponía a cantar con indecible devoción y alegría espiritual la siguiente cuarteta:*

*Por la sala de sus Damas
se va paseando el Rey,
herido de amor de ellas.
Que el amor no tiene ley.*

Se ve claramente que estos versos se los había inspirado el Espíritu Santo, porque la natural sencillez de la Madre no daba de sí talento capaz de componerlos, ni aun de pronunciarlos como lo hacía.

El padre Jaime Albert, completa este relato, diciendo que, a veces, *en estas recreaciones una religiosa tocaba un instrumento de cuerda, y la sierva de Dios sentía un dulce arrobamiento y se le aparecía el Señor en forma de un niño bellissimo, el cual se ponía a bailar en medio de sus esposas. Entonces también la venerable Madre se ponía a bailar toda absorta en su Amado y cantando por mandato del mismo la anterior estrofa. Vuelta en sí del arrobamiento, decía a las religiosas: “Madres, vean, vean al Niño Jesús. ¡Qué hermoso! Está bailando entre nosotras”. Las religiosas le decían que ellas no veían al Niño Jesús. Sor Inés se hacía cruces de asombro, porque le parecía increíble que sus hermanas no viesen lo que ella estaba viendo*⁴⁴.

En el coro se enfervorizaba tanto, que muchas noches, en el momento de entonar el “Te Deum”, se arrebatava en éxtasis, salía al centro del coro y se ponía a cantar; y aun cuando en el suelo del coro había siempre cinco candeleros encendidos, y en medio también un facistol, y por más que el coro era muy estrecho, sin embargo, la venerable Madre, que daba muchas vueltas por él, nunca chocaba, ni tropezaba jamás con los dichos candeleros y facistol, a pesar de que iba ella con los ojos cerrados. Cuando pasaba por el centro del coro y se

⁴³ Pedro de la Dedicación, p. 343.

⁴⁴ Pedro de la Dedicación, p. 181.

ponía enfrente del altar mayor, hacía una reverencia al Santísimo Sacramento. Igualmente, al pasar por delante de las religiosas, a cada una hacía una reverente cortesía. En todo este tiempo estaba la Madre Inés fuera de sus sentidos y con los ojos cerrados. Este espectáculo mantenía a todas las religiosas en un profundo asombro y todas alababan al Señor, que tales misericordias concede a sus criaturas, pues todas veían que esto era de Dios, porque era imposible naturalmente que la Madre se moviera y bailara como lo hacía sin el menor choque ni tropiezo.

La Madre sor Francisca María de los Ángeles hace análoga declaración sobre este hecho raro, y añade que *la venerable Madre invitaba a bailar a las novicias durante el “Te Deum”, y que ella misma salió muchas veces a bailar con la venerable Madre, y que, terminado el Oficio divino, sor Inés se quedaba en el coro ante un Niño Jesús, a quién amaba mucho y llamaba su quitapesares, donde permanecía extasiada*⁴⁵.

c) LOS DESPOSORIOS

Cuando era una niña, estando en casa de su tío Bartolomé, Jesús se le apareció y le anunció su matrimonio espiritual con él, pidiéndole su consentimiento.

El día de santa Mónica del año 1672, estando en alta contemplación en el coro, se le apareció Cristo, Redentor Nuestro, como de edad de treinta y tres años, vestido de un riquísimo ropaje de blanco, verde y azul, primorosamente bordado. Viendo tan majestuosa grandeza, se postró delante de su divino acatamiento, entregándose muy humilde a su voluntad santísima; y estando en estos fervorosos afectos vio que al Señor se le abrió todo su sacrosanto pecho hasta la cintura, y le dijo: “Inés, entra dentro de mi pecho, que hemos de hacer unos desposorios”. Estas palabras, la dejaron absorta y suspensa, pues no sabía qué hacer ni decir.

Siguióse que dos hermosísimos ángeles, con una larga cadena de finísimo oro a modo de una faja, ciñeron y envolvieron el pecho del Señor; y como tuviese la dicha cadena en su remate un candado, lo cerró su divina Majestad y se quedó con la llave. Decía la sierva de Dios que fueron tantos y tales los consuelos, delicias y regalos que sintió en esta ocasión, que, a no confortarla el cielo, no fuera posible conservarse en vida. Comunicóla el Altísimo alientos para poderle preguntar: “Señor, ¿qué significa todo esto, que conmigo usáis?”. Respondióle su divina Majestad: “Estos son unos desposorios que hago con tu

⁴⁵ Pedro de la Dedicación, pp. 167-168.

alma. Y esta cadena es por la unión que conmigo has de tener, para que no hagas cosa que no sea muy de mi voluntad”⁴⁶.

El padre José Fernández de Marmanillo que la confesó muchas veces, aseguró: *Jesús se le apareció hermosísimo sobremanera. A ella le pareció que la vestían de riquísimas galas y preseas, que eran los dotes y dones del Espíritu que le comunicaba. Le echó entonces el Señor al cuello una cadena de oro fino y le dijo: “Josefa, te doy esta cadena en señal de los desposorios que hoy celebro contigo, pero advierte que en adelante te has de portar como fidelísima esposa y no has de hacer ni desear ni pensar cosa que no sea de mi agrado”⁴⁷.*

d) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de muchas cosas que sólo se pueden saber por especial revelación de Dios. Veamos algunos ejemplos.

Un día fue a visitarla cierto eclesiástico que tenía un penoso achaque y quiso aconsejarse de ella. La Madre Inés, antes de que él le dijese cosa alguna, le dio unos lienzos, diciéndole: *Padre, no se aflija, póngase estos lienzos donde tiene el mal y confíe mucho en el Señor. El sacerdote quedó maravillado de ver que lo sabía todo. Se aplicó los lienzos y quedó sano⁴⁸.*

Cierto día, al ir a comulgar la Comunidad, la Madre Inés les dijo que rogasen por la salud del padre Juan González de Tejada, que era su director espiritual. Después de la misa, les dijo a todas que sanaría de esa enfermedad y que había asistido en espíritu al santo Viático que le habían dado, dándoles algunos detalles de la habitación del enfermo; lo que no podía conocer sino de una manera sobrenatural.

Luis Mateu declaró en el Proceso que José Fortuño, carpintero, ponía en duda los dones de la Madre Inés. Un día se fue al convento, llevado por la curiosidad, y al llegar al locutorio le dijo la Madre Inés: *“José, en esto y en esto tú ofendes gravemente al Señor”. Y le fue revelando algunos datos interiores con los cuales solía ofender a Dios, exhortándole a continuación a confesarse y a no volver más a cometer tales pecados. De lo que José Fortuño quedó asombrado⁴⁹.*

Manifestó en el Proceso sor Catalina María de San Agustín que un día enviaron al convento una carta dirigida a la Madre Inés para que rogase por un

⁴⁶ Benavent, p. 63.

⁴⁷ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 35.

⁴⁸ Benavent, p. 180.

⁴⁹ Pedro de la Dedicación, p. 351.

niño que había desaparecido. Cuando la Priora, Madre Francisca María de Santa Ana, iba por el claustro con la carta cerrada, ella le dijo: *“Buscan a un niño que no pueden encontrar. Se encuentra ya muerto en un retrete”*. Al abrir la carta se halló que contenía exactamente lo que había dicho la sierva de Dios. Y la Priora comunicó a la familia la triste noticia. Efectivamente, el niño fue encontrado muerto en el retrete, como después se comunicó al convento⁵⁰.

El confesor de la Comunidad, padre Jaime Albert, manifestó que le decían las religiosas que, cuando cometían algún defecto por leve que fuera, recibían de la venerable Madre la oportuna amonestación por dicha falta, animándolas al mismo tiempo con mucha caridad al arrepentimiento y a una mayor diligencia en el servicio de Dios.

Don José Milán de Aragón, salmista de la catedral de Valencia, vino un día a decir misa en esta nuestra iglesia. La sierva de Dios la escuchó, y, después, estando con él en el locutorio, le reveló todos los actos internos que había hecho durante la celebración, afirmando Don José que la sierva de Dios le había penetrado totalmente el corazón. Refirió asimismo que, estando cierto día en el locutorio con la venerable Madre, ésta sacó un pañuelo para limpiarse el sudor. Vino a la mente de dicho sacerdote la idea de pedirle el pañuelo y guardárselo como reliquia; pero se abstuvo de manifestárselo. Fue la venerable Madre quien, conociendo tal deseo, le dijo: “Ya sé que desea usted este pañuelo; pediré licencia a la Madre Priora y se lo daré”. Así lo hizo. El sacerdote vio claramente que la Madre había conocido su deseo, aunque sin saber el fin para el cual quería el pañuelo⁵¹.

Otro día estaban todas las religiosas con gran pena por un gran contratiempo que les había sobrevenido. La pena era mayor en la Priora, que era sor Ana del Santísimo Sacramento, por atribuirse a descuido suyo lo que estaba sucediendo. Acudió a la Madre Inés y ella le dijo: *“No tenga pena que presto se descubrirá la verdad, porque esto lo ha hecho el enemigo. El santo ángel de la guarda del convento ha traído a casa tal cosa y luego se descubrirá la verdad”*. Así sucedió puntualmente, porque luego se supo la verdad, quedando libre la Priora de lo que se le imputaba⁵².

Un hombre de Quatrotonda llevaba sobre un jumento unas barandas de hierro para el presbiterio de la iglesia del convento de Benigánim, que se habían hecho fabricar en otro lugar. Como las piezas eran grandes y unas más largas que otras, no podía ir la carga muy bien por más que el hombre procuraba ajustarlas.

⁵⁰ Pedro de la Dedicación, p. 348.

⁵¹ Pedro de la Dedicación, p. 349.

⁵² Tosca, p. 149.

Cerca de mediodía se descompuso de tal suerte la carga que el pobre hombre, viéndose rendido y afligido de estar solo, sin nadie que le pudiera ayudar, se inquietó prorrumpiendo en palabras inapropiadas. Tuvo de ello conocimiento la Madre Inés que estaba comiendo con las hermanas y les dijo: *“Madres, encomienden al hombre que trae las barandas para nuestro presbiterio, que no se impacienta”*. Llegó el hombre al convento y la Madre Inés lo llamó y le dijo: *“Por amor de Nuestro Señor, le ruego que no le suceda en otra ocasión impacientarse ni decir las palabras que ha dicho, cuando se iba cayendo la carga. Con eso no lo ha remediado ni lo remediará y pierde muchos méritos que puede ganar con resignación. El hombre quedó admirado por haberle sucedido en un lugar desierto y hallarse solo y no haberlo dicho a nadie”*⁵³.

e) PROFECÍA

Sor Ana María de San Agustín declaró en el Proceso: *Un día se le representó a la Madre Inés en el claustro el padre fray Jerónimo Núñez de la Orden de San Jerónimo, en figura de muerto. Con esto le dio a entender el Señor que aquel religioso en breve debía morir. Como era hermano de la Madre Leocadia de los Ángeles, sor Inés se lo manifestó para que lo notificara a su hermano. Habiendo dado el oportuno aviso a su hermano, él respondió que estaba bien de salud, pero que procuraría prepararse para una buena muerte. En el término de ocho días entregaba su alma al Señor, de lo que recibió noticias la Madre Leocadia, como lo manifestó a la Comunidad”*⁵⁴.

La Madre Laura del Espíritu Santo contó a la declarante que, *habiendo caído enferma su hermana Tiburcia Pascual, la Madre Laura recurrió a la Madre Inés para que intercediera por su hermana, pero le dijo que se resignase a la voluntad de Dios, porque su hermana debía morir de aquella enfermedad... Y así ocurrió, obteniendo la sierva de Dios que fuera a pasar el purgatorio en su celda”*⁵⁵.

*Vinieron en cierta ocasión a visitar a la venerable Madre los duques de Gandía y le rogaron que instase al Señor para que les concediera sucesión, ya que hasta entonces no tenían. La Madre Inés les aseguró que muy pronto la tendrían. Y así sucedió, pues el Señor les dio un hijo que heredó el título y hoy es duque de Gandía y vive en Madrid”*⁵⁶.

⁵³ Tosca, pp. 302-303.

⁵⁴ Pedro de la Dedicación, p. 288.

⁵⁵ Ib. p. 359.

⁵⁶ Ib. p. 359.

El notario de Valencia Vicente Guill, deseando tener una hija, se lo comunicó a la Madre Inés. La sierva de Dios le respondió: *Dios lo consolará, pero tenga paciencia, porque en este momento no le conviene. Efectivamente, pasaron dos años y, al cabo de ellos, tuvo una hija que se llama Josefa María. Después tuvo otra que se llamó Isabel*⁵⁷.

El padre Pedro Pastor refería públicamente que un día, confesando a la Madre Inés, ésta le dijo: *“Padre, en cuatro días el padre Zurita morirá”. El padre Zurita era párroco de Benigánim. Y, sabiendo que gozaba de buena salud, quedó maravillado, pues a los cuatro días murió*⁵⁸.

*El 27 de noviembre de 1673, estando en el comedor, la sierva de Dios tuvo una visión: Vio que Jesús y su Madre Santísima con gran número de ángeles se dirigían a la celda de sor Jacinta de Cristo, que estaba en cama. El Señor le dio a entender que moriría enseguida. Aquella misma tarde le administraron los sacramentos. A la hora de la cena, la Madre Inés les dijo a todas que podían ir a cenar, que ella se quedaría, pues no moriría en todo ese rato. Puntualmente aconteció como lo dijo, pues la religiosa falleció a la una de la mañana*⁵⁹.

El padre Joaquín Madroño declaró: *Cuando murió la primera consorte de mi abuelo, llamada Felicidad Gamir, fue mi abuelo al convento para consolarse con la Madre Inés. La sierva de Dios le dijo que volvería a casarse y que no se afligiese, porque el Señor le daría un hijo varón; y que de las dos hijas que tenía de doña Felicidad, la una se casaría muy pronto y la otra no tardaría en hacerse religiosa, lo cual aconteció como había dicho*⁶⁰.

Un día le dijeron a la Madre Inés que encomendase a Dios una mujer anciana que padecía algunos achaques y, al mismo tiempo, a una niña de doce años que iban a darle los últimos sacramentos. Lo hizo con mucho gusto y a las pocas horas le dijo a la Priora, Madre Leocadia: *“Madre, la mujer anciana morirá y la niña vivirá, porque el Señor la quiere por esposa en nuestro convento”. Y así sucedió y todavía vive como religiosa en este convento*⁶¹.

En otra ocasión se encontraba muy grave sor Esperanza del Santísimo Sacramento y ya había recibido los santos sacramentos. Estando el confesor asistiéndola, pensando que el fin era inminente, pues estaba desahuciada, le dijo

⁵⁷ Ib. p. 359.

⁵⁸ Ib. p. 361.

⁵⁹ Ib. p. 361.

⁶⁰ Pedro de la Dedicación, p. 365.

⁶¹ Benavent, pp. 194-195.

la sierva de Dios: *“Padre, puede marcharse tranquilo, porque ha de vivir todavía varios años”. He mirado el reloj y he visto que falta todavía pasar mucha arena. La enferma comenzó a mejorar y murió más tarde que la misma Madre Inés*⁶².

Sor Ana María de San Roque refería muchas veces que una vez vio a la Madre Inés que venía del locutorio y le dijo que allí estaban las hijas de Luis Mateu, que estaban afligidas por la muerte reciente de su madre, pero que una de ellas se haría religiosa en ese mismo convento. En la tarde, la misma Madre Inés le invitó a Luisa, diciendo: *“Señorita Luisa, ahora que ha muerto su madre, bien podía hacerse religiosa”. Pero ella respondió que era imposible, porque debía cuidar a su padre.*

*Después que murió la Madre Inés, ambas hijas de Luis Mateu asistieron a los funerales y, al escuchar los sermones, a la mencionada Luisa Mateu le entraron deseos de ser religiosa. Hoy vive con el nombre de sor Luisa María del Salvador*⁶³.

La señora Diega Hostalnou, marquesa de Colomer, fue a visitar a la sierva de Dios, dándole a conocer que estaba muy triste por la muerte de su única hija y quedar así sin sucesión. Le pidió una prenda para recordar el mucho afecto que le tenía y ella le dio para su consuelo un delantal de su uso, diciéndole: *“Consuélese, tendrá ahora una hija que morirá pronto, pero después tendrá un hijo”. La profecía se cumplió. Dio a luz una hija que pronto murió y después tuvo un hijo que hoy vive y es el actual marqués de Colomer*⁶⁴.

La señora Gertrudis Benavent declaró que, habiéndosele muerto un hijo, fue al convento de Benigánim a comunicárselo a la Madre Inés y a consolarse con ella, pidiéndole que rogase al Señor le diera sucesión. La sierva de Dios le respondió: *“Consuélate, el Señor te aliviará y te dará sucesión. ¿Quieres que sea hombre o mujer?”. Un tanto sorprendida por estas palabras, le contestó: “Madre, yo deseo que sea mujer”. La Madre Inés le dijo: Pues bien, ya que lo deseas así, será mujer y le pondrás por nombre Josefa María”. Efectivamente dio a luz una niña y le puso por nombre Josefa María. Hoy vive y está casada con José Mateu y ambos son vecinos de Benigánim*⁶⁵.

⁶² Pedro de la Dedicación, p. 361.

⁶³ Ib. p. 363.

⁶⁴ Ib. p. 364.

⁶⁵ Ib. p. 364.

f) BILOCACIÓN

Es el don por el cual una persona puede estar en dos lugares al mismo tiempo. Algunos teólogos dicen que eso es imposible y que en uno de los lugares está con cuerpo aparente o un ángel toma su figura. Lo cierto es que su ángel custodio la llevaba a lugares distintos, incluso lejanos del convento, para ayudar a los necesitados o asistir a los agonizantes.

En sus viajes de bilocación se transformaba a veces en pastorcito, anciano, luz o peregrina para que no la reconociesen.

Monseñor Antonio Ferrer, obispo de Segorbe y que un tiempo fue confesor de la Madre Inés, tuvo en una ocasión el atrevimiento de pasar el río de Algemés, creyéndolo fácil y con poca agua. Pero ya dentro de él, se percató de que arrastraba mucha agua y pasó un momento de mucho peligro, creyendo perder la vida. Entonces se acordó de la promesa de la Madre Inés de llamarlo interiormente cuando tuviera alguna necesidad y salió libre de aquel peligro. Cuatro meses más tarde fue a visitarla al convento y ella le recordó el peligro pasado y las circunstancias del día, hora y lugar con los más menudos detalles que acompañaron el suceso⁶⁶.

En una ocasión la Madre Inés se quedó extasiada y dijo a sor Mariana de la Asunción: *“Ruegue a Dios por su padre”*. *Al volver del éxtasis, dijo que a su padre le había cogido una tempestad en el mar con grave peligro de perder la vida con todos los que le acompañaban y que le había pedido socorro. Que había acudido en su auxilio y, con el favor de Dios, todos se encontraban sanos y salvos. Pocos días después la Madre Mariana recibía una carta de su padre donde le daba la noticia del día y la hora; y que había invocado a la Madre Inés y habían salido libres del peligro*⁶⁷.

En otro éxtasis observaron las religiosas que hacía actos de gran violencia como suelen hacerse cuando se mueven o trasladan objetos de gran peso. *Al volver en sí le preguntaron: “¿De dónde viene?”*. *Respondió que venía del mar donde había puesto a salvo una nave que estaba a punto de naufragar, pero ya estaba todo remediado. Las religiosas vieron con asombro que la Madre Inés tenía los pies y las sandalias mojados y llenos de arena (¿Iba sólo en espíritu o también con el cuerpo?).*

⁶⁶ Pedro de la Dedicación, pp. 296-297.

⁶⁷ Ib. pp. 304-305.

El padre Vicente Pastor declaró: *Muchas veces vio él mismo cómo dos o tres días después que la sierva de Dios experimentara estos éxtasis, llegaban al convento algunos marineros llevando para la Comunidad pescado, dinero u otros regalos, refiriendo los dichos marineros que, hallándose en grave peligro, habían invocado a la Madre Inés y con sus propios ojos la habían visto aparecer sobre las olas y asistirles calmando la tempestad y quedando sanos y salvos*⁶⁸.

La señora Úrsula Benavent certificó en el Proceso que oyó referir al padre Alonso Cantero que, debiendo ir a Roma a un capítulo general, fue a despedirse de la Madre Inés a Benigánim, pidiéndole que le encomendase para tener un feliz viaje. La Madre le dijo que, si llegaba a encontrarse en serio peligro en el mar, se encomendara a san Antonio de Padua y la invocase a ella, que acudiría en su ayuda.

El padre se embarcó en Alicante rumbo a Génova, coincidiendo que la nave tenía por patrono a san Antonio de Padua. *A medio camino se levantó una fuerte borrasca que amenazaba hacer naufragar al barco, que ya estaba con agua hasta la mitad. En esos momentos el religioso invocó a la Madre Inés. De pronto, oyó una voz que decía: “Oh, cuánto me cuestas tú”. Él reconoció la voz de la venerable Madre e inmediatamente cesó la tempestad y todos se salvaron. Todo esto lo declaró el mismo padre Cantero, cuando regresó de Roma y llegó a Benigánim a darle las gracias a la sierva de Dios*⁶⁹.

Sor Ana María de San Agustín manifestó que su primo Jerónimo Pastor, vecino de Benigánim, venía de Castilla, conduciendo ganado para el consumo del reino de Valencia, y comenzó a nevar con tal abundancia que no encontró lugar donde guarecerse. El ganado se espantó y huyó a la desbandada. Estando reuniendo el ganado, se le echó la noche encima y vino a caer en un precipicio. Allí se encontró sin poder salir y comenzaban a faltarle las fuerzas y entumecerse por el intenso frío. Invocó en su corazón a la Madre Inés, pidiéndole ayuda. *De pronto, divisó no muy lejos un fuego y reanimándose pudo salir y dirigirse hacia allí. Se calentó un rato sin ver a nadie. Inspeccionó el campo y vio el cuerpo de un hombre. Se acercó a él. Era un venerable viejo, que le dijo: “Hijo, ¿a dónde vas con este tiempo y a estas horas?”. Le contó su tragedia y el anciano le indicó que fuera al monte cercano, donde estaban sus compañeros y donde también encontró a todo su ganado reunido. Todos entendieron que aquel anciano no era otro que la venerable Madre Inés. Esto mismo lo refirió con todos sus detalles el mismo Jerónimo a su prima al llegar a Benigánim*⁷⁰.

⁶⁸ Ib. p. 306.

⁶⁹ Ib. pp. 306-307.

⁷⁰ Ib. pp. 302-303.

Dos religiosos carmelitas descalzos venían de su convento de Enguera a predicar el sermón de santa Teresa de Jesús a las religiosas agustinas descalzas de Benigánim, donde estaba la Madre Inés. Les cogió la noche en el camino y se perdieron sin saber por dónde ir. Pero la Madre Inés se les apareció en forma de pastorcillo, diciéndoles: *“Padres, ¿dónde van por estos barrancos y peñas? Vengan conmigo”*. Y les puso en el camino que va derecho a Benigánim.

Cuando la Madre Inés volvió de su éxtasis, les dijo a algunas religiosas que venía de encaminar a dos religiosos carmelitas extraviados que venían a predicar el sermón de la santa Madre y que se les había aparecido en forma de pastorcito.

Llegaron los dos religiosos al convento y preguntándoles cómo les había ido en el camino, refirieron lo que les había pasado y que aquel pastorcillo más parecía ser un ángel del cielo que pastor de la tierra⁷¹.

Otra noche caminaban dos hombres que llevaban unas cargas de atún y, al querer pasar un río, dispuso el Señor que fuese su sierva Inés a encaminarlos para que no pereciesen todos. Oyeron una voz que les dijo: “No pasen”. Como no veían a nadie, pensando que sería alguno que quería burlarse de ellos, resolvieron pasar. Pero, al instante, se les apareció la Madre Inés en forma de mancebo, diciéndoles: “Amigos, no paséis por ahí, venid conmigo que os enseñaré el paso”. Lo siguieron y pasaron el río. Le preguntaron quién era y respondió: “Soy la enviada por mandato de Dios”. Y con esto desapareció, dejándolos contentos y agradecidos⁷².

En cierta ocasión se dirigía el padre Santiago López, de los ermitaños de San Agustín, a dar unas Misiones, y quiso con esta ocasión entrar en Benigánim para saludar a la venerable Madre, hacia la cual profesaba una muy grande devoción, y, al despedirse de ella, le dijo si quería acompañarlo a dichas Misiones, que no le faltaría cabalgadura donde ir a caballo: esto se lo propuso aquel varón apostólico tan sólo por broma. La sierva de Dios le respondió: “Padre, sepa que yo tengo buenas sandalias”. El padre López, sin pensar más en esta conversación, se puso en camino hacia el lugar donde debía dar la Misión; pero inmediatamente observó que una “peregrina” marchaba por delante, en la misma dirección hacia el pueblo a donde él se dirigía. En esto comenzó a llover, y observó que ni él, ni la peregrina, ni siquiera el terreno por el cual ambos caminaban eran mojados por el agua, la cual, aunque caía muy abundante, no los tocaba en nada, quedando en seco, como queda dicho, él, la peregrina y una franja del camino por donde ellos pisaban. Fijándose en esto y

⁷¹ Benavent, pp. 239-240.

⁷² Benavent, p. 240.

haciendo reflexión, el religioso juzgó que la peregrina que marchaba delante de él no era otra que la Madre Inés. De este pensamiento se cercioró y confirmó la primera vez que vino al convento, porque la venerable Madre contó todo lo sucedido en aquel viaje con toda suerte de pormenores. Es más, le refirió que había asistido a la predicación de la Misión, y le dio todos los pormenores del caso. Esto hizo que aquel religioso venerase aún más a sor Inés. El declarante preguntó sobre este caso a la venerable Madre, la cual lo confirmó tal como se ha referido, añadiendo que Dios Nuestro Señor había dispuesto que ella asistiese al padre Santiago en la dicha forma.

Francisco Cucarella era un criado al servicio de la Comunidad del convento de Benigánim. Cierta día fue enviado a la villa de Oliva, y, al regresar e internarse por el monte, como cerrara la noche, que se hizo muy oscura, perdió el verdadero camino y se puso a caminar por la falda del mismo, creyendo así poder volver a la senda verdadera. Al llegar a cierto punto, vio una “luz”, que le llamó mucho la atención, de la cual salió también una voz que le gritaba: “No pases, no pases”. Quedó estupefacto al ver que le gritaban en esa forma; se detuvo y se puso a observar con detenimiento quién podía hablarle por allí, pero no vio persona alguna. Más bien sintió que de nuevo le gritaban: “No pases por ahí; vete un poco más arriba”. Ciegamente creyó y obedeció a lo que le ordenaban. De allí a pocos pasos encontró una pequeña senda, por donde entró, y luego desapareció aquella “luz” misteriosa. Vivamente impresionado, quiso reconocer el lugar por donde hubiera pasado si no hubiera sido avisado por aquella “luz” y “voz”, y al hacerlo encontró que había un tremendo precipicio, por él ignorado, por el cual se hubieran despeñado indudablemente él y su mulo, donde sin remedio hubieran perecido. Después se supo con toda certeza que mientras él se hallaba expuesto a tan inminente peligro, en el convento, la venerable Madre se había arrobado en éxtasis.

Cuando volvió de él, las monjas le interrogaron de dónde venía. Y ella les respondió: “Que había visto al criado del convento en un gravísimo peligro y había ido a socorrerle y guiarlo en forma de “luz”; que ya estaba fuera de todo peligro, que no se preocupasen si el criado venía más tarde de lo debido”. Una vez que vino Francisco Cucarella, las religiosas le preguntaron cómo así había tardado tanto, y él respondió: “Den gracias a Dios que he vuelto vivo”. Hallábase a esto presente la venerable Madre Inés, quien le interpeló diciéndole: “¿Qué es eso? ¿Qué te ha pasado con aquella luz?”. Contestóle Cucarella: “¿Y de dónde le ha venido esa noticia, Madre? Porque yo a nadie he dicho una palabra de lo que me ha sucedido”. “Pues mira —contesto la sierva de Dios—, si llegas a no hacerme caso, ni tú ni el mulo hubierais vuelto al convento”.

Otro caso del año 1695. El declarante era entonces criado que estaba al servicio de la Comunidad. *Un día la Madre Isabel María del Cuerpo de Cristo, Priora de la Comunidad, me ordenó que cogiese la mula del convento y me fuese a Onteniente para traer un saco de almendras. Mientras estaba en aquella ciudad, se desencadenó una tormenta de agua con truenos y granizo. Apenas cesó la tormenta, emprendí el viaje de regreso a Benigánim con la mula y las almendras; pero al llegar al río que llaman Albaida, monté sobre la mula para que pasara a vado dicho río, sin pensar que bajase por él tanta agua como después lo comprobé. En efecto, a los pocos pasos de la orilla, la mula, no pudiendo ya poner los pies en tierra por la mucha altura del agua, comenzó a nadar, y el declarante, viéndose en aquellas circunstancias en un verdadero peligro, se puso a pedir al Señor misericordia, invocando a la venerable Madre Inés. Llegando a la orilla opuesta, se encontró en una situación desesperante y como entregado a una muerte segura y sin escape posible.*

La corriente de agua había hecho que la mula se deslizase hacia un lugar donde había un alto ribazo, unos cinco palmos elevado sobre el nivel del agua; por otra parte, en aquel lugar la distancia de la superficie al fondo del río sería como la altura de dos hombres; así que en medio de las más grandes angustias me entregué a invocar de nuevo a la Madre Inés con mayor fervor que lo hiciera la vez primera, suplicándole me salvara de aquel horrendo peligro de perecer. Todavía estaba en esta oración y plegaria cuando, de repente, la mula dio un salto, saliendo del agua y colocándose de pie sobre el referido ribazo, y levantando consigo tanto el peso de las almendras como el peso del declarante. Este hecho no puedo menos de atribuirlo a un prodigioso milagro operado por la divina Omnipotencia por los méritos e intervención de la venerable Madre Inés, juzgando naturalmente imposible que la mula hubiera podido saltar un ribazo tan alto, no sólo porque estaba cargada con el saco de almendras y el peso del declarante, sino porque la mula estaba nadando en el agua y, por consiguiente, no tenía cosa firme donde apoyar las patas para dar el salto ni para hacer ninguna fuerza con tal tendencia.

Tan pronto como el declarante llegó a esta villa de Benigánim, llevó las almendras al convento y allí se encontró con sor María de San Francisco, religiosa lega, y con la Madre Inés, la cual, antes de proferir yo palabra alguna, me habló en su propia lengua valenciana: “Bartolomé, ¿qué te ha sucedido en el río? ¿Has corrido muy grave peligro? Otra vez ten cuidado de no cometer tal locura, pues si no estoy yo allí para ayudarte, no sales del río ni tú ni la mula”. Esto me causó muy grande asombro, porque a nadie había yo dicho todavía el hecho, ni siquiera había yo hablado una palabra con ninguna persona. Esto me

confirmó en el juicio de que la venerable Madre me había asistido en dicho peligro⁷³.

La sierva de Dios tenía dicho a muchos que, en hallándose en algún aprieto de enfermedad o muerte, la llamasen. La llamaban de lugares muy distantes y al punto acudía. Contábalo ella misma, pero contaba tan al por menor las circunstancias de los casos, con las señas mas individuales del lugar y personas, que con su sola palabra las hacía creíbles⁷⁴.

Un religioso franciscano fue destinado al Japón a predicar el Evangelio. Cierta día, a las ocho de la noche, se le aparecieron a la sierva de Dios muchos bienaventurados del cielo junto con su ángel de la guarda y la llevaron en espíritu a un lugar del Japón donde estaba dicho religioso muy afligido y desalentado por las enormes dificultades que encontraba. Sor Inés rezó por él y el Señor le dio al religioso las fuerzas necesarias para continuar sus trabajos y ofrecer su vida al Señor⁷⁵.

En una ocasión la llevó Nuestro Señor en espíritu a una batalla en el mar. La vieron en un profundo arrobo las religiosas y luego que volvió en sí, empezó con gran alegría a decir: “Gracias a Dios la victoria es nuestra”. Y fue así, porque al poco tiempo se tuvo la noticia⁷⁶.

Un día, estando en éxtasis, la hizo volver la obediencia a la Priora, quien le preguntó: “¿De dónde viene? Respondió: “Madre, vengo de remediar una gran necesidad, pues allá, cerca de un caudaloso río, se querían matar dos hombres”. Según las señas que dio se pudo entender que era entre el pueblo de Carcagente y Alcira. Y la Priora le dijo: “Vuelva al instante, no sea que se maten”. Pero aclaró: “Madre, si usted lo manda, volveré, pero no hago falta, porque como he hecho la voluntad del Señor obedeciendo, el mismo Señor quedó allá para remediar la necesidad⁷⁷.

El padre Jaime Albert declaró que una vez, estando ella en éxtasis, comenzó a decir a las religiosas: “Madres, demos gracias a Dios, porque allí en tierras extrañas muy lejos se va propagando la fe de Jesucristo”. Como las religiosas ya tenían experiencia de los extraordinarios favores que el Señor solía conceder a su sierva, pensando que la venerable Madre había querido significar algo especial con aquellas palabras, anotaron el día y la hora en que las profirió. Efectivamente no pasaron muchos días, cuando se recibió la noticia de

⁷³ Pedro de la Dedicación, pp. 298-300.

⁷⁴ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 29.

⁷⁵ Benavent, p. 237.

⁷⁶ Tosca, p. 332.

⁷⁷ Benavent, p. 114.

que en aquel mismo día y hora el emperador Leopoldo había vencido a los turcos, conquistando la ciudad de Buda. La misma venerable Madre afirmó que ella se había encontrado presente a los asaltos de la ciudad y que andaba animando a los soldados. Le repliqué a esto y le dije: “¿Y cómo ha hecho para meterse entre los soldados siendo monja?”. Respondió ella “que no la conocían ni se daban cuenta de que era monja”⁷⁸.

Dice el padre Vicente Tosca: *Manifestaré lo que la venerable Madre refirió a su confesor: “Estando yo cierto día en la huerta, conocí que me llamaban internamente. Pude acogerme a una escalera, que llamamos del telar, y así como estuve allí, me dormí (cayó en éxtasis) y acompañada de la Virgen Santísima, de las once mil vírgenes y de muchos ángeles, especialmente de tres ángeles de la guarda, que eran los que me llamaban, fui al instante a un lugar de las montañas de Onil, donde el Señor me manifestó a dos hombres y una mujer rodeados de multitud de demonios, que los persuadían a ofender a Dios y perseverar en su mala amistad y dificultándoles de confesar sus pecados. Pedí al Señor fortaleza, contrición y misericordia para aquellas almas. La Virgen intercedió por ellas y yo hice un cargamiento por tales pecadores, ofreciéndome a padecer lo que el Señor dispusiere. Los tres ángeles de su guarda los alentaban. Me volví al convento con el mismo acompañamiento menos los tres ángeles. Al día siguiente me manifestó el Señor cómo se habían confesado y vi sus almas, con gran consuelo mío, muy puras y limpias”⁷⁹.*

g) DON DE CURAR

Este fue uno de los dones que Dios le otorgó a nuestra beata, como a muchos otros santos. Si ella hacía en todo la voluntad del Señor, el mismo Señor quería hacer su voluntad cuando ella le pedía algo en favor de los enfermos y necesitados. Jesús le había dicho: *Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío* (Jn 17, 10). Veamos algunos ejemplos de curaciones maravillosas de los innumerables que sucedieron.

Sor Catalina de San Agustín declaró: *En cierta ocasión vinieron a esta villa, con el fin de visitar a la venerable Madre, don Juan Ortiz y su esposa, Doña Isabel Cebrián, habitantes de la ciudad de Játiva, y trajeron en su compañía una hijita de sólo dos años, la cual, por la vehemencia y el rigor del sol que tomaron en el camino, padeció tanto daño, que le vino una fuerte fluxión a los ojos, que le hacía mucho sufrir, por lo que sus padres estaban llenos de consternación. Tan pronto como se avistaron con la Madre Inés, le refirieron lo*

⁷⁸ Pedro de la Dedicación, p. 318.

⁷⁹ Tosca, pp. 135-136.

que habían sufrido en el camino y la pesada molestia que por ello sufría la niña. La Madre, apenas oyó esto, comenzó a hacer la señal de la cruz sobre la cabeza de la niña, pronunciando la consabida frase: “A mí, sí; a ti, no”. Pronunciando estas palabras, la venerable Madre tomaba para sí una de sus acostumbradas obligaciones o “cargamientos”, como ella decía, y se comprometía a padecer aquel mismo mal de la niña, para que ésta quedase libre de él. Al mismo tiempo les entregó la redecilla de tela que suelen llevar debajo de la cabeza las religiosas, diciéndoles que se la pusieran a la niña, y de esta manera encontraría algún alivio. Así aconteció, efectivamente; porque tan pronto como le pusieron la redecilla, la niña curó por completo y cesó toda fluxión de los ojos.

Por otra parte, sin dispensación alguna, la sierva de Dios pagó aquel “cargamiento”, puesto que en el espacio de quince días experimentó en sus ojos dolores intensísimos, que ni siquiera le dejaban abrirlos. La declarante estuvo presente a todo esto y lo vio con sus propios ojos⁸⁰.

En tiempo de la Madre Leocadia aconteció un hecho muy señalado. Enfermó gravísimamente una niña que tenían en el convento, la cual había entrado allí a la edad de siete años, y venía tan bien inclinada y estaba adornada de tan excelentes cualidades, que daba positivas esperanzas de que se quedaría definitivamente en el convento vistiendo el santo hábito. En el momento en que padecía gravísima enfermedad, que la había puesto al borde del sepulcro, tan sólo tenía once años. Estaba, por tanto, la Madre Priora y toda la Comunidad presa de hondísima pena y tristeza. Vino a la mente de la Madre Priora el llamar a sor Inés y rogarle que pidiese la salud de aquella niña, que tan bellas esperanzas ofrecía de una vocación solidísima; y si era voluntad de Dios llevarse alguna religiosa, allí estaba otra, también gravemente enferma, impedida para todo servicio por una incurable parálisis, además de estar cargadísima de años y de méritos. Sor Inés obedeció al mandato de la Madre, se puso en oración, esto es, en arrobamiento, y cuando volvió en sí comunicó a la Madre Priora que sus deseos quedarían cumplidos. Efectivamente, la religiosa anciana y paralítica murió en breve; la niña, por el contrario, sanó y vivió sesenta y dos años, muriendo el año 1728, o sea, un año antes de comenzar en Benigánim el Proceso Informativo para la beatificación de sor Inés. La religiosa curada prodigiosamente se llamó sor Teresa María⁸¹.

La hermana María de San Francisco, religiosa de obediencia, estaba postrada en cama con una fiebre maligna que la llevaba rápidamente al sepulcro, a pesar de encontrarse en edad muy joven. Los médicos ya habían ordenado que se le administrasen los santos sacramentos. Sor Emerenciana de

⁸⁰ Pedro de la Dedicación, p. 286.

⁸¹ Ib. pp. 130-131.

San Roque, hermana carnal de la anterior, también del convento de Benigánim, con ardentísimas súplicas rogó a sor Inés, un día que ésta se dirigía a recibir la comunión, que pidiese a Jesús por la salud de su hermana. Sor Inés, hecha su devoción, se dirigió directamente a la celda de la religiosa enferma, y entrando le dijo: “Hermanita, abre la boca”. Abrió la boca la enferma, esperando recibir agua, porque la devoraba una ardiente sed. Pero la venerable, soplando sobre ella, le dijo: “Ten buen ánimo, que no morirás de esta enfermedad”. Inmediatamente curó, y vivió hasta el año 1711⁸².

Catalina Moranté, mujer del agricultor Pedro Benavent, estaba sumamente afligida, porque ya había dado a luz cuatro veces y en todas ellas las criaturitas habían salido muertas, con la grande pena de no haberles podido ni administrar el sacramento del bautismo. Volviéndose, pues, a la venerable Madre, le rogó con ardientes súplicas que intercediese por ella y le alcanzase el consuelo para sus desgracias. La venerable Madre le aseguró que, en adelante, las criaturas que diese a luz, recibirían el bautismo. Así sucedió por dos veces en el futuro; en dos nuevos partos pudieron recibir el bautismo las dos criaturas. Pero todavía afligida, Catalina volvió con sus súplicas a sor Inés y le rogó pidiese al Señor que no sólo recibiese el bautismo la criatura que llevaba en su seno, sino que le concediese el beneficio de la vida. La Madre Inés le alargó entonces un cilicio de su uso y le encargó que se lo pusiera sobre el vientre, y así la niña que había de dar a luz continuaría viviendo. Puntualmente aconteció el suceso de la manera anunciada. Dio a luz con toda felicidad una niña y se le puso por nombre Josefa María. Vive todavía y está casada con Carlos Ganido. La misma Catalina refirió este caso a la que esto declara⁸³.

Muchísimos son los (enfermos) que curó sor Inés con la señal de la santa cruz, con el contacto de sus manos y con sus fervorosas oraciones: innumerables los que, aplicándose los rosarios, cruces, correas y otros objetos de devoción, que repartía, han curado.

Cierta religiosa del convento de la Puridad de Valencia tenía un tumor en el pecho, que degeneró en zaratán o cáncer, según dijeron los médicos y cirujanos; los cuales resolvieron cortarlo para su curación. La noche antes, otra religiosa fue a la celda de la enferma y, viéndola tan afligida, procuró consolarla y le dijo: “Madre, yo tengo una crucecita de sor Inés. Tómela y con mucha devoción invóquela para que le alcance lo que más le convenga para su salvación”. Tomó la enferma la dicha crucecita, púsosela sobre el tumor y, al instante, experimentó grandísimo alivio. Al otro día por la mañana fue el cirujano para hacer la operación: descubrió el pecho, y no hallando tumor ni

⁸² Ib. p. 129.

⁸³ Ib. p. 301.

incidente alguno, se quedaron todos admirados, y la tal religiosa con perfecta salud, sin que se le haya reproducido síntoma alguno de semejante achaque.

Elena Mompó, de la ciudad de Játiva, padecía el achaque de gota, que la aquejaba mucho. Invadió sus miembros de tal suerte que se hallaba casi tullida por completo; y como era muy íntima devota de la Madre Inés, envió a su convento para que le dieran alguna cosa de la sierva de Dios. Remitiéronla una de las medias de la venerable, aplicósela con mucha devoción, y al mismo tiempo sintió un ruido en el aposento; y por la emoción interior que experimentó, dijo: “Madre Inés, si estás aquí, cúrame si me conviene”. Dichas estas palabras se halló sana y buena⁸⁴.

A dos del mes febrero del año 1673, estando en oración muy de mañana sor Inés, le dio el Señor conocimiento de la penosa enfermedad que padecía su padre espiritual, Don Juan González de Tejada, por el dolor de ijada que le molestaba. Hizo oración por él y advirtió a la Madre Priora que dijese a la Comunidad que ofreciesen por él la comunión todas las religiosas; lo que cumplieron con mucho gusto y mayor devoción, añadiendo otras plegarias. Y a ocho días del mes y año mencionados tuvo carta el convento, en que se participaba que el día de la Purificación habían sacramentado al dicho padre, añadiendo además la noticia de que había expulsado tres piedras de gran magnitud y esquinadas; pero que aún estaba en manifiesto peligro, por haberle sobrevenido supresión de orina. Al otro día jueves, ella se arrobó; apareciéndosele nuestro Redentor Jesucristo, su Madre Santísima, el arcángel san Miguel, el seráfico padre san Francisco, santa Teresa de Jesús, y otros ángeles, se la llevaron en espíritu al cuarto donde estaba el enfermo.

Entonces, su divina Majestad le dijo: “Inés, toma este botecillo de ungiendo y unge a este sacerdote”. Ella, obedeciendo, ungió con aquel ungiendo el cuerpo de dicho enfermo. Acabada la unción, le preguntó: “Señor, ¿qué ungiendo es éste, y para qué me habéis mandado ungir a este mi padre sacerdote?”. Respondióle: “Este ungiendo está compuesto de los merecimientos de mi pasión y muerte, y de los de mi Madre; y haberlo ungido es para darle fuerzas, a fin de que sufra la enfermedad con paciencia, y que se resigne a mi voluntad. Con esto, además de conseguir muchas ventajas para su alma, tendrá salud en el cuerpo; que aún no es hora de que muera, por cuanto lo necesito para mi Iglesia”. Así sucedió, pues dentro de breve tiempo quedó sano y bueno⁸⁵.

Sor María Ángela Soler, religiosa del convento de las Magdalenas de Valencia, siendo de edad de cuatro a seis años, tenía un mal en la cabeza, que

⁸⁴ Benavent, pp. 246-247.

⁸⁵ Benavent, pp. 250-251.

decían los médicos era tiña. Cansados los cirujanos de aplicarle varios remedios, le dijeron que la Madre Inés de Benigánim tenía un aceite que curaba muchos males. Llevóla su madre al convento, y entraron a la niña dentro de la clausura. Al salir, le dio la Madre Inés a su madre una redomita de aceite, que tomó de una lámpara que arde en el claustro delante de un altar, y le dijo que le pusiese aquel aceite, que a la segunda vez que se lo pusieren curaría; y que el que sobrase, lo repartiase entre otros enfermos, que para cualquiera enfermedad aprovecharía. Pusiéronle la primera vez, y se secó todo el mal; y a la segunda, quedó buena. Y el poco aceite que sobró, lo aplicaban a diferentes enfermos, obrando en ellos maravillas⁸⁶.

Un religioso mercedario, llamado fray Pedro Pomares, tenía gran devoción a la venerable Madre Inés y a toda la Comunidad. Cuando le daban de comer en la hospedería del convento, se llevaba los mendrugos de pan que le sobraban, suponiendo que habían pasado por las manos de la Madre Inés y se los llevaba a Elche, donde diciendo que era pan bendito, los repartía entre los enfermos y aseguraba que Dios había obrado con ellos muchos prodigios, curando diferentes enfermedades incurables⁸⁷.

En el mes de diciembre de 1693, Doña Elena Mompó, madre de la declarante (sor Catalina de San Agustín), cayó gravemente enferma de erisipela, que la postró en la cama, de donde no podía moverse, sufriendo muy fuertes dolores, durante dos meses largos. Avisó, pues, a su hija, la que esto refiere, suplicándole que le enviara algún objeto de la venerable Madre Inés para aplicársele a la pierna, donde le afligía el mal, ya que por este medio esperaba curar, habiendo resultado ineficaces todos los demás remedios y medicamentos aplicados hasta entonces. La declarante, ansiando la curación de su madre, cogió a la sierva de Dios una calceta y se la envió a su madre para que se la aplicase. La señora Elena contaba después a su hija que, cuando le metieron la calceta, sintió cierto ruido en su habitación, y, creyendo que sería la Madre Inés, que venía para visitarla, la invocó, y luego le pusieron la calceta. En ese momento sintió como si una mano pasase suavemente por encima de su maltratada pierna. Al instante quedó totalmente sana y se levantó sin demora de la cama y se comprobó que estaba completamente libre del mal con sólo aplicarse aquella prenda de la Madre Inés.

Cuando trajeron esta noticia al convento, la declarante se acercó a la venerable Madre y le dijo estas palabras: “Madre Inés, hay en un convento una monja que cura la erisipela; si tuviésemos también aquí en el convento nuestro una que supiera hacer lo mismo...”. “¡Ah, boba! —le dijo la venerable Madre—

⁸⁶ Benavent, p. 323.

⁸⁷ Tosca, pp. 394-395.

lo dices por tu madre. Mira: con esta mano la he curado”. Y al mismo tiempo le enseñaba la mano derecha. Probó así la declarante que la sierva de Dios penetraba el fondo de las almas y además que, efectivamente, había curado a su madre. Vino también la señora Elena Mompó al convento para visitar a su hija y también para dar gracias a sor Inés, y con tal ocasión aquella señora contó el suceso con todas sus señales y pormenores⁸⁸.

Clara Álvarez, mujer de Pedro Gomar, de la villa de Benigánim, hallándose embarazada, llegó a no sentir la criatura por más de diez días, sin que diese señal de que vivía como antes. Llegada la hora del parto, que lo tuvo muy peligroso, tampoco la sentía, juzgando todos que estaba muerta y que dicha mujer se hallaba constituida en los últimos de su vida. Recurrieron a la Madre Inés, refiriéndole lo que pasaba y ella les dijo: “Ofrezcan hacer celebrar tres misas por las benditas almas del purgatorio y confíen en el Señor que todo tendrá buen resultado”. Así sucedió, pues la madre tuvo feliz parto y la criatura recibió el sacramento del bautismo. Si hubiera de poner la multitud de mujeres, a quien ha librado la sierva de Dios y ha socorrido en peligrosos y dificultosos partos, sería gastar mucho tiempo y no poco papel⁸⁹.

En el convento de sor Inés, una religiosa, llamada María de san Pablo, padecía ya por espacio de muchos años en las manos un fuego que le salía del hígado, con tal exceso, que le impedía asistir al servicio de la Comunidad. Esto la imposibilitaba para emplearse en las obediencias; lo que sentía mucho por su grande caridad; y no era menor la pena que experimentaba por el asco que a todas causaba. Muchísimas fueron las medicinas que le aplicaron, aunque sin ningún resultado. Un día, estando en el refectorio, se levantó de repente sor Inés, al tiempo de la comida, y con un pedazo de relleno le frotó las manos a la accidentada religiosa, la cual con admiración le dijo: “Nina, ¿qué quieres hacer con esto? Respondió: “Hermana, calle y déjeme hacer, que el Señor quiere que yo la cure con esto”. Rara medicina, pero más raro prodigio, pues inmediatamente quedó libre del achaque, sin que jamás volviese a molestarla⁹⁰.

Resumiendo, podríamos repetir lo que dijo el padre José Fernández de Marmanillo en la Oración fúnebre: *La caridad que mostraba a los enfermos era indecible. Asistíalos, consolábalos y curábalos. Dejó a muchos curados con la señal de la cruz o con el contacto de sus manos o aplicándoles cruces, correas u otras cosas de devoción que ella les repartía⁹¹.*

⁸⁸ Pedro de la Dedicación, pp. 289-290.

⁸⁹ Benavent, p. 248.

⁹⁰ Benavent, p. 252.

⁹¹ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 26.

h) DON DE HACER MILAGROS

Éste también fue un don sobrenatural que Dios le concedió a nuestra beata. Son muchos los ejemplos que se podrían sacar a relucir, pero veamos los más significativos.

En el año 1690, resolvió la Madre Úrsula María de san José, Priora, abrir una zanja dentro del huerto por junto a las paredes del mismo convento, para quitar por este medio la humedad grande que había en el refectorio y demás oficinas que caen hacia aquella parte. Hizo entrar para esto a diferentes trabajadores, pero luego que abrieron como cuatro palmos de tierra, encontraron una peña viva de tal resistencia que ni con picos la podían romper. Había entrado al mismo tiempo en el huerto Don Francisco Colomer y reconociendo la suma dificultad de aquella empresa y los excesivos gastos que se habían de seguir a la Comunidad de proseguirla, volvióse a la Madre Inés (que con la Priora, y algunas otras religiosas estaba presente) y le dijo que echase su bendición sobre aquellas peñas, para que los trabajadores pudiesen abrir la zanja más fácilmente, y sin tanto dispendio. Respondió la sierva de Dios, que echase él la bendición pues era sacerdote; pero insistiendo en que la bendición había de ser de la hermana Inés, para obligarla, se lo mandó la Priora. Arrobose inmediatamente en presencia de todos los circunstantes, y, vuelta del raptó, echó la bendición sobre las peñas. ¡Caso maravilloso! Cavarón al punto los trabajadores, y hallaron la peña tan suave como si fuese de tierra⁹².

Cierto día sacaba la sierva de Dios aceite de una tinaja y, siendo así que sólo estaba media, la colmó maravillosamente de suerte que sobreexcedió en más de tres arrobas, admirando las religiosas el prodigio. En otra ocasión, sucedió romperse otra tinaja de aceite por haber saltado de ella una piedra, dejando un agujero por donde era forzoso se derramase el aceite. Lo remedió la Madre Inés con sólo volver a poner en el mismo lugar la piedra que había saltado, porque con esto se detuvo firme hasta que se sacó el aceite y, hecho esto, al instante volvió otra vez a caer la piedra. Había en el convento cuatro cahíces de harina de un trigo tan ruin por lo carcomido que no se podía amasar ni comer. Viendo esto la venerable Madre, dijo a las hermanas: “Dejádmelo amasar a mí”. Se lo permitieron y admiraban la diligencia y destreza con que lo amasaba, y lo que más admiraron fue que, apenas la sierva de Dios puso su mano en la masa, cuando se mejoró al punto de manera que, no sólo salieron

⁹² Benavent, p. 319.

entonces muy sazonados y gustosos los panes, sino que lo restante de la harina fue en adelante muy buena⁹³.

Estando Vicente Vaja con otros cuatro hombres trabajando en la huerta del convento, en el año 1689, nos ordenó a todos los cinco hombres la Madre Úrsula María de San José, Priora entonces, que transportásemos un gran pilón de piedra de la huerta al lavadero de la Comunidad. En efecto, habiéndose puesto el declarante con los otros cuatro compañeros a trasladarlo, empleando instrumentos adecuados para el caso, y habiendo intentado moverlo por dos o tres veces, no pudieron ni siquiera mover dicho pilón, porque pesaba más de 55 arrobas, esto es, 1.275 libras, según nos lo atestiguó Don Vicente Gomar, albañil de la presente villa, quien lo vio y comprobó. Viendo, pues, ellos que no podían realizar lo intentado, porque para mover dicho pilón era necesario un número mayor de hombres que los cinco que en vano trabajaban por transportarlo, dijo el referente a la venerable Madre Inés, la cual estaba en dicha huerta: “Madre Inés, venga aquí y ayúdenos a transportar este pilón al lugar donde nos ha ordenado la Madre Priora, porque pesa mucho y aquí somos poca gente”. A lo que inmediatamente respondió la venerable Madre: “Sí, hijito; sí, hijito”.

Se acercó al citado pilón, aplicó a él la cabeza y, empujándolo al mismo tiempo que iba repitiendo muchas veces el dulcísimo nombre de Jesús, movió el referido pilón, y, sin apartar de él para nada la cabeza, y sin cesar de pronunciar el dulce nombre de Jesús, lo llevó por sí sola hasta el lugar designado por la Madre Priora, distante 236 palmos del lugar donde estaba antes. Y si bien es cierto que el referente y los restantes compañeros iban a los lados y apoyándose al dicho pilón, sujetándolo con las manos; pero todo esto era pura ceremonia, porque ninguno de ellos hacía la mas mínima fuerza, y, llenos de asombro, se miraban unos a otros, admirando la grande virtud de la venerable Madre Inés y aquel hecho portentoso que estaba sucediendo en su misma presencia, atribuyéndolo todos los cinco compañeros y las religiosas allí presentes a manifiesto milagro realizado por la divina Bondad por los méritos e intercesión de la referida venerable Madre Inés⁹⁴.

Veamos el siguiente caso referido en la Oración fúnebre: Una noche se hospedó en el convento el padre fray Jaime López, agustino. Había llegado muy tarde, y afligidas las religiosas por no tener ni un par de huevos para la cena, no sabían qué hacer. La Madre Inés les dijo: “No se aflijan, que huevos hay en casa”. ¿En dónde, le replicaron? “Tomaré un par de la clueca”. Rieronse de su sencillez, pero luego admiraron el prodigio. Aunque los huevos estaban de

⁹³ Tosca, pp. 50-51.

⁹⁴ Pedro de la Dedicación, pp. 122-123.

algunos días podridos y hediondos, guisados por su mano cobraron tal sabor que el huésped, extrañando la novedad en el gusto, dijo que en su vida no había comido cosa mejor y que no parecía sino que los había guisado un ángel. Era lo que parecía, porque los había guisado quien le era tan semejante: la Madre Inés⁹⁵.

ASISTENCIA A LOS AGONIZANTES

Éste fue uno de los carismas especiales de nuestra beata. Dios la enviaba frecuentemente a asistir a los agonizantes para ayudarles en esos difíciles momentos. Ella iba tranquila, bien acompañada por su ángel de la guarda.

Nos relata su confesor padre Felipe Benavent: *Se aplicaba tanto la Madre Inés con su encendida caridad a socorrer, asistir y ayudar a los moribundos que, según ella decía, eran raros los días en que no se ejercitase en este caritativo oficio. Ya iba a Italia, ya a Castilla, a unos y otros reinos, a éste o aquel lugar... Un día de la Purísima Concepción estaba recogida en su celda y, entre ocho y nueve de la noche, se le apareció un ángel en forma de un bizarro mancebo que dijo era el custodio de un hombre que se estaba muriendo y que le enviaba Dios para que le acompañase a donde estaba el enfermo. ... Le llevó a un lugar muy grande de Castilla y entró la sierva de Dios en el aposento donde estaba el agonizante, que era un hombre muy viejo. Muchísimos eran los demonios que lo afligían... El Señor le dio conocimiento a la venerable Madre de las aflicciones que le causaban a aquel pobre hombre estos combates. Hizo por él un cargamiento, ofreciéndose a padecer lo que el Señor quisiese enviarle, y, estando en estos ruegos, bajó el arcángel san Miguel y san Pedro apóstol. En ese momento, desaparecieron los demonios, dando horrorosos bramidos. Dándole el apóstol san Pedro su bendición, murió el hombre; y el arcángel san Miguel y su santo ángel custodio pusieron su alma en el purgatorio⁹⁶.*

Otro día fue a un lugar muy distante donde halló un agonizante llamado Juan, que, por haber sido hombre de negocios y muchos tratos, le combatían fieramente los perversos enemigos, imposibilitándole con sus embustes su salvación. Pero con la majestuosa asistencia del Señor, acompañado de su Madre Santísima, del patriarca san José, de los dos Juanes, Bautista y Evangelista, de san Cayetano y otros que por él intercedían, y por las devotas oraciones de su sierva Inés, usó su divina Majestad con él de misericordia, dándole auxilios para hacer perfectos actos de amor. Habiendo muerto en gracia suya, fue su alma a purificarse en el purgatorio.

⁹⁵ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 26.

⁹⁶ Benavent, p. 263.

También fue sor Inés a asistir a una doncella virtuosa, que se hallaba en los últimos instantes de su vida. Favorecióla el Señor, colocado en su majestuoso trono, asistido de su Virgen Madre, de los patriarcas san José, santo Domingo y de otros santos de su devoción. Los enemigos que estaban en el aposento eran muchísimos; y como se hallaba la dicha doncella en la flor de su edad, de aquí tomaban motivo para inquietarla, proponiéndole sin duda para que faltase a la resignación. Conociendo la sierva de Dios que los demonios se desmandaban sobradamente en perturbarla, con santa cólera les dijo: “Andad a los infiernos, que esta alma es de mi esposo Jesús y corre por mi cuenta”. Con esto se fueron desesperados. Murió la dicha doncella y le concedió el Señor fuese a padecer el purgatorio a la celda de su sierva Inés, lo que le duró pocos días⁹⁷.

Otro día, estando en oración Madre Inés, se le apareció un ángel, diciéndole que venía enviado de Dios para que fuese con él a hacer un cargamiento y asistir a un hombre que se estaba muriendo. Acompañada de aquel ángel y del de su guarda la llevaron en un instante a un lugar muy lejos. Entró en el aposento donde estaba el moribundo, y vio en él gran multitud de demonios, que perturbaban y afligían al agonizante con tan horrendas figuras, que sólo verlas bastaba para dar la muerte. Enseñábanle unos libros grandes, diciéndole cómo en ellos tenían escrita su mala vida; y que así no tenía que cansarse en pedir a Dios perdón, ni confiar en su misericordia; pues no tenía remedio, por cuanto estaba ya escrito en el número de los condenados. Consolóse muchísimo Inés, viendo que bajó a asistir a aquel pobre hombre Nuestro Señor Jesucristo, acompañado de su Santísima Madre, del arcángel san Miguel y de otros santos que intercedían por él, animándole a que hiciera actos de fe, esperanza y caridad, y con mucho dolor de haber ofendido a su Creador le pidiese misericordia.

Manifestó el Señor a su sierva Inés el estado en que se hallaba aquel hombre, dándole a conocer claramente las inquietudes, congojas y aflicciones que padecía; y con mucha caridad y gran rendimiento le dijo: “Esposo y dueño mío, ya que habéis querido traerme aquí y manifestarme las agonías y necesidades tan ocultas de este mi prójimo, admitid este cargamiento, que por él hago de todo mi corazón; venga sobre mí cuanto gustare vuestra divina Majestad que padezca ésta vuestra indigna esclava, que yo me ofrezco a todo. Vengan penas, sólo que no se pierda esta alma”. Estando en estas oraciones, le manifestó el Señor un estanque grande de agua, en el que había doce ruedas de fuego, que continuamente rodaban. Murió el tal hombre y el Señor mandó a su ángel de guarda, pusiese a aquella alma en el dicho estanque de agua, para que

⁹⁷ Benavent, p. 266.

allí padeciera el purgatorio. Y viendo los enemigos infernales malogrado el lance, se fueron rabiando.

Suplicó sor Inés a su divino esposo, se dignara aclararle, qué significaba aquel estanque con las doce ruedas, donde purgaba aquella alma. Y su divina Majestad le dijo: “Hija, viviendo este hombre ha hecho algunas obras buenas; pero con grande tibieza: vivía y se portaba muy helado en cuanto a las inspiraciones y conocimientos que yo le comunicaba; y por tanto padece el purgatorio en ese estanque de agua. Estar en continuo movimiento esas ruedas significa la poca estabilidad que tenía: emprendía una obra de virtud, y luego la dejaba: comenzaba un ejercicio de mortificación, y al instante se cansaba: no tenía permanencia en las obras de perfección. Ser doce en número las ruedas de fuego, y arrojar centellas y chispas hacia el alma, es porque, ocupado su pensamiento en cosas que poco importaban, se olvidó en doce ocasiones de cumplir la penitencia que le impuso el confesor”⁹⁸.

En otra ocasión dispuso el Señor que su ángel de la guarda la llevase a cierto lugar donde había dos personas muy enfermas. Dióle conocimiento que estaban muy cerquita de dar cuenta a Dios y muy lejos de considerar su fatal ruina; pues, hallándose las dos en pecado mortal, por más que las apretaba la enfermedad, estaban tan descuidadas de pedir perdón al Señor y mirar por sus almas, como si fueran inmortales. No se descuidaban por su parte los demonios; pues con grande vigilancia les persuadían que aquella enfermedad no era de muerte, sino un cansancio y desfallecimiento, causado por los sobrados estragos que habían hecho de su salud, y que con recobrar fuerzas se hallarían alentadas; y así no había de qué afligirse, ni cuidar de otra cosa más que de comer bien y descansar, que al otro día estarían ya en mejor disposición.

No es ponderable el desconsuelo y aflicción que causaban a la sierva de Dios la infelicidad y terquedad de aquellas personas, fomentadas con las persuasiones diabólicas de los enemigos; si bien se aliviaba su pena al ver que la bienaventurada santa María Magdalena intercedía por ellas; lo que le causó animosos alientos para suplicar al Señor con todo rendimiento que, por la intercesión de la penitente Magdalena, comunicase auxilios a aquellas almas para que saliesen de tan infeliz estado, y no se malograsen en ellas los merecimientos de su preciosísima sangre. Por ellas hizo un cargamiento, ofreciéndose a padecer las penas, dolores y angustias, que su divina Majestad tuviese gusto enviarle, sólo para que no se condenasen aquellas almas.

Oyó la Suma Clemencia estas súplicas; pues por los ruegos de la penitente santa María Magdalena, y por las oraciones de su sierva Inés, usando

⁹⁸ Benavent, pp. 268-269.

de su infinita misericordia, comunicó especiales auxilios a las dichas personas, para que hicieran una buena confesión. Recibieron en efecto los santos sacramentos. Al otro día murieron y fueron colocadas sus almas en el purgatorio⁹⁹.

Otra mujer, conocida y devota de sor Inés, viéndose ya a lo último de su vida, la llamó para que la asistiese en aquel apretado lance; y al instante estuvo allí. Halló presente a Nuestro Señor Jesucristo, rectísimo juez. A la parte derecha de la agonizante, estaba la Emperatriz de los cielos, el arcángel san Miguel, san Pedro, san Pablo, san Juan Apóstol, san Francisco de Paula, san Ignacio de Loyola, santa Bárbara y otros santos. A la parte izquierda había gran multitud de enemigos, con tan horrendas y espantosas figuras, que le causaban más crecidas penas que las que padecía de la enfermedad. Decíanle que no tenía que confiar en la divina misericordia, ni en la intercesión de la Virgen y demás santos, porque cuantas obras había hecho en toda su vida, no le podían aprovechar, ni ser de mérito alguno, por haber estado siempre en pecado mortal; y así, en expirando, se habían de llevar su alma a los infiernos. Con esta batería de fuertes tentaciones, se hallaba la pobrecita mujer, confusa y angustiada.

Y teniendo alto conocimiento la sierva de Dios de las aflicciones que padecía aquella alma, hizo fervorosas súplicas por ella al Señor, interponiendo la intercesión de la Virgen santísima y demás santos que la asistían, suplicándole fuese servido darle una buena muerte, y mandar a los demonios que se retirasen. Estando en estas deprecaciones, vio que la purísima Virgen Madre tenía en sus manos un rosario más rico y hermoso que si fuera de oro y diamantes, presentando a su santísimo Hijo la devoción y cuidado, con que aquella mujer se lo había rezado. Los demás santos que la asistían, presentaban también las oraciones en que se había empleado, suplicándole le comunicase auxilios y fortaleza. A este tiempo bajaron algunos ángeles llevando las insignias de su santa Pasión, por haberla meditado la dicha mujer en el decurso de su vida; y a vista de esto, escaparon rabiando los enemigos infernales. A breve espacio de tiempo, expiró la dicha mujer, y su alma fue colocada en el purgatorio¹⁰⁰.

Refiere sor Ana María de San Roque que el día 2 de setiembre de 1691, por la tarde, estando Don Antonio Ferrer, obispo de Segorbe, en la capilla que existe en el huerto del convento, en compañía de la venerable Madre Inés, de la declarante y de toda la Comunidad, la sierva de Dios se enajenó y salió de los sentidos. Dejándola en este estado, el prelado se fue al locutorio. Desde allí, con

⁹⁹ Benavent, p. 270.

¹⁰⁰ Benavent, pp. 264-265.

mandato interno, ordenó a la sierva de Dios, en virtud de santa obediencia, que viniese a la verja del locutorio. Puntualísimamente obedeció ésta, y una vez allí, el prelado le ordenó que manifestara lo que le había sucedido durante el éxtasis. Respondióle sor Inés que había sido llamada a la villa de Onteniente, donde se hallaba agonizante Doña Isabel Colomer. Tres horas más tarde llegaba al convento un enviado especial, mandado por Don Gaspar Sancio, marido de la citada Doña Isabel, padres ambos de dos religiosas de este convento, Madres Ana María de los Serafines y Josefa María de Cristo. Traía, pues, una carta dirigida a estas religiosas y en ella les avisaban que su madre estaba en el último trance de la vida; que rogasen a la Madre Inés para que la asistiera y socorriese en aquellos momentos con sus oraciones.

A la mañana siguiente, pasando el señor obispo citado a la iglesia del convento para decir la santa misa, llamó a la Madre Inés y le dijo que iban a decir la misa de los agonizantes por Doña Isabel. A esto la Madre le respondió: “Diga más bien la de difuntos, porque esta señora ha expirado ya”. El prelado, seguro de que era verdad lo que la Madre afirmaba, lo hizo así; y, efectivamente, al poco rato llegó otro mensajero de Onteniente, que dista tres leguas de Benigánim, con la noticia de que en la noche anterior había muerto Doña Isabel. Decían en la carta que en la tarde antecedente había invocado a la Madre Inés y que inmediatamente se había sentido una suavísima fragancia en la habitación donde estaba la enferma, por la que se persuadieron todos de que la venerable Madre había asistido a la enferma. La declarante estuvo presente al éxtasis, oyó leer las cartas y oyó asimismo la relación de todo el caso al señor obispo citado en los mencionados días en que ocurrieron estos sucesos¹⁰¹.

Otro caso. En el mes de febrero de 1690, estando gravísimamente enferma Doña Eufemia Tudela, tía de la declarante y mujer de Don Juan Gomar, habitante de esta villa de Benigánim, la Madre Úrsula María de San José, Priora entonces del convento, ordenó a la venerable Inés que hiciese oración por aquella enferma, pues era persona muy estimada de toda la Comunidad. Habiendo cumplido la sierva de Dios las disposiciones de la Madre Priora, dijo a ésta: “Que el Señor le había dado a entender que la dicha señora estaba muy bien preparada y se la quería llevar, no conveniéndole estar por más tiempo en esta vida; pero también le ordenaba el Señor que fuese y le asistiese a morir. Efectivamente, la asistió la sierva de Dios y al día siguiente murió y su alma fue traída a la celda de la Madre para que en ella pasara el purgatorio. En el noveno día, viniendo Don Luis Gomar a nuestra iglesia para decir la misa por el alma de su madre Doña Eufemia, apenas la hubo terminado, llamó al locutorio la sierva de Dios al dicho Don Luis y le dijo: “Que su madre había subido al cielo tan pronto como él había terminado la santa misa”. Todo el caso lo oyó la

¹⁰¹ Pedro de la Dedicación, pp. 266-267.

declarante referir a Don Luis Gomar, a la citada Madre Priora y a la sierva de Dios”¹⁰².

El día 15 de enero del año 1673 la venerable Madre recibió la santa comunión con toda la Comunidad e inmediatamente se quedó extasiada y fuera de los sentidos, éxtasis que le duró desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde. Tan pronto como volvió del arrobamiento, la M. Priora, que era sor Francisca de Jesús María, le ordenó que manifestara lo que le había sucedido en aquel éxtasis. Respondió la sierva de Dios: “Que había sido conducida en espíritu a la villa de Onteniente para que asistiese a la muerte de la Madre Teodosia Soler, religiosa carmelita calzada y hermana de nuestra Madre sor Úrsula María de San José”. Decía asimismo que a dicha enferma habían asistido también dos sacerdotes, que eran difuntos, los cuales habían sido párrocos de las respectivas villas de Biar y Montaverner, de este mismo arzobispado, los cuales gozaban de grande gloria. Uno de estos sacerdotes había sido padre de las dos indicadas religiosas Úrsula de san José y Teodora Soler, pues, al quedarse viudo, había abrazado la carrera eclesiástica.

Éste aparecía en estas circunstancias, vestido de un rico hábito violado; el otro había sido tío de las mencionadas religiosas y llevaba un hábito blanco extraordinariamente hermoso. También habían asistido a la enferma Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen. Una vez que la Madre Teodosia había expirado, su alma fue enviada a pasar el purgatorio en la celda de sor Inés. La muerte de aquella religiosa y todas las circunstancias fueron confirmadas por carta que se recibió del convento de Onteniente, dirigida a la Madre Úrsula. Tanto la noticia del caso referido por la sierva de Dios como la confirmación que se tuvo de Onteniente, sirvió de gran consuelo a la Madre Úrsula y a toda la Comunidad¹⁰³.

El día 17 de agosto de 1695 tuvo la venerable Madre uno de sus acostumbrados éxtasis en presencia de la declarante (sor Catalina María de San Agustín) y de otras dos religiosas del convento. Cuando volvió a sus sentidos, le preguntaron las religiosas presentes dónde había estado, a lo cual respondió sor Inés: “Vengo de Madrid, donde he asistido a la muerte de un pariente de casa”. Diciéndole la declarante y las otras religiosas que en Madrid no tenían ningún pariente, replicó por su cuenta la M. Mariana de la Asunción: “¿Quién sabe si tendremos allí algún pariente remoto, que nos es desconocido?”. A esto la venerable Madre, mirando a la que había hablado, se sonrió y dijo: “Aunque no lo sepáis, es un pariente vuestro”. Aproximadamente un mes más tarde llegó carta a la Comunidad, en la que les comunicaban que Don Carlos Ceba,

¹⁰² Ib. pp. 267-268.

¹⁰³ Ib. p. 269.

*hermano de la mencionada M. Mariana de la Asunción, de la villa de Elche (Valencia), que había ido a Madrid a entretenerse unos días, se había muerto el día 18 de agosto. La M. Mariana ignoraba que su hermano hubiese ido a Madrid*¹⁰⁴.

Un caso más: *Dos casados virtuosos, inspirados por Dios, resolvieron de común consentimiento dejar el mundo. El marido entró en una Orden y la mujer entró de religiosa en las agustinas descalzas de Alcoy, donde perseveró con su buen ejemplo. Estando a las puertas de la muerte, llamó a la Madre Inés para que viniera a asistirle y, al instante, fue llevada a la celda de la moribunda y vio en ella muchos demonios que la inquietaban, con representaciones de lo que había pasado en el mundo. La Madre Inés hizo fervorosas súplicas valiéndose de la intercesión de la Virgen María, de san Agustín, de santa Teresa de Jesús y de otros santos que la asistían; y así, desvanecidas las sugerencias diabólicas, murió con mucha quietud*¹⁰⁵.

Otro día, *estando la sierva de Dios en el coro hacia las dos de la tarde, oyó con los oídos corporales una voz, que con grandísimo llanto la llamó, diciéndole: “Inés”. Al instante se arrojó y su santo ángel la llevó en espíritu a un lugar cerca de Roma, donde halló un hombre, a quien no conocía, que se estaba muriendo. Le asistió con sus oraciones y murió el hombre habiendo alcanzado del Señor que padeciera el purgatorio en su celda. Se trajo consigo aquella alma y llegaron al convento poco después de las cuatro de la tarde. Antes de las cinco, oyó otra voz que la llamaba diciendo: “Inés”. Se volvió a arrojar y su ángel la llevó a la villa de Alcira (Valencia) para que asistiese a un hombre que estaba agonizando. Oró por él y el Señor también le concedió que llevara esta alma para que tuviese su purgatorio en su celda*¹⁰⁶.

Veamos ahora lo que nos dice el padre Pascual Tudela con las mismas palabras de la sierva de Dios: *Cierto día estaba con la Comunidad comiendo y tuve interiormente conocimiento de que me llamaban a toda prisa de nuestro convento de Murcia. Y por más que procuré hacerme fuerza para comer con la Comunidad, no me fue posible disimular, pues nuestra hermana Ana María del Santísimo Sacramento, viéndome en reparos, me dijo: “Hermana, ¿por qué no come?”. Yo le respondí: “Me llaman de nuestro convento de Murcia”. Me dormí (tuvo un éxtasis), fui allá y hallé que se estaba muriendo una religiosa. La asistí, haciendo ofrecimiento de mis tibios ejercicios por aquella agonizante y fue tanta la rabia, pesadumbre y malicia con que se conjuraron contra mí muchos infernales enemigos, que estaban en la celda de la moribunda, que me*

¹⁰⁴ Ib. p. 270.

¹⁰⁵ Tosca, p. 346.

¹⁰⁶ Tosca, pp. 361-362.

*embistieron como perros rabiosos con tanta saña, ira y rencor, que me persiguieron hasta nuestra casa, adonde volví luego para no faltar a mis obediencias*¹⁰⁷.

*En otra oportunidad, la sierva de Dios le dijo a la Madre Isabel María que, disponiéndolo así el Señor, había asistido al tiempo de la muerte a sus padres y a algunos de sus parientes, refiriéndole cosas particulares. Le dijo concretamente que había asistido a la muerte de su padre y que había visto muchos demonios que querían entrar en el aposento del enfermo y no pudieron conseguirlo; y se quedaron fuera sobre el techo, evitándole algunas tentaciones; y que después vinieron muchos ángeles que traían una custodia del Santísimo Sacramento y entraron e inmediatamente se aquietó el enfermo. Desaparecieron los demonios y él murió con paz y quietud*¹⁰⁸.

*Cuentan también las religiosas que estando la sierva de Dios ya agonizando, fue a visitar a una persona que estaba en las últimas y, al poco rato, le oyeron que decía: “Ya estás aquí, ahora ayúdame tú a bien morir”. Entonces le preguntaron qué quería decir. Y respondió: “Es el alma que he ayudado a bien morir, que ya está aquí”*¹⁰⁹.

LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Dios constituyó a la beata Inés madre de las almas del purgatorio y, por eso, le pedía al Señor que muchas de ellas fueran a pasar el purgatorio a su celda. En alguna ocasión dijo tener más de doscientas. Por ellas hacía muchos cargamientos, es decir, padecía muchos sufrimientos en su lugar para librarlas cuanto antes de los tormentos del purgatorio. Veamos algunos de los casos que se cuentan en los testimonios del Proceso.

Un día se le apareció Jesús y le dijo: *Inés, está decretado en la mente de mi Padre, del Espíritu Santo y mía, que has de ser madre de las almas del purgatorio*¹¹⁰. Ella misma las llamaba sus hijitas.

Algunas veces el Señor le concedía la gracia de ir personalmente al purgatorio. Allí sentía los dolores y penas que sufrían las benditas almas y el Señor le concedía que con ellas llegase un rayo de luz y pudiera sacar el alma

¹⁰⁷ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, pp. 27-28.

¹⁰⁸ Tosca, p. 343.

¹⁰⁹ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, p. 39.

¹¹⁰ Benavent, p. 286.

sobre la cual se proyectaba el rayo luminoso. Y así sacaba muchas almas para el cielo¹¹¹.

Refiere sor Francisca que un día estaban ambas, ella y la venerable Madre, hablando con el confesor, cuando de repente la sierva de Dios, volviéndose al confesor, le dijo: “Padre, en el límite llamado Barqueta han dado muerte estos días a un pobre pastor, el cual pocos días antes había prometido dar a esta Comunidad una cantidad de leche; el Señor quiere que su alma pase el purgatorio en nuestra celda y que roguemos por ella”. Hecha averiguación sobre el caso trágico, resultó ser cierto y que había acontecido tal y como lo refería la Madre Inés.

La misma Madre Francisca relataba el siguiente caso: “La sierva de Dios asistió en la hora de la muerte a la condesa de Paredes. Rogó a Nuestro Señor que enviara aquella alma a su celda a tener allí el purgatorio. Conseguido esto, la sierva de Dios se ejercitó en muchas y graves penitencias a fin de darle sufragios, y a la misma Madre Francisca le suplicó que se le asociara en este santo empeño. Fue en la víspera de san Agustín, cuando, al cantar el Te Deum del Oficio divino, vio la sierva de Dios que aquella alma subía al cielo, no sin antes haber dado gracias a la venerable Madre por todo lo que le había socorrido y diciéndole que, si en vida hubiera sabido lo que era esta Comunidad, hubiera venido a visitarla de rodillas¹¹².

Sor Inés buscaba ocasiones de ejercer actos humildes con el fin de sacar algún alma de sus terribles penas. Así pues, como afirma una religiosa, andaba buscando los vasos más inmundos de la Comunidad para hacer la limpieza y aseo; se marchaba a la cocina y poníase a fregar las vasijas, cazuelas, platos, pucheros y se daba prisa en limpiarlos; y cuando esto hacía, se convenía con el Señor acerca del número de almas que habían de salir del purgatorio por cada una de las piezas que lavase o limpiara, diciendo en voz alta y en aquel su lenguaje valenciano: “¡Vida mía! ¿Cuántas almas queréis librar por este barreño? ¿Y por esta cazuela? ¿Y por estos platos?”. Y, efectivamente, la sierva de Dios alcanzaba con este trabajo y modo de suplicar, tan confiado y cándido, que el Señor mandase libres del purgatorio a algunas almas, como muchas veces la venerable Madre lo manifestó a la que esto refiere¹¹³.

Las almas de sus hermanas religiosas eran sus favoritas en la distribución de socorros y alivios, y atendía a consolarlas con el mayor amor y con todos los medios puestos a su alcance. La venerable Madre, desde el momento en que una

¹¹¹ Benavent, p. 288.

¹¹² Pedro de la Dedicación, p. 225.

¹¹³ Ib. p. 218.

religiosa expiraba, hasta que por concesión especial divina no la veía subir al cielo, no cesaba jamás de hacer penitencias y de pedir, tanto a la declarante como a las religiosas, que hicieran ejercicios y obras espirituales, diciéndoles: “Nuestra hermana está sufriendo; ayudémosle todo cuanto podamos”. En muchas de estas ocasiones, la venerable Madre manifestaba a las demás la clase de purgatorio que la religiosa difunta padecía y los defectos por los cuales padecía; y era ya cosa acostumbrada y como regla ordinaria el que fuesen a pasar el tiempo de purificación en su celda, o también en el mismo lugar del convento donde habían cometido las faltas e imperfecciones. Así que la sierva de Dios no cesaba de exhortar a todas las religiosas a que procurasen la mayor perfección en todo, asegurándoles al mismo tiempo que el más leve pecado o imperfección se debía pagar o en esta vida o en la otra. Todo esto lo observaba la que aquí habla siempre que moría alguna religiosa del convento¹¹⁴.

Sor Catalina de San Agustín dice: Lo que hacía que se le creyera era que daba señales individuales y puntualísimas no sólo de las personas, sino también de los lugares lejanos, donde acaecían los casos referidos por la misma sierva de Dios, los cuales fueron comprobados y se halló ser ciertos y de conformidad exactísima con el relato dado por la venerable Madre. Como sucedió una vez con cierto Juan Grau, natural de la villa de Cullera, que vino a consolarse con la sierva de Dios, porque estaba espantado de ciertos ruidos que se sentían en su casa después del fallecimiento de su hermana. La venerable Madre Inés le dijo que aquellos ruidos los hacía el alma de una hermana suya. Le dio señales individuales de la persona de su hermana, tales que correspondían con toda exactitud a la verdad, según lo confesó el mismo Grau. Le ordenó que mandase celebrar cierto número de misas, con lo que cesaron los ruidos. Esto se cumplió exactamente; se dijeron las misas, cesaron las molestias y el dicho Grau tornó a Benigánim a dar las gracias a la venerable Madre. La declarante presencié todo¹¹⁵.

Era la vigilia de san Carlos Borromeo y la sierva de Dios se ejercitaba en oraciones y mortificaciones por las benditas almas del purgatorio. De pronto fue elevada en éxtasis, en el cual el Señor le mostró un alma, que padecía terribles penas en el lugar de purificación y pedía sufragios. Inmediatamente sor Inés hizo uno de sus cargamientos para aliviar a aquella alma, la cual desde aquel mismo instante fue enviada por el Señor a su celda, a fin de que allí pagase su deuda y se purificara. Habiendo la sierva de Dios preguntado al ángel custodio de aquella alma ¿de quién era?, el santo ángel le respondió que era el alma de un

¹¹⁴ Ib. p. 219.

¹¹⁵ Ib. p. 226.

*hombre de Alicante, llamado Carlos Borromeo, el cual había conseguido que fuese a purgar a la celda de la sierva de Dios*¹¹⁶.

*El padre José Ramírez refirió a la que esto declara que, cuando se le murió su padre, recurrió a la venerable Madre Inés a fin de que rogase por el alma del difunto. Habiéndolo hecho así la venerable Madre, logró de su divina Majestad que le fuese enviada a su celda dicha alma para que allí pasara el purgatorio. Viniendo después a esta villa el padre Ramírez y diciendo la misa en la iglesia del convento nuestro, tan pronto como terminó la misa, lo llamó la venerable Madre y le dijo en su valenciano: “Apenas has consumido el Santísimo Sacramento, he visto el alma de tu padre que, acompañada de san Antonio de Padua, subía al cielo. El padre quedó muy admirado y consolado, porque sabía certísimamente que su padre era muy devoto de san Antonio de Padua”*¹¹⁷.

El padre Jaime Albert declaró: Habiendo muerto la madre del que esto refiere, llamada Vicenta Vidal de Albert, el día 9 del mes de setiembre del año 1690, fue ordenado él de sacerdote al mismo tiempo, y celebró su primera misa quince días más tarde de acaecida dicha muerte, y unos meses más tarde se trasladó a Benigánim. Viéndose con la venerable Madre, preguntó a ésta si había orado por su madre difunta. A lo cual ella respondió: “Cuando vuestra reverencia, después de consagrar la sagrada hostia, la elevaba, entonces mismo subía al cielo el alma de su madre, acompañada de santa Úrsula y las once mil vírgenes”. El declarante quedó consolado y confiado en que así sería: primero, por la experiencia que tenía de la gran virtud de la sierva de Dios y de su gran devoción por las almas del purgatorio; en segundo lugar, porque había aplicado aquella su primera misa por el alma de su madre, la cual en vida fue devotísima de santa Úrsula y solía hacer algunas limosnas a un convento de santa Úrsula, que existe en la ciudad de Valencia con la misma Regla y Constituciones que observa el convento de Benigánim.

En el día del glorioso patriarca, san José, 19 de marzo de 1680, murió en la ciudad de Valencia el padre del que esto refiere, Don Jaime Albert, y sucedió que Josefa Soriano, criada de la madre del declarante, tuvo varias apariciones del alma de mi padre, por lo que sufrió mucho, hasta cumplir el encargo que le daba el alma aparecida, que era que nos dijese a la familia que para salir del purgatorio debían aplicársele nueve misas. Las nueve misas le fueron aplicadas, y aun cuando Josefa Soriano nos aseguraba que, por las señales que había observado, el alma de mi padre había pasado ya al cielo, quedaba todavía cierto temor no hubiese en esto alguna ilusión, máxime que Josefa Soriano no había

¹¹⁶ Ib. p. 227.

¹¹⁷ Ib. p. 227-228.

conocido en vida a mi padre. Consulté con la venerable Madre Inés el caso, y ésta me aseguró ser cierto que, después de las nueve misas, había pasado al cielo, y me dio de mi padre notas y señales tan particulares, a pesar de que la Madre no lo había conocido, que me dejó maravillado y asegurado del caso.

En el año de 1688, bajando cierto día la Madre Inés del palomar del convento, llevaba en la mano cogido por el ala un pichón muerto, y lo iba a tirar al montón de la basura. Encontróse por la escalera con la Madre Mariana de la Asunción, con la Madre María de Santa Rosa y con la hermana Ana María de San Roque. Le preguntaron estas Madres: “Madre Inés, ¿qué?, ¿se ha helado ese pichón?”. “Madres, casi todos se hielan”, respondió ella. Tan pronto dijo esto se transportó y quedó suspensa en éxtasis y, mirando al cielo, dijo en valenciano: “Señor, tengo duda de si esta alma está en estado de salvación; si está, resucítadme este animalito como señal”.

*Y vuelta en sí inmediatamente, se llevó el pichón a la boca, soplo sobre él y de repente comenzó a piar el pichoncito; de modo que la venerable Madre en presencia de las tres religiosas subió al palomar el pichón y, cuando llenas de asombro, las religiosas le preguntaron ¿qué duda era aquella sobre la cual había hablado a Nuestro Señor?, díjoles la sierva de Dios, que varias veces se le había aparecido el alma de una persona devota de la Comunidad, pero en figura tan horrible y padeciendo tales tormentos, que, aunque aquella alma le pedía sufragios, con todo no llegaba a persuadirse de que estuviese en el purgatorio, duda que la traía muy afligida, y por eso ahora, ofreciéndosele la ocasión, había deseado saber la verdad con el testimonio de la resurrección del pichoncito, y así, efectivamente, había conocido claramente que aquella alma estaba en el purgatorio y que en el momento de volver el pichón a la vida, otra vez se le había aparecido la misma alma, pidiéndole que le aplicara sufragios, porque sufría gravísimas penas en el purgatorio. Desde aquel mismo instante, la sierva de Dios comenzó ásperas penitencias y penosos ejercicios por aquella alma, pidiendo asimismo sufragios a las religiosas. Aquel mismo día oyó la testigo referir el caso a las tres religiosas presentes; y vio el pichón vivo, al que llamaba después **el resucitado**¹¹⁸.*

Sor Francisca de los Ángeles manifestó en el Proceso: Muchas veces oí referir a la hermana sor María de San Miguel el caso siguiente: Murió en Benigánim una mujer que tenía de apellido Llobregat; y como el Señor le había concedido que pasara el purgatorio en la celda de la venerable Madre, estaba dicha alma bajo el especial cuidado de la Madre. Con frecuencia la sierva de Dios rogaba insistentemente a las religiosas que aplicasen sufragios y oraciones en alivio de las grandes y dilatadas penas de esta pobre alma Llobregat, de

¹¹⁸ Pedro de la Dedicación, pp. 228-229.

donde provenía el que también las monjas le preguntasen con frecuencia: “¿Qué hace el alma de Llobregat?”. Esto oído por la mencionada hermana lega sor María de San Miguel, que era entonces novicia, acudió al pensamiento que todo esto del alma de la Llobregat era una pura ilusión de la venerable Madre Inés. Sin haber manifestado a nadie este pensamiento de duda, dicha sor María de San Miguel tuvo que subir una noche en compañía de la venerable Madre a un desván del convento. La venerable Madre Inés llevaba en la mano una candela encendida; pero, llegando a cierto punto, apagó la candela y quedaron completamente a oscuras. Entonces la novicia María de San Miguel vio aterrada que del desván salía una gran llama de fuego que la rodeaba a ella desde los pies hasta la cintura, por lo cual, llena de espanto, dijo a la venerable Madre: “Madre Inés, ¿qué es esto?” Y la venerable Madre respondió: “Llobregat, ¿porque viste, creíste?”. Ya no dudó la dicha novicia de que la Llobregat estaba pasando el purgatorio en la celda de la sierva de Dios y de que ésta penetraba el fondo más oculto de las almas¹¹⁹.

El 29 de mayo de 1673 por la mañana, entre seis y siete, estaba sor Inés barriendo y limpiando un porche o azotea, que está en lo más alto de la casa; y considerando que se empleaba en lo que le había mandado la santa obediencia, ponía todo cuidado en hacerlo bien, atendiendo a que el Señor le había de pedir cuenta si lo dejaba mal dispuesto. Estando pues en este ejercicio, vio a su lado un padre de la Compañía de Jesús, vestido con sus hábitos.

Quedóse por poco tiempo suspensa, pensando lo que podría ser aquello; pero advirtiéndole que era de su obligación hacer lo que la obediencia le tenía ordenado, dijo: “Lo que me toca hacer, es limpiar y barrer esta pieza; lo demás el Señor dispondrá lo que sea más de su agrado”. Continuó su tarea; y volvió a ver a su lado al mismo padre Jesuita como la primera vez; pero rodeado de llamas de fuego. Recurrió a Dios diciendo: “Mi esposo y Señor, ¿qué me queréis dar a entender con esta visión? Respondióle: “Toma a tu cargo esta alma, que es de un hijo de san Ignacio, y tiempo ha que padece en el purgatorio. Haz por ella un cargamiento”. Prometió obedecer lo que el Señor la mandaba; y desapareciendo la visión, acabó de barrer y limpiar la azotea. No se descuidó de cumplir lo ofrecido. Favorecía a la dicha alma aplicando para su sufragio además de las penas con que el Señor la mortificaba, ayunos a pan y agua, sangrientas disciplinas, oraciones y otras obras de penitencia y devoción, continuando estos ejercicios hasta el martes, infraoctava del Corpus, 6 de Junio del mismo año. En este día, estando en presencia del Señor sacramentado, que estaba expuesto, haciendo fervorosas oraciones por las benditas almas, y muy en particular por la del padre jesuita, le manifestó su divina Majestad, que salieron

¹¹⁹ Ib. p. 347.

*muchas almas del purgatorio, entre las cuales salió también la del dicho padre jesuita, y todas, acompañadas de sus ángeles custodios, subieron al cielo*¹²⁰.

*Una mañana, estando en oración en el coro, se le aparecieron los tres ángeles de la guarda de tres almas del purgatorio, que llevaban ya 50 años detenidas en aquellos tormentos. Hizo por ellas uno de sus acostumbrados cargamientos y vio que san José, san Agustín, santo Tomás de Villanueva, santa Teresa de Jesús y los dichos tres ángeles, bajaron al purgatorio, sacaron aquellas tres almas y las llevaron al coro, donde estaba la sierva de Dios. Llegada la hora de la comunión, le dijo a la Priora que pidiese a las religiosas la comunión por ciertas almas del purgatorio a intención suya. Se lo concedieron, y perseveraron en el mismo lugar las tres almas con el acompañamiento de los santos y ángeles; y fue tanto y tan continuo el suave olor y fragancia que en ese día se sintió en el convento que todas las religiosas estaban maravilladas. Al llegar la oración de las cinco de la tarde, vio que las tres almas hicieron una profunda reverencia a todas las religiosas en señal de agradecimiento, como para despedirse, y subieron al descanso eterno*¹²¹.

*En el año 1686 dijo la venerable Madre en presencia de la declarante y de varias religiosas, cómo la hermana Emerenciana de San Roque, que se dirigía a la casa del vicario de esta villa, Don Vicente Benavent, para asistirle en su muerte; lo que causó grande admiración en las presentes, porque se sabía que el dicho señor vicario padecía una indisposición muy ligera; pero a las pocas horas nos llegó la noticia de que dicho vicario había muerto repentinamente. Este vicario había sido confesor de la dicha hermana sor Emerenciana. Aquella misma noche, estando la declarante con la Madre Bernarda María de los Reyes, sintieron ambas tan grandes y continuos ruidos, que en toda la noche no pudieron pegar los ojos. A la mañana siguiente, al verse con la venerable Madre Inés, ésta, antes de que las otras le hablasen, les dijo que aquel ruido que habían oído y les había quitado el reposo, provenía del alma del vicario; pero que ningún temor tuvieran ya, porque no oirían más ruidos, puesto que aquella alma ya había ido a su celda*¹²².

El 12 de diciembre de 1671 estaba sor Inés tan fatigada que la Priora la mandó a descansar a su celda. Al llegar, vio que por las rendijas de su puerta salía luz. Abrió y halló un alma dentro, toda circundada de fuego. Se arrojó la sierva de Dios y el Señor le dio a conocer que era una señora conocida suya que había muerto en cierta ciudad y, por las muchas galas que había usado en la vida, padecía grandes penas en el purgatorio. Le suplicó sor Inés que la dejara

¹²⁰ Benavent, p. 282.

¹²¹ Tosca, pp. 184-185.

¹²² Pedro de la Dedicación, p. 230.

en su celda para que allí purgara y, habiéndoselo concedido, procuró aplicarle muchas comuniones, penitencias, oraciones y otros sufragios por los cuales el Señor, usando de su infinita misericordia, el 17 del mismo mes se la llevó al cielo¹²³.

Cierto año, el día de “Todos los Santos”, después de cenar, se retiró sor Inés a su celda y luego se le apareció gran multitud de almas que, con lamentables instancias pedían refrigerio. Les dijo que la siguiesen y con ellas se fue al coro de la campana, donde había algunas religiosas, a quienes dijo: “Hermanas, por amor de Dios, hemos de rogar muy de veras por las benditas almas y en particular por las de mi intención, que con esto daremos gusto al Señor”. Todas se ofrecieron muy contentas. Después llegaron más hermanas al coro y les dijo: “Hermanas, ya que somos tantas, quédense dos para tocar la campana y las demás iremos a hacer el Viacrucis por las benditas almas. Lo hicieron así y se le apareció Nuestro Señor Jesucristo, vestido de una túnica morada, con una pesada cruz, a quien seguían todas aquellas almas que se habían aparecido. Después iban las religiosas, y le manifestó el Señor que a cada paso del Viacrucis, subían a la gloria algunas de aquellas almas con tal orden y disposición que, así que acabaron de hacer todas las estaciones, acabaron de subir todas aquellas almas a gozar de la bienaventuranza¹²⁴.

Como la sierva de Dios estaba enferma de epilepsia y, a veces, se quedaba como muerta por los ataques, la Superiora determinó que siempre estuviera con ella en la celda la hermana Francisca de santa Ana. En una ocasión estaba en la celda pasando su purgatorio un hombre que viviendo había prometido dar una limosna a cierto convento y no había cumplido. Cada noche daba algunos golpes recios y sor Francisca se estremecía y dijo: “Nina, yo no me atrevo a estar en tu compañía, porque estos golpes tan fuertes y tan continuos de cada noche me tienen atemorizada”. Respondió: “Madre, no tema, encomiéndela al Señor, que aún oiremos más, pues ha de dar tantos golpes cuantos dineros caben en la cantidad que ofreció dar a cierto convento”. Y fue así, pues acabados los golpes, subió a gozar de la bienaventuranza eterna¹²⁵.

*A veces, algunas almas se ponían sobre la cama de sor Francisca y le tocaban la cara; y ella tenía mucho miedo. La Madre Inés le decía: *No tenga miedo, que no le harán nada*”. Pero volviéndose a las almas, les decía: *“Hijitas, venid a mí, dejad a sor Francisca que duerma”¹²⁶.**

¹²³ Benavent, p. 275.

¹²⁴ Benavent, p. 279.

¹²⁵ Benavent, p. 275.

¹²⁶ Pedro de la Dedicación, p. 224.

Un año, el día de san José, *habiéndolo preguntado la venerable cuántas almas habían subido a la gloria, le respondió el santo que eran novecientas. El día de san Pedro y san Pablo le dijo el arcángel san Miguel que habían subido más de tres mil. El día de la gloriosa virgen mártir santa Inés, le dijo la santa que habían salido del purgatorio veinte y cuatro mil. El día de Nuestra Señora de los ángeles, en que se gana el jubileo de la porciúncula, le dijo la Virgen Santísima que habían subido al cielo treinta y tres mil almas. El lunes infraoctava del Corpus, le dijo el Señor que habían salido del purgatorio para la bienaventuranza eterna cincuenta mil almas*¹²⁷.

El padre Pascual Tudela en la Oración fúnebre manifestó con las mismas palabras de sor Inés: *El día de la infraoctava del Corpus a la hora de la comunión, me puse en la presencia de mi Dios y Señor y rogué por las benditas almas del purgatorio. El Señor, de edad de 33 años, hizo la señal de la cruz y al instante se abrió un gran camino desde el purgatorio hasta el sagrario del altar mayor de nuestro convento. En esto se acabó la misa y me tuve que ir a mis obediencias (trabajos)... Me puse en cruz y le pedí encarecidamente por las almas del purgatorio. Con esto me dormí (tuvo un éxtasis) y bajando al purgatorio vi que del dicho altar mayor salían unos hermosos rayos que iban a parar sobre aquellas dichosas almas, que su divina Majestad gustaba que yo sacase. Fueron en tanto número las que saqué que me obligó a decirle: “Señor, ¿cuántas almas serán las que he sacado?”. Me respondió que cincuenta mil. Me hallé confusa, porque no sabía qué era mil, y le dije: “Señor, ¿cuánto es cada mil?”. Y nunca me respondió. No hacía sino reírse y, riendo, me lo dejó. Volví en mí y le di las gracias*¹²⁸.

Fui a Onteniente a consolar al padre de la hermana Gertrudis de la Santísima Trinidad, que se estaba muriendo. Lo asistían Nuestro Señor, la Purísima Virgen María, el patriarca san José, los santos apóstoles y nuestra Madre santa Teresa. Hice rogativas por aquella alma y con mi ángel, el seráfico san Francisco y santa Clara, nos retiramos al convento.

Tuve ocasión de verme con dicha hermana Gertrudis y le dije entre otras cosas que procurara tener presente en el Señor a su padre, porque tenía algunas noticias de que estaba muy enfermo. Me dijo la referida hermana que, ¿cómo era eso? Le volví a decir: “Hermana, lo que le digo y lo que debe hacer es encomendarle muy de veras al Señor”...

Ese día volví a la casa del agonizante, acompañada de mi santo ángel de la guarda, del padre san Francisco y de santa Clara; y le hallé con la misma

¹²⁷ Benavent, pp. 289-290.

¹²⁸ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, p. 18.

asistencia, pero ya en los últimos instantes de su vida. Procuré continuar con todo aprieto las rogativas.

Murió al fin y su alma fue enviada al purgatorio. Volví en mí y a nuestra casa, acompañada de los santos mis compañeros, cuidando de acordarme de ofrecerle algunas oraciones y ejercicios para alivio de tan penosos tormentos... El domingo 23 tuvo la hermana aviso de cómo había muerto su padre el jueves antecedente. Ese domingo, entre diez y once de la noche, vino a nuestra celda la referida alma, en donde está purgando; y así como vino se pasó a la celda de su hija, la cual me ha dicho hoy mismo, 24 de los corrientes, que no se atreve a estar en su celda porque anoche, cerca de las once, estando en su celda rezando el Oficio de difuntos por su padre, sintió tal ruido que se atemorizó. Yo le respondí: “Sufre y reza”¹²⁹.

AYUDA DE LAS ALMAS

Experimentando las benditas almas del purgatorio los muchos sufragios con que las socorría sor Inés, agradecidas, iban a ayudarle a hacer sus obediencias. Hasta tal punto era esto notorio en su convento, que cuando se ofrecía mover, o pasar alguna cosa de un lugar a otro, y, por pesar mucho, no lo podían hacer las religiosas, luego recurrían a ella para que la moviese, o mudare de una parte a otra, lo que hacía con mucha facilidad con la asistencia y ayuda de las benditas almas.

En una ocasión trajeron al convento unos atunes frescos, y mandó la prelada a sor Inés y a otra religiosa que los salasen y acomodasen bien. Cuando tuvieron lleno de atún, con la sal que era necesaria, un barril muy grande, dijo la compañera: “Nina, ¿y ahora quién ha de llevar este barril que pesa tanto a la oficina, que está tan apartada de aquí? Respondióle con su santa sencillez: “Tome vuesa caridad de esa parte del barril, que yo tomaré de esta otra, a ver si le podemos llevar”. Probaron y la religiosa dijo: “Nina, ¿lo dices de veras? Pues aunque vengan las religiosas todas, ¿cómo es posible poder llevar este barril tan grande lleno de atún y sal, pesando tanto y teniendo tan poco de donde poder asirle?”. Dijo entonces sor Inés: “Hermana, pierda cuidado y no se inquiete que ya vienen las benditas almas a ayudarnos”. Y diciendo y haciendo, tomando la hermana Inés de una parte el barril lo levantó y lo llevó hasta ponerlo en la oficina. Admirada la otra religiosa la iba siguiendo, haciéndose cruces y diciendo: “Hermana, ¿cómo es posible hacer lo que hace?”. Y ella respondía: “Porque me ayudan mis amadas hijas, las almas del purgatorio. Ya

¹²⁹ Ib. pp. 20-21.

*gracias al Señor tenemos este barril en su lugar. Roguemos por ellas y vamos a concluir nuestra obediencia*¹³⁰.

Sor Ana María de San Agustín certificó: *Siendo tornera de la Comunidad la Madre Teresa María de la Concepción, perdió la llave de un armario, donde guardaba los huevos para servicio de la Comunidad, y como apurase ya la hora, pues estaba la Comunidad para venir al comedor, era grande la angustia de dicha religiosa al no poder abrir el armario. Recurrió a la venerable Madre y le comunicó los afanes en que se encontraba; que trajese en ayuda a las almas del purgatorio para que le abriesen el armario. La sierva de Dios se puso en oración y en presencia de la suplicante se arrobó, y no había todavía vuelto del éxtasis que ya el armario se había abierto sin tocarlo nadie. Preguntándole sor Teresa, apenas la venerable Madre volvió en sí, quién había abierto el armario, ella respondió que lo había abierto el alma de un herrero, que estaba en el purgatorio, por cuyo alivio había ofrecido ella hacer algunos actos y ejercicios espirituales. La Madre tornera mencionada ayudó a la sierva de Dios en el cumplimiento de las obras espirituales prometidas, como agradecimiento por el beneficio recibido. Apenas el hecho tuvo lugar, la misma Madre tornera expuso el caso a la que esto refiere.*

En tiempo en que eran enfermeras las MM. Ana María del Santísimo Sacramento y Gertrudis María de la Santísima Trinidad, sucedió el tener necesidad de confeccionar un cierto unguento, que el convento solía dar de limosna a los pobres; mas como se les había extraviado la receta que enseñaba el modo de elaborarlo, no podían acertar en la preparación. En tres pruebas que habían hecho, no habían obtenido buen resultado, sino que habían perdido tiempo y el material empleado en ello. Afligidas las religiosas, llamaron a la venerable Madre y le contaron lo que pasaba, suplicándole el remedio oportuno. Particularmente le rogaron que viese si en el purgatorio estaba el alma de alguien que hubiese sido farmacéutico, que le enseñase el modo de confeccionar el referido unguento. La venerable Madre se puso en oración, se enajenó de los sentidos en presencia de las enfermeras y de la declarante, y tan pronto como volvió del éxtasis, les dijo el modo cómo debían elaborar el unguento. Las Madres pusieron en práctica las indicadas prescripciones y les salió un unguento admirablemente elaborado. Desde entonces, para elaborarlo se suelen emplear las indicaciones hechas por sor Inés.

En adelante ya se le llamaba en esta Comunidad “el unguento de la Madre Inés”. Le preguntaron las Madres enfermeras a qué alma debían el beneficio de aquella receta, y ella respondió que le había dado la receta el alma de un farmacéutico especialista, llamado José, el cual ocho días antes había

¹³⁰ Benavent, p. 292.

fallecido en la villa de Alcira, por quien ella había prometido un cargamiento, obligándose a aplicarle ciertos ejercicios y obras buenas, que debía cumplir. Las Madres enfermeras, por gratitud, ayudaron a la venerable Madre al cumplimiento de su obligada promesa, escribieron a la villa de Alcira, que dista de Benigánim unas cuatro leguas, preguntando si había fallecido allí algún farmacéutico. Tuvieron la respuesta: que en aquella villa, en el día precisado por la sierva de Dios, había muerto un especialista farmacéutico llamado José. La que esto refiere es testigo presencial de todo lo relatado, pues vio elaborar el unguento por tres veces y resultó malo, vio la enajenación de los sentidos de sor Inés, la relación tocante al farmacéutico y su receta y los resultados, así como la carta que se envió a Alcira para comprobar el hecho.

La Madre Ana María de los Serafines era la encargada de preparar unos ramos de flores artificiales para el altar mayor de la iglesia. Uno le salió muy bien, pero el segundo de ninguna manera podía trabajarlo como el primero, y había empleado tres días nada menos en tal labor. Recurrió a sor Inés rogándole que se valiera de algún alma del purgatorio para poder salirse con su intento. Como de costumbre, la sierva de Dios se puso en oración, se enajenó de los sentidos y, todavía estando en éxtasis, dijo a la Madre sacristana: “Comience ya a elaborar el ramo”. Habiéndolo comenzado, salió con tal perfección, facilidad y rapidez, que la Madre Serafines no salía de su asombro. Habiendo preguntado a la sierva de Dios a qué alma se debía tal favor, ella respondió: “Ha venido a ayudarte Don Sánchez”. Lo que produjo nueva maravillosa sorpresa, porque el tal Don Sánchez era un sacerdote de Onteniente, difunto, el cual en sus tiempos había enseñado a la Madre Serafines a confeccionar flores artificiales antes de que ésta entrase de religiosa¹³¹.

El padre Bernardo Moscardó declaró: En los últimos días del mes de febrero del año 1692, pocos días después de la muerte de Don Vicente Moscardó, padre del que esto refiere, encontrábase el declarante en la huerta del convento (de las monjas de Benigánim), donde existe un estanque, en el que se recoge agua para regar el huerto. En aquel día el estanque estaba lleno de agua y habían dispuesto las religiosas que se regase la huerta, por lo cual Juan Vaya, que era el hortelano, quiso levantar el tapón que cierra el paso del agua en la parte inferior del estanque, y al tirar de la cuerda que estaba sujeta al tapón, se rompió la cuerda por la parte que tocaba al mismo tapón, de manera que era ya imposible destapar el tubo de salida sin que en ello se perdiese mucho tiempo. Presente estaba allí la Madre Priora, que era sor Ana María del Santísimo Sacramento y también estaba con ella la venerable Madre.

¹³¹ Pedro de la Dedicación, pp. 232-233.

Dirigiéndose a la venerable Madre, la M. Priora le dijo que mirase cómo se podía sacar el tapón, porque ella mandaría decir una misa por el alma que viniera en ayuda. La sierva de Dios, que se encontraba al lado del declarante, se puso en oración y en presencia de todos quedó extática por un rato, y estando así en éxtasis, saltó por sí mismo el tapón con tal fuerza que salió fuera del estanque con grande maravilla y asombro mío y de todos los circunstantes. Al volver del arrobamiento la sierva de Dios, preguntóle la Madre Priora qué alma había hecho saltar el tapón. La venerable Madre, señalando al que esto refiere, dijo: “El alma del padre de Bernardo, la cual ya ha ido al cielo”. Esto produjo extraordinario asombro en todos, pero especialmente en el declarante y en las MM. María de las Vírgenes y Francisca de Jesús María, al escuchar que el padre del declarante y hermano de las dos citadas religiosas estaba ya gozando de la gloria después de un breve purgatorio¹³².

CUARTA PARTE SUS AMORES

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Su confesor, padre Jaime Albert, certificó en el Proceso que la Madre Inés se quedaba en el coro gran parte de la noche en oración, disfrutando de la compañía de Jesús sacramentado. Durante el día, todos los momentos en que estaba libre de sus obligaciones, se iba a la capilla a hacer visitas a Jesús y acompañarlo en unión con los ángeles de los sagrarios.

Su frase favorita, que repetía frecuentemente y en especial al comenzar o terminar cualquier conversación, era *Alabado sea el Santísimo Sacramento*.

Todos los días recibía a Jesús sacramentado. Éste era el blanco de todos sus afectos. Los más elevados éxtasis le sucedían después de la comunión, porque la grandeza de los favores que el Señor le daba le hacía salir de sí. A veces, Jesús corría el velo de las especies sacramentales y le mostraba su hermosura y la deshacía como cera en ternuras¹³³.

Un día se le apareció la Virgen María y le dijo: *Inés, me tienen desconsoladas muchas personas por el poco respeto con que reverencian a mi Hijo sacramentado, cuando alzan la hostia consagrada. Entonces, se arrodilló y besó el suelo, y el lugar donde había besado la Reina de los ángeles se convirtió*

¹³² Ib. pp. 230-231.

¹³³ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 37.

en una losa de oro. Preguntando Inés qué misterio era ése, le respondió la Virgen Santísima: “Este tesoro gana el alma que se humilla a besar la tierra, adorando a mi Hijo sacramentado”¹³⁴.

Sucedía a veces que en la iglesia se decían otras misas no conventuales, a las cuales hubiera deseado asistir con sus dichosas hermanas, pero no podía hacerlo, porque la obediencia la obligaba al cumplimiento de otros menesteres propios de las hermanas legas¹³⁵.

Sor María de San Roque manifestó: *La divina Majestad premió esta ardiente devoción que la venerable Madre experimentaba hacia el Santísimo Sacramento y también la eficacia con que exhortaba a practicar lo mismo, con grandes favores y señaladísimos portentos. Sucedió, pues, que muchas veces estando la Madre Inés empleada en alguna de las obediencias de la Comunidad, se oía el sonido de la campanilla que tocaba en la iglesia del convento al tiempo de la consagración, por lo que, arrodillándose y postrándose la venerable Madre, adoraba al Señor con tan profunda veneración, que le concedía su divina Majestad que todas las paredes intermedias hasta la iglesia, se hicieran transparentes, para que de esta manera pudiera ver al Santísimo Sacramento al tiempo de ser elevado por el sacerdote.*

Este portento se verificó en la vigilia del apóstol san Pedro del año 1671. En el citado día, estando la venerable Madre en compañía de la hermana María de San Francisco, amasando el pan para la comunión, oyeron la campanilla de la iglesia en el tiempo de la consagración, se arrodillaron ambas para adorar al Santísimo Sacramento, y se hicieron transparentes todas las paredes intermedias, de tal manera que la Madre vio y adoró el Santísimo Sacramento¹³⁶.

Además siempre que la venerable Madre oía la campanilla que suelen tocar por la calle cuando se lleva la comunión a los enfermos, ella se arrodillaba y se postraba en tierra para adorar a su divino y amado esposo con la mayor veneración; lo que hacía con tales ardores y afectos, que pronto se elevaba en éxtasis y prorrumplía en tiernas jaculatorias; y sucedía que su cuerpo quedaba tan leve y ágil que el más ligero soplo de aire la movía de un lado a otro, y hasta llegaba con la cabeza casi al suelo, pero sin dar jamás con ella en la tierra, ni golpearse en la pared o en algún otro obstáculo u objeto.

Con más detalles nos refiere un caso análogo la Madre Catalina María de San Agustín: *Encontrándose ella en cierta ocasión en compañía de la venerable*

¹³⁴ Benavent, p. 73.

¹³⁵ Pedro de la Dedicación, p. 187.

¹³⁶ *Ibíd.*

Madre, la cual estaba limpiando y barriendo los paseos de la huerta del convento, oyeron ambas el sonido de la campanilla, clara señal de que pasaba entonces por la calle el santo Viático y lo iban a administrar a algún enfermo. Las dos se arrodillaron, pero la venerable Madre se postró y fue arrebatada en éxtasis, teniendo en la mano la escoba con que estaba barriendo, y como a esas horas corría el viento, el cuerpo de la sierva de Dios se movía juntamente con la escoba de la mano, de manera que, al mismo tiempo que para la declarante esto servía de una predicación edificante, le proporcionaba asimismo un espectáculo de singular contento, viendo cómo la escoba seguía todos los movimientos que ejecutaba el cuerpo de la venerable Madre, sin que ni por descuido la escoba se escapara de sus manos. Todo esto para la declarante y para todas las religiosas equivalía a una bella exhortación a reverenciar y adorar al Santísimo Sacramento interior y exteriormente¹³⁷.

También los seculares fueron testigos de los regalos y favores eucarísticos concedidos a sor Inés. La misma sor Catalina relata lo siguiente: *La divina misericordia quiso premiar a la venerable Madre la extraordinaria devoción y reverencia que profesaba al inefable misterio del Santísimo Sacramento del altar, pues estando en una ocasión en el locutorio conversando con Don Vicente Guill, pasó por la calle el santo Viático, que era llevado a un enfermo, y la venerable Madre se enajenó de los sentidos y comenzó a exclamar: “Oh esposo mío, Señor mío, luz mía, corazón mío y todo mi bien!”. Con éstas y parecidas expresiones, arrebatada fuera de sí, fue vista por dicho señor y por las religiosas, inflamándose su rostro, que parecía un ascua, permaneciendo de esta forma todo el tiempo que tardó a pasar el santo Viático”.*

Pero los días en que más notablemente desplegaba su ferviente devoción y su amor a Jesús sacramentado eran las fiestas que nuestra Madre la Iglesia consagraba al culto solemne de la divina Eucaristía. “En el Jueves Santo, nos dice en documento jurado su confesor Jaime Albert, desde el momento en que ponían a Nuestro Señor en el Monumento, permanecía la venerable Madre Inés en el coro, sin retirarse de allí ni de día ni de noche, de suerte que para que tomase algún alimento era necesario que interviniese el mandato de la Superiora. Para obedecerla salía del coro, y después de tomar una pequeña porción de pan, volvía inmediatamente, diciendo que en aquel tiempo no podía separarse de allí, porque debía acompañar a su amado esposo, del cual recibía singularísimas misericordias en ese tiempo tan santo. En todas aquellas horas la oración era tan ardiente que parecía enajenada de los sentidos¹³⁸.

¹³⁷ Ib. pp. 188-189.

¹³⁸ Pedro de la Dedicación, p. 189.

CONFIANZA CON JESÚS

Amaba tanto a Jesús y Jesús amaba tanto a su esposa Inés que ambos se trataban con entera confianza. Frecuentemente se le aparecía Jesús y se gozaba de visitarla y hablar con ella como dos buenos amigos.

Siendo tornera la venerable Madre, llegó al torno un pobrecito a pedirle limosna. Al punto que se la pidió, sintió un gran deseo de hacerle una limosna copiosa, mayor de la que una tornera puede hacer por sí sola. Fue a la Priora y, hablándole de lo que en su corazón pasaba, le dijo la Madre Leocadia de los Ángeles: “Hermana, déle dos panes”. Replicóle: “Madre, ¿no más?”. Dijo entonces la Priora: “Si le parece poco, déle un par de huevos”. Fue muy gustosa y alegre a cumplir con esa obra de misericordia y, llegando al torno, se la dio al pobre; el cual tomó los panes en sus manos y oyó la dicha hermana cómo los besó y, devolviéndolos al torno, le dijo: “Yo no como pan, sino corazones”. Y la venerable Madre, oyéndolo, toda transformada e inflamada, llena de alborozo y consuelo, tomó los dos panes y, refiriendo lo que había pasado, repartió los panes entre todas las religiosas¹³⁹.

Un domingo, 12 de julio, bajó Cristo al salón y dio la bendición a todas las hermanas, y les hizo una cruz en la frente; y el Señor le mandó a la venerable Madre que la hiciese ella también a las demás sobre la frente¹⁴⁰.

Tenía dos imágenes: una hermosísima del niño Jesús y otra muy devota de un santo Ecce Homo. Éstas eran todas sus delicias. Pasaba de ellas al original y, acordándose de las muchas ocasiones en que se le había aparecido, ya glorioso ya en la pasión, sus afectos terminaban en suspiros... Por medio de estas imágenes le hacía el Señor incomparables favores¹⁴¹.

Cierto día, por orden de la Priora, a las cinco de la mañana, fue sor Inés con otras religiosas, al lavador o balsa, que tienen en el huerto, para lavar la ropa; y al punto que llegaron se apareció el Señor, hermoso, galán y bizarro; y así que lo vio la beata, con profundo rendimiento, lo adoró, diciéndole: “Señor, ¿qué nos quiere mandar vuestra divina Majestad?”. Respondióle: “Vengo a estar en vuestra compañía entre tanto os empleáis en vuestras obediencias”. Dijo entonces Inés: “Hermanas, hagamos nuestra obediencia con mucho gusto y compostura, considerando que nuestro celestial esposo se está recreando mirándonos cómo lavamos”. Fue tanto lo que movieron estas palabras el interior de las religiosas, que no cesaron de hacer actos de amor, ofreciéndose

¹³⁹ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, p. 38.

¹⁴⁰ *Ib.* p. 15.

¹⁴¹ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 36.

*de nuevo al servicio de Dios, renovando los tres votos que hicieron en su profesión. Acabaron de lavar, quedando admiradas de que en tan breve espacio de tiempo, como de un cuarto de hora, a su parecer, hubieran concluido la tarea, cuando eran menester por lo menos dos horas*¹⁴².

*Teniendo a su cargo cuidar las gallinas, cierto día fue a llevarles de comer y se le apareció Nuestro Señor Jesucristo con unas vestiduras muy ricas y hermosas. Así que lo vio, con profunda humildad le reverenció y le dijo: “Señor, os vais a ensuciar esa ropa tan hermosa por no estar limpio este lugar”. Y le respondió Jesús: “Calla, Inés, que a Mí nadie me ensucia”*¹⁴³.

*En el convento había un patio destinado para poner la leña. Como ésta se hubiese terminado, quedaba en él mucha basura. Fue la sierva de Dios a limpiar y barrer; y estando ejercitándose en esta obediencia, se le apareció el Señor, de unos treinta y tres años, con un ropaje de singular hermosura y riqueza; y así como lo vio con sus ojos corporales, rendidamente lo adoró y le dijo: “Señor, ¿por qué venís de ese modo, de edad provectora, siendo así que cuanto más mozo os manifestáis, me parecéis más hermoso?”. Y su divina Majestad, riéndose le dijo: “Esto no te dé cuidado”. Púsose de menos años, más bello que millares de soles; y doblando con airoso garbo la sotanilla que vestía, tomando una hermosísima escoba, la ayudó a barrer; y entre los dos limpiaron y barrieron el dicho patio con celestial regocijo*¹⁴⁴.

Cierto día, estando sor Inés en su celda en alta contemplación, pidiendo a Dios usara de misericordia con ella, perdonando sus faltas y comunicándole mucho amor para más y más amarle, se arrojó y se le apareció Nuestro Señor Jesucristo de edad como de cuatro años, vestido de una tunicela de color carmesí, rica y hermosa. Así que lo vio, con singular alegría y devota reverencia, le dijo: “Esposo de las almas, galán enamorado, seáis bien venido”. Quiso arrojarse a sus pies, y su divina Majestad se apartó con mucho agrado como que no quería le tocara su sierva. El niño Dios riéndose, huía a la manera que los niños suelen provocarse unos a otros para ver si los podrán alcanzar y coger. La sierva de Dios iba corriendo por la celda, ya a una parte ya a otra, extendiendo los brazos y con las manos hacía ademanes de querer coger a alguno. Todo lo cual, lo estaba viendo una religiosa, y oyó que decía: “Señor, yo os alcanzaré”. Daba vueltas por su celda diciendo: “Yo os cogeré”. Esto duró por algún rato; y habiendo vuelto del arrobo, le suplicó la religiosa que había visto las acciones y oído lo que había dicho, la consolara diciéndole lo que había sucedido; y la sierva de Dios con su santa sencillez, juzgando que la otra había entendido todo

¹⁴² Benavent, p. 127.

¹⁴³ Benavent, p. 46.

¹⁴⁴ Ib. p. 50.

el misterio por lo que vio y oyó con toda claridad, le refirió cómo había jugado y se había entretenido un rato con el Niño Jesús.

Hallándose cierto día la religiosa que hacía la cocina muy ocupada, y necesitando avisar al hombre que trabajaba en el huerto que arrancase unas pocas chirivías para hacer un plato a la Comunidad, acertó a pasar por la cocina sor Inés. La religiosa le dijo, si quería hacerle la caridad de decir al hombre del huerto que arrancase las chirivías. Respondióle: “De muy buena voluntad lo haré ahora mismo”. Fue y halló que ya se había salido el hombre; y considerando que para arrancarlas era menester la fuerza de un hombre por haber de cavar profundamente, no atreviéndose a decirlo a ninguna de las religiosas, se resolvió a tomar un azadón y se fue a donde estaban; y así que llegó se le apareció Nuestro Señor Jesucristo, de edad como de doce años, vestido de gala, y llevando al hombro un azadoncito muy reluciente. Púsose su divina Majestad a hacerle fiestas, manifestarle cariño y a jugar con ella.

Correspondíale sor Inés con sus enamoradas finezas; pero, considerando que la religiosa esperaba las chirivías, le dijo: “Señor, perdonad, que ya no podemos jugar más, porque he de probar si podré arrancar chirivías, que aún se han de guisar para la Comunidad”. Diciendo esto, más juegos movía con ella su divina Majestad; de suerte que se resolvió a decirle: “Señor, estaos quietecito, si sois servido; de lo contrario, os quitaré ese azadoncito que lleváis, porque me gusta mucho”.

Diciendo y haciendo, se puso sor Inés a arrancar chirivías; y al mismo punto, tomando el Señor su azadoncito con bravo garbo, se puso también a arrancarlas. Decía ella: “Bien puede ser que yo arrancase algunas; pero tan pocas debieron ser, que entiendo las arrancó todas mi cordial esposo. Tomó las chirivías, llevólas a la cocina, guisáronlas, sacáronlas al comedor; y así, por ser tan crecidas como por el gusto y suavidad que tenían, se admiraron las religiosas todas. Preguntaron a la que las había guisado de dónde había sacado tan admirables chirivías, pues jamás habían comido cosa igual. Respondió que las acompañaba en su sentir; pero sor Inés le había dicho que eran del huerto. Entonces se estrecharon con ella para que dijese de dónde había sacado tan preciosas chirivías; y bien sea por las instancias de sus hermanas, o porque se lo mandó la Priora, que es lo más cierto, la obligaron a que refiriese todo lo que había sucedido¹⁴⁵.

Uno de los días de carnestolendas, cierto año, después de haber salido a mortificación en el refectorio y haber tomado una rigurosa disciplina, sor Inés se sentó a la mesa; y, estando comiendo, sintió en su interior que la llamaba el

¹⁴⁵ Benavent, pp. 50-52.

divino esposo desde el sagrario del altar mayor de la iglesia del convento. Al instante que pudo desocuparse, fue al coro y, como en ese tiempo estaban cerradas las puertas de la iglesia, levantó el velo o tela de la reja, arrodillóse y puesta en la divina presencia, decía a su enamorado Jesús: “Amor mío y dueño de mi corazón, muy bien he conocido que vuestra divina Majestad me llamaba, pero por no faltar al acto de Comunidad, no he podido venir más presto; perdonadme, esposo mío, y si queréis hacer carnestolendas conmigo, ya me tenéis aquí pronta y rendida para hacer vuestra santísima voluntad”.

Acabadas de pronunciar estas palabras, comenzó el Señor a tirarle desde el sagrario unas naranjitas transparentes y hermosísimas; y ella con mucho agrado y cordial alegría, se las volvía a tirar desde el coro, entreteniéndose y regocijándose en estas espirituales carnestolendas. Repitiendo este singular favor, decía que, habiendo sido muchas las naranjitas que arrojó el Señor y otras tantas las que ella le volvía a arrojar, pasaron todas por los agujeros de la reja del coro, sobre ser muy espesa y no se lo impidió la reja, ni con ella tropezó naranjita alguna, ni se rompió ninguna de ellas¹⁴⁶.

AMOR A LA VIRGEN MARÍA

Su amor a María era muy grande. La amaba como Madre y le hablaba con la confianza de una niña. Según manifestó en la Oración fúnebre de sus exequias el padre José Fernández de Marmanillo: *Rezaba el rosario todos los días y animaba a todos a rezarlo. El engarzar rosarios era su principal entretenimiento. Luego los daba y repartió a millares. Los días de las fiestas de María eran sus fiestas, porque la Virgen la llenaba de celestiales bendiciones¹⁴⁷.*

Cierto año, el domingo primero de octubre se le apareció Jesús con María e innumerables ángeles. María estaba rodeada desde la cabeza hasta sus pies de un cerco de odoríferas flores, unas blancas, otras coloradas y violadas otras, representando los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos. El Señor le manifestó un gran número de personas que rezaban el rosario, a las cuales favorecía la Virgen, comunicándoles aquellas flores que producían los más fervorosos afectos para amar más y más a su Santísimo Hijo¹⁴⁸.

El padre Jaime Albert declaró: La venerable Madre Inés profesaba una cordial y tierna devoción a María Santísima, cuyas festividades celebraba con extraordinaria devoción, ayunando en sus vigiliyas y haciendo muchas

¹⁴⁶ Ib. p. 58.

¹⁴⁷ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 39.

¹⁴⁸ Benavent, p. 153.

mortificaciones. Pero especialmente era entrañable la devoción que profesaba al misterio de la Purísima Concepción, porque éste era el título de la iglesia de su convento, y así, a cuantos la trataban, inculcaba siempre la devoción a María Santísima, diciendo a este propósito: “¿Qué sería de nosotros si nouviésemos por Madre a la Santísima Virgen?”. Y cuando los piadosos fieles manifestaban a la sierva de Dios que se veían fuertemente tentados, ella les aconsejaba que rezasen tres avemarías todos los días en honor de la virginal pureza de María Santísima.

Era asimismo devotísima de los dolores de la Santísima Virgen, y encargaba mucho a los predicadores, que le pedían oraciones para su salvación y para conseguir fruto con sus sermones, que antes de pronunciar los sermones recitasen algunas avemarías en obsequio de la Virgen de los Dolores. El declarante sabe esto, porque experimentó en sí muchas veces el buen resultado de tal encargo, y porque muchos otros predicadores le confesaron el mismo buen éxito de este consejo.

Frecuentísimamente brotaban de sus labios ardientes jaculatorias hacia su amada Madre del Cielo. Cuando hablaba de María Santísima, con gran ternura prorrumplía en estas amorosas expresiones, que ella chapurreaba en su imperfecto valenciano: “¡Madre mía, Madre de misericordia, Madre de los pecadores! ¿Qué seríamos nosotros sin Vos? ¿Cuántos se perderían sin Vos? Yo confío, por más que sea una gran pecadora, que, mediante vuestra intercesión, he de ver a mi esposo, aunque ignore a dónde iré, pues por mis pecados he merecido el infierno¹⁴⁹.

La venerable Madre recitaba todos los días el rosario de María Santísima con la mayor devoción y encargaba además a todos los religiosos y a las personas que trataba, que recitasen el rosario diariamente y con la mayor devoción, afirmando al mismo tiempo que su divina Majestad concedía singularísimos favores a sus criaturas por esta devoción, profesada a su Santísima Madre. Con este mismo fin la sierva de Dios se empleaba en hacer rosarios todo el tiempo que le quedaba libre después de cubrir las obediencias y todas las obligaciones, y con licencia de su prelada solía distribuirlos a los fieles devotos.

Era muy notable la fama que corría entre los fieles sobre las gracias, los favores y las bendiciones que llevaban consigo los rosarios que ella repartía. Por eso, no sólo las religiosas, sino también los seglares, en ciertos días entregaban sus rosarios a la venerable Madre Inés para que ésta los ofreciese a la Santísima Virgen a fin de que echara sobre ellos su bendición. Declaró que

¹⁴⁹ Pedro de la Dedicación, pp. 204-205.

María Santísima premiaba esta devoción a la sierva de Dios, concediéndole ella misma singularísimos favores, especialmente en las festividades de la misma Reina del Cielo, en las cuales los dichos favores se extendían también en beneficio y consuelo de sus prójimos. Porque en estos días la venerable Madre conseguía una copiosa y especial bendición para todos los rosarios que tenía en su poder; lo cual, sabiéndolo la declarante y demás religiosas, consignaban en dichos días a la sierva de Dios todos los rosarios que se encontraban en el convento, a fin de que obtuviesen aquella bendición, y poder después distribuirlos a los bienhechores de la Comunidad, quienes experimentaban grandes maravillas con los citados rosarios.

Tuve ocasión, prosigue la misma religiosa, de estar presente varias veces a esta bendición que la Madre alcanzaba para los rosarios, pues solía suceder casi siempre, cuando toda la Comunidad estaba reunida en la sala de recreación. La venerable Madre, meditando en la festividad de María Santísima propia de aquel día, se enajenaba de los sentidos en presencia de toda la Comunidad, teniendo en sus manos todos los rosarios que le habían entregado y todos los que ella con sus propias manos había confeccionado. Durante aquel éxtasis solía decir las siguientes palabras, que todas las percibíamos distinta y perfectamente: “Ahora da la bendición Nuestro Señor”. Pasaba un rato y continuaba en valenciano: “Ahora da la bendición María Santísima”. Proseguía en su arrobamiento y finalmente decía: “Ahora da la bendición Nuestro Padre san Agustín”.

Sor Catalina María de San Agustín certificó que una vez aconteció la citada bendición en el día de la Purísima Concepción del año 1635, en la sala de recreación, donde toda la Comunidad estaba reunida. Frente al altar donde estaba la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, se encontraba la sierva de Dios, teniendo en sus manos todos los rosarios recogidos. Puesta en oración la venerable Madre fue arrebatada en éxtasis, el cual le duró por espacio de tres horas. Durante este tiempo permaneció la sierva de Dios con el rostro encendido de modo extraordinario y profirió las palabras ya sabidas, produciendo con ellas en toda la Comunidad efectos de grande ternura y devoción. La que esto declara se encontró presente y vio cuanto ha dicho¹⁵⁰.

¹⁵⁰ Ib. pp. 205-206.

AMOR A LOS SANTOS

Los santos eran para ella sus grandes amigos. Muchos de ellos venían frecuentemente a visitarla y ayudarla, especialmente en su tarea de asistir a los moribundos o ayudar a los necesitados en distintas partes del mundo. Muy en especial amaba a san Agustín, a san Juan de Ribera, y a santa Teresa de Jesús, como sus padres espirituales; a santa Inés, su santa patrona, y a san José.

El padre Jaime Albert declaró: *Decía la sierva de Dios que san José era su particular abogado. Comunicaba al que suscribe muchas veces los modos especialísimos, según los cuales Dios Nuestro Señor la transportaba a diversas casas en espíritu, ora para que asistiese a los enfermos, ora para proporcionar socorro en diversas necesidades. Si en la habitación que visitaba había alguna imagen o cuadro de san José, entre otras señales que la venerable Madre solía dar, era la siguiente: “Que había visto allí la imagen de san José”, y aun cuando la imagen no fuese una obra de arte, ella, sin embargo, solía decir que era una imagen muy hermosa. No se fijaba tanto en la figura cuanto en el original, al cual se dirigía todo el corazón de la sierva de Dios. Y cuando daba cuenta de estas cosas, lo hacía con tales muestras de afecto y con sublimes elogios del santo patriarca, que muchas veces se quedaba arrebatada en éxtasis. Sucedió cierto día que, estando el declarante en su casa sufrió un disgusto y aflicción muy grande. Se fue a hablar con la venerable Madre Inés lo que le había sucedido, y la sierva de Dios le dijo que había estado en su casa y que a la cabecera de la cama había visto un cuadro del patriarca san José con el Niño Jesús en los brazos; luego, comentando la belleza de dicho cuadro, prorrumpía en ternísimos afectos hacia san José. Toda la relación que dio sor Inés era cierta, exactísimamente y en todos sus pormenores.*

La venerable Madre no se daba por satisfecha con venerar a san José con los afectos íntimos y sinceros del corazón, sino que por amor a él y en su obsequio hacía muchas obras buenas, como era ayunar a pan y agua en la vigilia de su fiesta y hacer otras muchas mortificaciones, como era entrar en el refectorio cargada de instrumentos de penitencia y tomando fuertes disciplinas. Además, su devoción a san José tenía otra finalidad muy grata a los divinos ojos; esto es, la hacía sumamente provechosa a las almas del purgatorio, de quienes era devota y madre ternísima. Así pues, no sólo ofrecía al santo las penitencias de la víspera de su fiesta y todas las obras de ese día y del día de la fiesta, sino que interesaba a las religiosas y a todas las personas que podía para que hiciesen penitencias, mortificaciones y obras buenas y meritorias, y se las ofrecieran a san José, a fin de que con su poderosa intercesión se consiguiera que saliesen muchas almas del purgatorio. Su celo la llevaba a los mismos sacerdotes, a los cuales no dejaba de rogar la sierva de Dios para que en el día de san José ofrecieran la santa misa al excelso patriarca con el piadoso fin de

sufragar en todo lo posible a la iglesia purgante. Así que el declarante todos los años celebraba la santa misa el día de san José con esta piadosa intención.

Por su parte, san José, que veía tan afanosa en tan santos ministerios a su devota y amante hija, no podía menos de venirle al encuentro con un sinnúmero de regalos y complacencias. Se le declaró decidido protector y abogado en sus nobles empresas y la regaló con delicadísimos dones, agradeciéndole todos los servicios y pruebas de devoción y de amor que tan finamente le demostraba. Muchas veces, dando cuenta a su confesor de los favores especiales que recibía del cielo, refería una larga lista de consuelos y regalos obtenidos del virginal esposo de María.

Una vez, en la fiesta de san José, estando la sierva de Dios ofreciendo al santo patriarca todas y cada una de las obras personales y satisfactorias que ella había hecho, más todas las que había podido recoger con súplicas de diversas personas, con el fin de aplicarlas en alivio de las almas del purgatorio, se le apareció muy bondadoso, muy benigno y risueño, el santo patriarca. El confesor le preguntó a sor Inés cuántas almas habían salido del purgatorio aquel día de san José, a lo que ella respondió: “Que no sabía cuántas habían salido; por otra parte, era tal y tanta la muchedumbre de almas liberadas, que sólo podía compararla a un hormiguero cuando en verano sale a hacer provisiones”¹⁵¹.

El año 1672, el día del patriarca san José, tuvo una maravillosa visión en la que se le manifestaron la Virgen Santísima y su castísimo esposo, asistiendo al Salvador del mundo con gran multitud de ángeles, que con música celestial festejaban el día de tan gran santo. Y, habiendo la venerable Madre rogado al Señor con humildad por sus recomendados y por las benditas almas del purgatorio, vio salir tantas del purgatorio y subir a la patria celestial que se quedó absorta y quiso saber de san José cuántas habían salido y se lo preguntó, diciéndole: “Padre san José, decidme cuántas almas han salido en vuestra fiesta y os ruego me lo digáis a la manera que contamos el pan en el horno por treintenas, porque de otra suerte se me olvida y, como no sé contar, me hallo enredada y no sé si me dicen ciento, mil, millón u otra cosa”. Y el santo patriarca, sonriéndole, le respondió: “En la víspera y hoy han salido treinta treintenas de almas”¹⁵².

Por otra parte amaba con singular ternura a su patrona santa Inés, virgen y mártir. Para ella fueron todos sus cariños. Solía decir con gracia: “Yo soy la borreguita de santa Inés”. Éralo por su candidez. Procuraba su devoción en

¹⁵¹ Pedro de la Dedicación, pp. 207-209.

¹⁵² Tosca, pp. 60-61.

*todos. Celebraba su día con la mayor solemnidad y la costeaba con limosnas que recogía... Se le aparecía con las once mil vírgenes y siempre le daba lecciones de mayor pureza. Tratábala con intimidad como quien había de ser su compañera en el cielo*¹⁵³.

Sor Ana María de San Agustín nos dice: *Se preparaba a su fiesta con ayunos, penitencias y otros ejercicios de oración y mortificación, siendo tan extraordinario el fervor que sentía en el día de esta santa y en su vigilia, que solía permanecer arrobada frecuentemente. Una vez, en una vigilia de esta santa, estuvo todo el día empleada en moler almendras en un mortero de piedra con el fin de confeccionar una pasta de almendra con leche para servir en la comida de las monjas al día siguiente. En todo ese día de la vigilia permaneció la sierva de Dios, sin interrupción, enajenada de los sentidos y cantando al mismo tiempo que trabajaba y sonaba el mortero, con fervor extraordinario, estos versillos:*

*“Inés, Inés
toda del Cordero es”.*

Al oírle cantar este versillo todo el día, arrobada y fuera de los sentidos, y con el acento devoto con que lo hacía, la Comunidad, testigo de un éxtasis tan prolongado y admirable, se sintió vivamente edificada y enervorizada. Por este favor y como recuerdo de indeleble memoria, quedó para siempre en el convento la costumbre de que en el día de santa Inés fuera toda la Comunidad en procesión al sepulcro donde reposaba el cuerpo de la Madre, cantando los versillos.

*“Inés, Inés
toda del Cordero es”*¹⁵⁴.

También amaba mucho a otros santos. *Devoción especial tuvo a los santos ángeles. Aparecíansele muchas veces, asistíanla en los empleos de caridad con las luces y noticias que necesitaba y aun la ayudaban en los empleos de la obediencia con indecible dignación... Pero con singularidad tenía devoción al ángel de la guarda. Tratábalo, no sólo como compañero, sino como amigo. Veíalo y oíalo frecuentemente. Y con trato tan familiar es indecible lo que aprovechaba su espíritu*¹⁵⁵.

¹⁵³ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 39.

¹⁵⁴ Pedro de la Dedicación, pp. 182-183.

¹⁵⁵ José Fernández de Marmanillo, o.c., p. 39-40.

La víspera de la fiesta de san Nicolás de Tolentino de 1671, estando rezando en el coro la antífona del “Magnificat”, que comienza con “Beatam familiam”, se quedó extasiada y le preguntó a Jesús qué significaban esas palabras. Él le dijo: “Hija, pregúntaselo a tu padre san Agustín que él te aclarará lo que significan.

En ese momento, vio en el cielo a todos los santos de la Orden de san Agustín, que estaban beatificados y canonizados, y también a todos los religiosos difuntos de la Orden, que ya estaban en el cielo, entre los que vio a las religiosas difuntas de su convento de Benigánim. En un trono majestuoso vio al gran doctor de la Iglesia san Agustín, a quien le dijo: “Padre mío, Nuestro Señor me ha dicho que te suplique me declares qué significan las palabras “Beatam familiam”. Y el santo, sonriéndose, le dijo: “Hija, la familia de mi Orden es bienaventurada por mirarla muy propicio el Señor. Yo y todos mis santos estamos continuamente intercediendo por todos vosotros ante el Señor”.

Se sintió tan feliz que le ofreció de nuevo a su divino esposo la memoria, entendimiento y voluntad, su alma y corazón. Y, estando así, el Señor le manifestó cómo el arcángel san Miguel y su ángel de la guarda tenían una mata de hermosísimas azucenas que las ofrecían a Dios y le dijeron que significaban el alma, corazón, memoria, entendimiento y voluntad que había ofrecido a su Creador¹⁵⁶. Por esta visión, algunos suelen llamar a nuestra santa la Azucena de Valencia.

El día de la fiesta de san Agustín de 1672 vio a Cristo Nuestro Redentor con indecible majestad en compañía de su Madre, a quienes asistían san Agustín, santa Mónica, santo Tomás de Villanueva, san Nicolás de Tolentino, san Guillermo y otros muchos santos y santas de la Orden agustiniana. También asistían las religiosas difuntas del convento de Benigánim. Y vio a cuatro ángeles hermosísimos, llevando cada uno un riquísimo vaso con un licor celestial, que repartían entre las religiosas del convento. El Señor le hizo conocer que era para confortar el espíritu, dando al alma nuevos y fervorosos alientos para caminar en la perfección. Le pidió que eso se lo diera también a todos sus recomendados y lo hizo así Nuestro Señor, dando a cada uno más o menos según la disposición de cada uno¹⁵⁷.

El día de san Bernardo se le aparecieron a la venerable Madre y sierva de Dios, Nuestro Señor, la Virgen Santísima, el patriarca san José, el Padre san Agustín, santo Tomás de Villanueva y santa Teresa de Jesús. Venían también

¹⁵⁶ Benavent, pp. 82-83.

¹⁵⁷ Tosca, pp. 277-278.

*todas las Madres y hermanas que habían muerto desde que está fundada esta casa*¹⁵⁸.

A veces, en las fiestas de algunos santos, ellos se le aparecían en la sala de recreo y todas sentían un perfume suavísimo y le preguntaban quién había venido y ella se lo decía. Entre los que más la visitaban estaba san Agustín y santa Teresa de Jesús, santa Inés y san José.

Otros santos de su especial devoción eran san Joaquín y santa Ana, el santo que le caía en suerte cada año, los santos apóstoles, santo Tomás de Villanueva, san Francisco de Asís, san Buenaventura, san Pascual Bailón, y, en general, todos los santos del cielo y muy en especial san Juan de Ribera, su fundador. También san Miguel arcángel y su santo ángel de la guarda que siempre estaba a su lado.

VIVIENDO CON LOS ÁNGELES

Los ángeles se presentaban en la vida de nuestra beata de una manera maravillosa y cotidiana. En las apariciones de Jesús y María, que eran muy frecuentes, solían venir acompañados de muchísimos ángeles. Su ángel custodio estaba a su lado de modo permanente y lo veía. Le hacía favores extraordinarios y, especialmente, llevarla a lugares lejanos para asistir a los enfermos o ayudar a personas necesitadas. Y, no sólo veía a su ángel, sino también a los ángeles custodios de las hermanas de la Comunidad. A todas las exhortaba a tenerle mucha devoción.

Un día le advirtió a una hermana que había visto a su ángel muy melancólico, porque desde hacía algunos días tenía descuidada la devoción de encomendarse a él. La religiosa lo reconoció y volvió al antiguo fervor. La Madre Inés volvió a hablarle, diciéndole que su ángel estaba ahora muy contento y alegre por haber vuelto a su primera devoción.

*Cierto día se le presentó un demonio, cuando estaba lavando ropa en la balsa que tienen en el huerto, que es muy profunda y grande. El diablo, con infernal saña, la arrojó al agua, metiéndola en dicha balsa para ahogarla. Pero al instante se le apareció Nuestro Señor y la santa Madre Teresa de Jesús con el santo ángel de la guarda, quien la sacó libre*¹⁵⁹.

¹⁵⁸ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, p. 38.

¹⁵⁹ Benavent, p. 27.

El padre Pascual Tudela declaró en la Oración fúnebre las mismas palabras que ella había dicho: *Cuando yo iba a asistir a algún alma, me dormía (es decir, quedaba en éxtasis). Venía el ángel de la guarda de aquella alma, y con el mío, me acompañaban; y si la obediencia me llamaba, volvía al instante*¹⁶⁰.

*El día 2 de mayo del año 1675, víspera de la invención de la santa Cruz, a la hora de vísperas, la llamó su santo ángel de la guarda, y la llevó al coro; y estando allí se durmió (cayó en éxtasis) y vio a la gloriosa santa Úrsula, virgen y mártir, y a las madres fundadoras ya difuntas, que llevaban en su compañía con gran fiesta y regocijo el alma de una religiosa del convento de santa Úrsula, de Valencia, que se llamaba sor Francisca de Santa Úrsula, la cual había muerto en el susodicho convento el día 30 de abril del mismo año; y que toda aquella celestial procesión la subió al cielo, habiendo sido detenida en el purgatorio solamente dos días, sin otra pena más que la privación de ver a Dios. “¡Ay, padre!, exclamó sor Inés, ¡qué santa era esta religiosa, y cuán crecido el tesoro de las virtudes que acaudaló en esta vida!”*¹⁶¹.

Cuando una religiosa del convento estaba enferma, la Madre Inés la asistía hasta el final. Cuando recibía la enferma la comunión, asistían todas las religiosas difuntas que en aquel convento habían habitado, y asistían todas con candelas encendidas. Apenas terminaba la función de administrar el santo Viático a la enferma, si las religiosas de la visión apagaban las candelas y se marchaban, la enferma curaría con toda seguridad. En cambio, si las religiosas de la visión, terminado el santo Viático, permanecían en la celda de la enferma con las candelas encendidas, la religiosa enferma debía morir pronto de aquella misma enfermedad. Cuando esto último sucedía, sor Inés ya no se retiraba de aquella celda; permanecía con la enferma hasta la muerte y le asistía sin darse un momento de descanso, orando por la agonizante y procurando todos los alivios y consuelos que sugería su ardiente caridad. Todas las religiosas están unánimes y concordantes en testificar estos sorprendentes hechos.

En la escena anteriormente descrita ocurría otra cosa muy notable y que ponía en conmoción aquel convento, por lo cual, como afirma sor Catalina de San Agustín, todas las religiosas entraban en preocupación y se ponían muy atentas cuando ocurría la muerte de alguna monja. La venerable Madre Inés, en el mismo instante en que alguna religiosa del convento expiraba, conocía por revelación cuál era la religiosa que debía morir después de la que había expirado. Lo cual sucedía de esta manera: “La venerable Madre veía que el ángel custodio de la religiosa que acababa de expirar hacía una reverencia al

¹⁶⁰ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, p. 22.

¹⁶¹ Benavent, p. 298.

ángel custodio de la religiosa que debía morir después de aquella. De aquí provenía (dado que la cosa era certísima y no fallaba nunca) el que todas las religiosas se acercaran a la venerable Madre para preguntarle cuál de las religiosas quedaba en puerta para pasar a la otra vida, cosa que hacían para mejor prepararse a la muerte; pero la Madre Inés les respondía: “La reverencia ya ha sido hecha; no queda por hacer más que prepararse bien”¹⁶².

Una religiosa de un convento de Valencia, sabiendo que la Madre Inés vestía muy pobremente, le envió un velo nuevo. Al recibirlo, le dijo a la Priora: “Madre, tome este velo y haga de él lo que desee, porque no es a propósito para mí”. Pero la Superiora le dijo: “Póngase ese velo y mortifíquese y encomiende muy de veras al Señor a la religiosa que le ha hecho esta limosna”. Obedeció, se puso el velo y se retiró a sus obligaciones, orando por dicha religiosa. Entonces se le apareció Nuestro Señor y ella le dijo: “Esposo mío, me he puesto este velo por mandato de la Priora. Ahora me hallo afligida por no poder pagar la limosna que me ha hecho esa buena religiosa”. Jesús le dijo: “Yo lo haré”. Y el Señor le manifestó cómo a dicha religiosa su ángel de la guarda le ponía una hermosísima ropa de oro, significando que la vestía de mucha pureza y de mucha caridad en retorno por la limosna del velo que le había enviado¹⁶³.

Un día vio unos ángeles que estaban cosiendo unos hábitos o vestidos para religiosas difuntas. Avisó a las religiosas que se preparasen y, dentro de pocos días, murió una. Ella les dijo: “Aún se morirá otra, porque los hábitos que cosían los ángeles eran dos”. Así sucedió, porque a los pocos días se llevó el Señor otra religiosa¹⁶⁴.

El año 1673 a ocho del mes de setiembre, día del feliz nacimiento de la siempre Virgen María Nuestra Señora, estaba la sierva de Dios en alta contemplación... Arrebatada en espíritu le manifestó el Señor un magnífico trono, cuya eminencia ocupaban las tres divinas personas de la Trinidad, más abajo la Purísima Virgen María, el patriarca san Joaquín y santa Ana, con asistencia de muchísimos ángeles, que tañendo los unos sonoros instrumentos, y cantando los otros dulces motetes, componían tan suave melodía que suspendía del todo sus potencias y sentidos.

Vio que de aquel majestuoso trono salía una cristalina fuente, cuyas aguas se recogían en una hermosa balsa, que estaba un poco distante de dicho trono, a la orilla de la cual estaba el arcángel san Miguel. Vinieron a aquella balsa muchísimas almas, acompañadas de sus santos ángeles de la guarda,

¹⁶² Pedro de la Dedicación, p. 133.

¹⁶³ Benavent, p. 93.

¹⁶⁴ Tosca, pp. 291-292.

llenos de júbilo, gozo y alegría; y el arcángel san Miguel las lavaba con aquella cristalina agua, causándoles este lavatorio nuevos y fervorosos afectos de proseguir el camino de la virtud, aumentando los ejercicios de oración y confiando que el Señor les asistiría con particulares auxilios. Quiso el Señor dar a conocer a su sierva, cómo aquellas almas habían confesado y comulgado en dicho día, a honra y gloria del Señor y de su Santísima Madre, procurando festejar con mucha pureza su santo y feliz nacimiento.

Vio también otras almas, que iban a la referida balsa, no motivadas de su libre voluntad, sino casi violentadas, o por mejor decir, obligadas de las instancias y persuaciones de sus santos ángeles custodios, los cuales no mostraban tanto júbilo y alegría como los otros arriba dichos. Llegadas que fueron a la orilla de dicha balsa, el arcángel san Miguel, con un pequeño vaso, tomando un poco de aquella agua les daba de beber; y tuvo conocimiento la sierva de Dios, que se les daba la bebida parca, por no tener méritos para más; pues, aunque estaban constituidas en gracia y amistad del Señor y eran devotas de la Virgen, cuidaban poco del mayor aprovechamiento suyo, y de celebrar la festividad de su santo nacimiento. Se contentaron con sólo oír misa, sin recibir los sacramentos de la confesión y comunión, ni emplearse en oración, ni obras de virtud¹⁶⁵.

Un año, el día de santa Ana, fue toda la Comunidad a la ermita y, estando en la recreación, vio sor Inés que bajaba Nuestro Señor Jesucristo, asistido y acompañado de su Purísima Virgen Madre, de la abuela santa Ana, de los patriarcas san Joaquín y san José, y de innumerables espíritus celestiales. Unos tañían con suave melodía acordes instrumentos, y otros con recatada compostura, formaban una celestial danza. Fue tal la emoción interior de la sierva de Dios, que, absorta y sin poderse contener, haciendo una profunda cortesía, se puso también a danzar imitando a los serafines; y cuando comunicó esto a su maestro espiritual, le decía: “Padre, sobre que no he bailado, ni de propósito he visto bailar en toda mi vida, dicen las religiosas que yo danzo muy bien; y tengo por cierto que me lo enseña mi querido esposo”.

En otra ocasión, estando la Comunidad en el coro, ella vio que entró en él Cristo nuestro Señor y su Madre Santísima, acompañados de muchos ángeles; algunos de los cuales formaron una devota y deleitosa danza, al compás de la sonora armonía que otros hacían con sus bien templados instrumentos; y, arrebatada en espíritu, se puso a danzar, imitando a los santos ángeles. Entraban en el coro muchos santos y santas, y cada uno le hacía una profunda reverencia. Tantos fueron los que entraban, que con su santa sencillez les dijo: “Si tantos venís, no podréis caber en el coro”. Iba a las novicias y les decía:

¹⁶⁵ Benavent, pp. 158-159.

“Hijas, no seáis descorteses; mirad que los celestes ángeles os convidan a danzar; hacedles una rendida cortesía y bailad con ellos”. Decía esto, porque se persuadía que las otras veían lo mismo que ella.

Cierto año, en la víspera de la santa Madre Teresa de Jesús, estando en el coro la Madre Inés diciendo los maitines con toda la Comunidad, al entonar el “Te Deum laudamus”, vio que bajaba Cristo Señor Nuestro vestido de imponderable belleza. Muchos ángeles llevaban a la seráfica Madre Teresa, que estaba colocada sobre un hermosísimo trono, vestida de un tan bello como rico ropaje, a modo de manto o capa, bajo la cual estaban sus hijas que aún vivían en la militante iglesia, así las de su religión, como las que guardan y profesan sus santas Constituciones. Acompañaban también a la santa Madre, entre muchos ángeles, todas sus hijas que estaban ya gozando de la bienaventuranza eterna, las cuales eran muchísimas en número y cada una llevaba un cirio en su mano.

Muchos de los celestiales espíritus, cantaban dulces motetes, y las hijas de la seráfica Madre con los cirios o velas en sus manos, formaron una honesta y deleitosa danza. Refiriendo esto sor Inés, celebraba por cosa muy particular que, sobre hacer aquellas santas hijas muchas mudanzas y compuestas vueltas danzando, no se apagó ninguna de las velas, y habiendo estado encendidas tanto tiempo, no se consumían; antes permanecían en su misma hechura. Una de las dichas hijas, se acercó a ella y le dijo que había sido religiosa agustina descalza del convento de la villa de Almansa, llamada Isabel de la Cruz, y haciéndole una cortesía, la sacó a bailar. Obedeció puntual sor Inés, le correspondió con otra profunda humillación y se puso a danzar con ella, procurando imitarla cuanto le fue posible así en las cortesías como en las mudanzas.

Continuó esta celestial danza, mientras cantaron en el coro el “Te Deum laudamus” y Laudes, que por cantar (y aun rezar) en dicho convento con grande pausa, duró por mucho espacio de tiempo. Decía sor Inés que era para arrebatarse las atenciones, la destreza, donaire y gala con que aquellas santas religiosas llevaban el cirio sin perder el compás de los instrumentos, ni los cruzados de la danza. Pero con toda esta deleitosa belleza, siempre deseaba ella tener una de aquellas velas; porque decía eran tan hermosas que no había discurso que pudiera alcanzar de qué material se habían formado. Eran muy transparentes, a modo de cristal, y el color era como de oro finísimo. Tantos fueron los deseos suyos, que la obligaron a decir a sor Isabel de la Cruz con quien danzaba: “Madre mía, si yo pudiera conseguir uno de esos cirios, mucho me consolaría”. Le respondió: “No, que estas velas no se hallan en esta tierra. Tú procura obrar bien, que no te faltará para cuando vengas”¹⁶⁶.

¹⁶⁶ Benavent, pp. 54-55.

Otro día, estando en el coro la sierva de Dios con la Comunidad, vio entrar en él al esposo de las almas, Cristo Nuestro Señor, y a su Madre Santísima, acompañados de ángeles que iban danzando con gran destreza y mucha gravedad; y al ver tan majestuosa grandeza, se arrobó y su santo ángel de la guarda, haciéndole una cortesía, la sacó a danzar. Correspondióle con una profunda humillación y bailaron los dos. Decía ella: “Procuraba yo con mucho cuidado imitar a mi santo ángel para no errar. Atendía cómo y cuándo hacía las cortesías y daba las vueltas; y de la misma suerte lo ejecutaba yo, saludando y reverenciando al enamorado Señor y a su Purísima Virgen Madre”.

En otras ocasiones le sucedió lo mismo; y en particular en el año 1672, el día de la Inmaculada Concepción de la Purísima Virgen María. Celebrando esta festividad con suma alegría, los santos ángeles, que, acompañando a su gran Reina, bajaron al coro, donde cantaban las religiosas los Maitines, formaron una celestial danza; y el ángel de la guarda de sor Inés, que estaba absorta, tomándola de la mano, le dijo: “Inés, ya es hora de danzar en esta fiesta de la Reina Santísima”; y tomados de las manos, ella y su santo ángel de la guarda, danzaron mientras duró en dicho coro el “Te Deum laudamus”.

En otra ocasión, en la víspera de santa Inés, estando las religiosas del convento diciendo los Maitines, al entonar el “Te Deum laudamus”, se arrobó y vio que bajaban del cielo a dicho coro innumerables ángeles, cantando unos y tañendo sonoros instrumentos otros. Bajó también gran número de santas vírgenes, presidiendo la Purísima Virgen Madre; y a toda esta celestial comitiva acompañaba la gloriosa virgen y mártir santa Inés, la cual tenía en sus brazos al Cordero divino. Los espíritus angélicos y las vírgenes santas, formaron una tan compuesta como deleitosa danza; y la sierva del Señor, refiriendo esto, decía que estándose regocijando en alta contemplación de tan soberano festín, el Cordero de Dios, le dijo: “Ea, Inés, danza un poco, puesto que esta fiesta se celebra a tu Patrona”. Y ella, obedeciendo con singular gusto al precepto de su divino y enamorado esposo, se puso a danzar con mucho contento.

Danzaba con los ángeles y lo hacía la sierva de Dios únicamente por dar gusto a su divino esposo y juntamente condescender con lo que le mandaban. En una ocasión que lo quiso excusar, parece que se disgustó el Señor. Fue el caso en el año 1672, víspera de las once mil vírgenes. Estando con las demás religiosas diciendo los Maitines, la suspendió el Señor; y estando arrebatada en espíritu, vio que su divina Majestad vestido de indecible gala, y asistido de las once mil vírgenes y de muchos ángeles, se puso en medio del coro, atendiendo al fervor, espíritu y devoción con que aquellas religiosas rezaban el oficio divino. Algunos ángeles tañían diversidad de instrumentos; otros cantaban dulces motetes y muchos formaron una honesta y admirable danza.

Estándose ella muy contenta, absorta y regocijada, contemplando aquel soberano festín, así que entonó la santa Comunidad el “Te Deum laudamus”, le dijo el Señor: “Ea, Inés, danza también”. Y como gustase más de estar abismada en aquel piélagos de celestiales delicias que de bailar, procuró excusarse, diciendo: “Señor, yo no sé bailar como estos gloriosos espíritus”. Refiriendo esto la sierva de Dios, decía: “Mi querido enamorado y esposo se enojó, y tomándome de las manos me obligó a danzar. Obedecí con rendida voluntad y bailé, procurando imitar a las santas vírgenes”¹⁶⁷.

En la víspera de la Purísima Concepción, estando en el coro rezando Maitines, vio que Cristo Nuestro Señor, su Madre Santísima y muchos ángeles bajaron al coro; y los ángeles de la guarda de las religiosas del convento tenían en sus manos una hermosísima corona. Cristo, Señor nuestro, engalanaba a cada una de las religiosas con un ropaje de singular hermosura; el ángel de la guarda le ponía en su cabeza aquella corona que tenía en las manos, y la Purísima Virgen María le daba su santa bendición. Con estos favores espirituales, se inflamaron las voluntades de todas aquellas religiosas, con fervorosos afectos de encendido amor.

Así que entonaron el “Te Deum laudamus”, vio que tres hermosísimos ángeles bajaron del cielo, llevando cada uno en un rico azafate una torta. Presentáronlas delante del Señor, y su divina Majestad les dio su santísima bendición, y la Purísima Virgen Madre, tomando aquellas tres tortas o panes benditos, los repartía dando un pedacito al ángel de la guarda de cada una de las religiosas, al de los recomendados de sor Inés, y al de los devotos de dicho convento; y cada cual de los ángeles de la guarda daba aquel pedacito de torta bendita al alma que tenía a su cargo. Y aunque la sierva de Dios conocía que aquel pedacito de torta no se comía de un modo corporal, sino espiritualmente, fue tan al vivo aquella visión, que le sobrevino un ligero escrúpulo. Lo consultó con la Purísima Virgen, diciéndole: “Señora, yo no sé qué hora será, si es más de la media noche. ¿Si como este pedacito de torta bendita, podré comulgar?”. La Virgen Santísima, considerando tal sencillez, riéndose, le dijo: “Hija, como este pan bendito no es pan material, sino pan de gracia, no impide la santísima comunión y así bien podrás comulgar”. Con esto quedó muy satisfecha y consolada¹⁶⁸.

El año 1672, el primero de enero en que se celebra la fiesta de la circuncisión del Señor, organizaron las religiosas una fiesta en honor de Jesús recién nacido... Algunas religiosas tañían diferentes instrumentos, otras cantaban diferentes letras y cánticos al Niño Jesús y a María Santísima, y fue

¹⁶⁷ Benavent, pp. 56-57.

¹⁶⁸ Benavent, p. 44.

*tanta la exaltación del espíritu de la sierva de Dios que se transportó en Dios. Estando en éxtasis, vio que del sagrario del altar mayor salían muchos rayos de resplandor que ilustraban el coro donde estaba la Comunidad con tanta luz que, siendo de noche, parecía tener mayor claridad que la que causa el sol al mediodía. En medio de aquella luz, se le manifestó María con su hijo en brazos, acompañada de san José y de gran multitud de ángeles y almas bienaventuradas, que con música celestial festejaban el misterio del Salvador del mundo recién nacido; y vio la unión de la música celestial con la que hacían las religiosas*¹⁶⁹.

Todos los años, la víspera de la fiesta de Nuestra Señora de la Esperanza, las religiosas escribían una carta a la Virgen María y después acompañaban a una religiosa vestida como un ángel hasta el altar de la Virgen, donde entregaban sus cartas a la Madre Priora, que iba leyendo las cartas de cada una.

*El año 1673, estando leyendo las cartas, vio sor Inés que Nuestro Señor con su Madre Santísima, acompañados de innumerables ángeles, bajaron hasta la sala donde estaban las religiosas. La Virgen regalaba un pedazo de mazapán al ángel de la guarda de las religiosas de quien era la carta que se acababa de leer. Al preguntarle sor Inés al Señor qué significaba aquello, Jesús le respondió: “Es un pedazo de mi Corazón que yo regalo a mis hijas y esposas, que me aman de corazón”*¹⁷⁰.

Un día, después de comulgar, se le manifestó el Señor con la Virgen María e innumerables ángeles, que componían una música suavísima. No se pudo contener y se puso a cantar con ellos estas palabras conforme a sus deseos: “Amemos a Dios, sirvamos a Dios. Pésame de haber ofendido a Dios”. Y decía con su sencillez que gustaban tanto los ángeles de oírla cantar aquella cancioncita que se pusieron a reír y la Virgen Santísima le dio un maternal abrazo con el cual comunicó a su alma tales deseos de amar al Señor que jamás se podía saciar¹⁷¹.

*Un año, rezando las vísperas de la fiesta de la Asunción de María, vio sor Inés que bajó Nuestro Señor Jesucristo con su madre al coro acompañados de innumerables ángeles. Pusieron una silla majestuosa en el centro y allí se sentó su divina Majestad para asistir a las vísperas en honor de María. Decía sor Inés que esto hacía Jesús en sus fiestas, en las de María y en las de algunos santos especiales. Entonces la sierva de Dios les dijo a las religiosas: “Madres y hermanas mías, pongan cuidado y devoción, pues el Señor está sentado en nuestro coro” ... Al final su divina Majestad les dio a todas su santa bendición*¹⁷².

¹⁶⁹ Tosca, pp. 100-101.

¹⁷⁰ Benavent, p. 82.

¹⁷¹ Tosca, p. 85.

¹⁷² Benavent, pp. 85-86.

Sor Ana María de San Agustín declaró: *En muchas ocasiones, venían a hacer dulce compañía a sor Inés los ángeles y el Rey de los ángeles; pues ella era tan devota de los ángeles y los quería tanto, que éstos no podían menos de venir muchas veces a ayudarle en sus fatigas, a asistirle en los oficios más humildes, ya para que tuviera algún alivio en sus pesados quehaceres de lega, o para que se durmiese dulcemente en los éxtasis. Se gozaban con tan inocente criatura los bellísimos espíritus, y le daban ocasión, de propósito, a que pusiera en juego su infantil talento; pues en las horas de reposo de la Comunidad venían a la cocina, le cogían los cántaros, unos cántaros grandes de cobre que allí había, iban al pozo, los traían llenos de agua y le llenaban las tinajas, y luego los dejaban con un poco de alboroto, haciendo regular ruido. Mas pronto se llegaba a ellos sor Inés y les decía con su candidez: “Ea, angelitos, no hagáis ruido, porque las Madres ya están descansando, y luego me regañan a mí”. Las religiosas vieron varias veces que los cántaros que tenían para llevar agua a la cocina salían por sí solos y por sí solos volvían a la cocina, viéndose obligadas a exclamar a cada paso: “Hemos visto por estos claustros las maravillas del Señor”. De los dos cántaros que con frecuencia se veían moverse solos, es decir, llevados por ángeles, se conserva todavía uno, que la Comunidad muestra a los devotos¹⁷³.*

Un día, estando la venerable Madre en la cocina haciendo la comida, fue la Priora a reconocer cómo estaba y halló las dos puertas cerradas y la venerable Madre dentro transportada (en éxtasis). Y pareciéndole a la Priora conveniente, le impuso precepto que abriese y, viendo la Priora que no había nada, ni comida preparada, le dijo: “Buenas estamos, hermana, ¿qué comida dará hoy a la santa Comunidad, estando de este modo?”. Le respondió humilde y con santa sencillez: “Calle, Madre, calle por amor de Dios, que el esposo ha enviado a los ángeles, que unos menean el guisado que está en la cazuela, otros están barriendo la cocina y otros traen agua para el servicio de la Oficina; y yo he cerrado las puertas, para que las religiosas no sintieran el ruido”. Y aquel día, afirmaron las religiosas, estar la comida muy sazonada y de buen gusto¹⁷⁴.

¹⁷³ Pedro de la Dedicación, pp. 116-117.

¹⁷⁴ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, pp. 15-16.

QUINTA PARTE SU MUERTE

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

Durante toda su vida padeció muchas dolencias corporales. Aparte de la enfermedad que padeció a raíz de los disparos de su tío Bartolomé, que se cree que era epilepsia, tuvo una hernia durante 20 años. Estuvo muda tres años. Sufría de una inflamación a la rodilla que le causaba fuertes dolores al caminar. En una ocasión estuvo cinco días con retención de orina. Pero nunca se quejaba y ofrecía todo generosamente al Señor por los pecadores y las almas benditas.

Con los años, los males se fueron acentuando. Ya hemos hablado de que el año 1693 estuvo desahuciada y sólo en virtud de la obediencia pidió a Dios la salud y el Señor se la concedió. A fines de 1695 empezó a sentirse mal.

Cuatro meses antes de su muerte ya el Señor le había revelado el día exacto en que iba a morir. La Madre Ana María del Santísimo Sacramento, por orden de la venerable, empezó a escribir cartas a Don José Milán de Aragón, a Vicente Guill y a otras personas, en las cuales les prevenía que iba a morir y viniesen pronto si querían verla con vida.

En las Navidades de 1695 fue a Valencia el criado del convento y, al despedirse de la venerable, ella le dijo: *Dile a Francisca, mujer de Vicente Guill, que venga luego, si me quiere ver, que ya me voy*. Algunas personas, a quienes había confiado el secreto de su muerte, le decían: *Madre, no nos deje tan pronto, alcance del Señor que le conceda unos años más de vida*. Y ella respondía: *Eso es lo que yo no haré, porque lo que más me conviene y apetece es morir para vivir en compañía de mi Señor eternamente. Lo que ruego es que me encomienden al Señor*¹⁷⁵.

En el mes de enero de 1696 los médicos la desahuciaron. El 20 de enero llamó al párroco del pueblo, padre Felipe Benavent, a quien tanto hemos citado en este libro, y le dijo: *“Padre, ya me voy a la otra vida, encomiéndeme a Dios”*. Al otro día, 21 de enero, fiesta de su patrona, la virgen y mártir santa Inés, se despidió del médico Don Pedro Vidal, dándole gracias por sus servicios. A sus hermanas les dijo: *“Madres y hermanas, perdónenme, ya me voy. Así lo quiere mi Amado. Mi esposo me espera”*.

¹⁷⁵ Benavent, pp. 305-306.

Le dieron la comunión y la recibió con mucho fervor y amor. Y la celda se convirtió en un cielo como manifestó a los dos sacerdotes que le acompañaban y que estuvieron a su cabecera permanentemente los días 20 y 21. Eran los padres Miguel Saurina y Pablo Ortels, ambos directores de su alma y confesores. Les dijo que estaban en su compañía la Virgen Santísima, su esposo san José, santa Inés y santa Úrsula con su ejército de vírgenes, y todas las religiosas que habían fallecido en su convento de Benigánim.

Sor Catalina María de San Agustín declaró que, al tiempo de la visión celestial, todas las religiosas sintieron, no sólo en la celda de la enferma, sino por todo el convento, una suavísima fragancia más excelente que los aromas de todas las flores naturales. A la vez, la Madre Inés sentía una alegría extraordinaria y hacía profundas reverencias a su alrededor, moviéndose a un lado y otro de su cama.

Para todas las religiosas de esta Comunidad así como para los dos sacerdotes que asistieron en las últimas horas es cosa cierta que, atendido el ardor extraordinario de la Madre Inés y el fuego amoroso que veían la abrasaba, murió por la fuerza del amor de Dios, ya que la última enfermedad que padeció no fue otra que la falta de respiración. Murió con toda suavidad y apacible reposo¹⁷⁶.

Era el 21 de enero de 1696, cerca de la una de la tarde. Algunas personas dignas de crédito atestiguaron haber oído en el aire suaves músicas, como si los ángeles celebraran la entrada triunfal de la sierva de Dios en el cielo.

EL ENTIERRO

Era la venerable Madre de estatura algo más que mediana, algo corpulenta, el rostro varonil y algo moreno. Después de muerta quedó su cuerpo con señales de la gloria que su alma gozaba en el cielo, por haber quedado su cara más agraciada, blanca y venerable que cuando vivía. Sus carnes estaban tan blancas, tratables y flexibles que más parecían de cuerpo vivo que de muerto; de tal manera que, admirada cierta persona que entró en la clausura para ser testigo, le levantó los dedos de la mano y se volvieron ellos mismos a cruzar, cayéndose con la pausa y facilidad, como si estuviera durmiendo¹⁷⁷.

Sor Ana María de san Roque hace en las Actas y Documentos jurídicos una declaración muy interesante. Dice: *En el día cuarto después de la muerte de*

¹⁷⁶ Pedro de la Dedicación, p. 375.

¹⁷⁷ Tosca, p. 374.

la venerable Madre, cuando la Comunidad se encontraba en el refectorio, movida la testigo por una grande devoción hacia la sierva de Dios, intentó arrancarle de la boca un diente; fue entonces que se verificó un gran prodigio, pues habiendo hecho suficiente fuerza para extraerlo, no sólo no pudo sacarlo, sino que, por el contrario, comenzó a salir sangre líquida, gota a gota, de la encía de la venerable Madre; en igual forma que si hubiera estado viva. En el momento mismo en que, estupefacta por tal portento, quedó como anonadada la testigo, llegó la Madre Bernarda María de los Santos Reyes, religiosa entonces de este convento, y entre las dos procuraron recoger aquella preciosa sangre, empapando los pañuelos, porque había salido mucha cantidad; los pañuelos así empapados tomaron una extraordinaria y suavísima fragancia que recreaban mucho los sentidos, y hechos pedacitos los pañuelos, sirvieron para distribuirlos entre los devotos de la sierva de Dios, que en ello recibían singular consuelo¹⁷⁸.

Al enterarse de su muerte, de todas las partes se lanzaron a Benigánim tropes de gentes que se tenían por hijos espirituales de tan tierna y bienhechora Madre... El sagrado cadáver fue colocado en el lugar que da a la iglesia dentro de la clausura y allí permaneció por espacio de cuatro días, que fueron: sábado 21, domingo 22, lunes 23 y martes 24 de enero de 1696. Durante este tiempo fue tan numeroso el concurso de pueblo que se acercó a la iglesia de este convento a ver y venerar el cuerpo de la sierva de Dios, que era casi imposible entrar y salir de la iglesia, porque se impedían unos a otros. Este concurso, que duró los cuatro días, estaba formado de personas pertenecientes a todas las esferas y grados sociales, eclesiásticos y seglares, procedentes de la ciudad de Játiva y de todas las villas y lugares de este reino de Valencia, llamándola todos y aclamándola por una gran santa. Por este concepto que tenían de la venerable Madre, todos pedían cosas que le hubiesen pertenecido para conservarlas como reliquias. Y, en efecto, la que esto refiere, como las demás religiosas, se vieron precisadas a dividir y distribuir los hábitos y velos de la venerable Madre y cualquier otro género de objetos y cosas que le habían pertenecido, y hasta las tablas del pobre lecho en que murió fue necesario partir y distribuir, a fin de satisfacer la devoción de aquellas gentes. Fue asimismo necesario que la Madre Isabel María del Cuerpo de Cristo, entonces Priora, señalase a dos religiosos para recoger de los fieles los rosarios que traían y los pasaran por el sagrado cuerpo de la sierva de Dios, pues querían conservarlos por esto con la mayor veneración.

Sor Magdalena de San Pablo certificó: En aquellos cuatro días fue innumerable el concurso de gentes que acudió a ver y venerar el cadáver de la venerable Madre Inés, de manera que fue necesario tener abiertas las puertas de la iglesia continuamente, día y noche, y aun con todo esto no bastó tal diligencia

¹⁷⁸ Pedro de la Dedicación, p. 384.

para satisfacer la devoción de las multitudes, que de todas partes venían, siendo personas de todas clases, de todas las ciudades y villas, aun de cuatro leguas de distancia, porque era tal la fama de santidad de la sierva de Dios que tan pronto como se divulgó la noticia de su muerte, se lanzaron a esta villa de todas partes para honrarla y venerarla como a santa. Y no era obstáculo el tiempo frío que hacía y que se sentía con gran rigor por aquellas montañas, debiendo notarse también que en aquellos días, y los que precedieron y siguieron, las lluvias fueron tan torrenciales y continuas, que ya en el reino de Valencia a este año 1696 se le da el nombre de “año de las lluvias”.

Al tercer día de la muerte de la venerable Madre le fueron cambiados los hábitos y los velos, lo que efectuaron la declarante con otras religiosas; y al hacer tal operación notaron esta gran maravilla, que el cadáver de la sierva de Dios se conservaba suave y flexible; así que para cambiarle las ropas no encontraron dificultad, al contrario, tanta o más facilidad que si estuviese viva; sus carnes estaban suaves, flexibles y blandas, más que cuando vivía. El motivo de cambiarle los hábitos fue el tener reliquias para distribuirlas a los devotos.

No obstante la crudeza de la estación y el rigor del clima, que se ha dicho, vino a la iglesia de este convento la Comunidad de los religiosos agustinos calzados de la ciudad de Játiva, sin que hubiese sido llamada ni avisada, movida sólo por la gran fama de virtud y santidad de la venerable Madre, y en nuestra iglesia la dicha Comunidad cantó con la mayor solemnidad la misa de difuntos.

En los mencionados cuatro días, durante los cuales estuvo expuesto el sagrado cadáver de la venerable Madre, se experimentaron algunas cosas sobrenaturales, que revelaban la gran santidad de la sierva de Dios, pues, por una parte, no sólo dentro de la clausura del convento, sino también en la misma iglesia, se sentía una exquisita suavidad de fragancia, que era notada, no tan sólo de las monjas, sino de todos los que entraban en la iglesia; por otra parte, tanto la declarante como otras religiosas del convento sintieron una armoniosa música celestial, sucediendo a la que esto refiere que, estando en su celda, oyó una intensa música compuesta de varios instrumentos, de armoniosa melodía, que recreaba de un modo extraordinario los sentidos; así que, pensando la declarante que serían algunos músicos que habrían venido de fuera para honrar y obsequiar a la venerable Madre Inés, se fue al coro y, examinando la iglesia, no vio por ninguna parte los tales músicos, y juzgando que podrían estar en la proximidad del cadáver, bajó allí mismo para cerciorarse del caso; pero ni allí vio músicos de ninguna clase, a pesar de que la música seguía sintiéndose. De aquí dedujo la que refiere y juzgaron todas las monjas que esta música sólo procedía del cielo y que el Señor había querido con esto manifestar la gloria de que goza la Madre Inés por su heroica santidad.

En el mencionado día martes 24 del mes de enero de 1696, el cuerpo de la Madre Inés fue colocado en una caja cerrada con cuatro llaves, de las cuales una fue consignada al Ordinario eclesiástico de este Arzobispado, como Prelado que es de la Comunidad; la otra fue dada al alcalde y regidores de esta Villa; la tercera fue entregada al rector y clero de la iglesia parroquial de Benigánim, y la cuarta llave la retuvo la Madre Priora de la Comunidad de este convento. De esta manera, y con la mayor solemnidad, fue enterrado aquel venerado cadáver en el día ya indicado¹⁷⁹.

Pasados algunos días del entierro advirtieron las religiosas que del sepulcro salía como un licor. Avisaron al confesor y al médico, los cuales entraron a reconocerlo y vieron lo mismo, asegurando por el color, olor y demás circunstancias que era aceite. Esto duró por algún tiempo y no era poco el que destilaba, pues lo recogían en platos y vasos de vidrio, siendo cosa bien singular que, sobre haber sucedido en invierno y ser grandes los fríos, no se congeló sino que permanecía líquido¹⁸⁰.

Las oraciones fúnebres con motivo de las exequias se celebraron ese mismo año, el 2 de julio en la iglesia San Salvador de Valencia, a cargo del padre José Fernández de Marmanillo. Del seis al ocho de mayo se celebró un triduo en el mismo convento de las agustinas descalzas de Benigánim con las prédicas a cargo del padre Felipe Benavent, cura párroco del pueblo, de Jerónimo Pascual y de Pascual Tudela respectivamente. Y en la ciudad de Alcoy, en el convento de las agustinas descalzas, el 6 de agosto también se hizo un servicio religioso a cargo del padre Javier Satorres, cura párroco de la Villa. Las cuatro primeras oraciones fúnebres, con testimonios de la vida de la sierva de Dios, fueron impresas y distribuidas entre sus devotos y son una fuente de primera mano para conocer su vida, pues la mayoría de los presentes y los predicadores la conocían personalmente.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Dios quiso glorificar a su sierva por medio de milagros maravillosos después de su muerte. Muchos de estos milagros Dios los hacía por medio de objetos que le habían pertenecido y que la gente usaba como reliquias. Estas podían ser pedazos de tela, polvos de su sepulcro, estampas, retratos, objetos tocados a su cadáver. En el convento de Benigánim de las agustinas descalzas se conserva un bastón que la sierva de Dios usaba en sus últimos años y con él ha obrado Dios muchas maravillas.

¹⁷⁹ Pedro de la Dedicación, pp. 378-381.

¹⁸⁰ Benavent, p. 293.

Un caballero, llamado Jaime Micó, padecía una grave enfermedad, la cual se le agravó de manera que se hallaba ya casi sin esperanza de vida; mandó que le trajesen un retrato de la Madre Inés, y con mucha fe le rogó que, si le convenía la salud, se la alcanzase de Dios Nuestro Señor. ¡Cosa maravillosa! Al amanecer, cuando pensaban los médicos dar orden que lo sacramentasen, le hallaron totalmente fuera de peligro. Tuviéronlo por cosa milagrosa y el mismo enfermo dijo a los circunstantes que la Madre Inés lo había curado, porque estando entre sueños la vio claramente delante de sí y, pasándole la mano por el rostro, le dijo: “Ya estás bueno”. Refirió esto delante de muchos testigos, asegurando que lo depondría con juramento siempre que se ofreciese.

En Valencia, una doncella virtuosa de 18 años se hallaba enferma de dos tumores, que le habían salido en el cuello cerca de la garganta y que no la dejaban comer. Sabiendo que cierta persona conocida suya tenía una cruz de la Madre Inés, le rogó que se la aplicara al cuello, llamando con mucha fe y devoción a la sierva de Dios. Al poco rato que tenía la cruz, sintió una suavísima fragancia. En poco tiempo desaparecieron aquellos tumores y quedó completamente sana¹⁸¹.

José Moreno, albañil de Valencia, estaba casi totalmente baldado de un brazo por lo cual no podía trabajar. Se hallaba muy afligido sin hallar remedio y no poder sustentar a su mujer y a sus hijos. Se encomendó a la Madre Inés y se puso en el brazo un denario de cuentas de las que la venerable Madre solía dar, ofreciendo hacer una confesión general de toda su vida y rezar el rosario todos los días. Con esto, al otro día, ya pudo trabajar dos horas y, al día siguiente, todo el día, y después continuamente¹⁸².

En octubre de 1697, la señora María Luisa Valezteguin tuvo un aborto que la llevó a las puertas de la muerte por haberle seguido un flujo de sangre tan copioso que se resistía a toda medicina. Por lo cual resolvieron olearla (darle la unción de los enfermos). Un eclesiástico que la visitó le aplicó una estampa de la venerable Madre Inés y, al instante, cesó el flujo y recobró las fuerzas y, en poco tiempo, se halló buena¹⁸³.

Una mujer de Cullera, llamada Senencia Villagur, tenía una hija enferma de tabardillo. En la misma casa ya se habían muerto tres personas de esa enfermedad. El médico mandó que le diesen los santos óleos. Su madre invocó a la Madre Inés y, en una bebida que había ordenado el médico, puso unos pocos

¹⁸¹ Benavent, p. 325.

¹⁸² Tosca, p. 399.

¹⁸³ Tosca, p. 409.

*polvos del sepulcro de la venerable Madre. Luego de tomar la bebida, la enferma se durmió y despertó del todo mejorada, de modo que todos se admiraron*¹⁸⁴.

*Don Jaime Albert manifestó que en su propia casa posee una cintura de cuero, de la cual se sirvió la venerable Madre, habiéndosela dado ella misma al declarante. Como se ha extendido tanto la devoción a la venerable Madre y son tantos los prodigios que la divina misericordia está realizando por medio de la misma, comenzaron a pedir dicha correa para aplicarse a las mujeres que se encuentran en partos difíciles y peligrosos, habiendo experimentado favores bien singulares aun desde el principio; por esto es tan universal la confianza que se ha creado, que son innumerables las personas que vienen a casa del testigo a pedirle la correa para usarla en el período del parto, siendo los efectos muy raros y maravillosos, pues algunas mujeres afirman haber dado a luz inmediatamente con suma facilidad, llevando encima la dicha correa, aun en gravísimos peligros. Casos ha habido en que, desahuciadas las parturientas por los médicos y comadronas, poniéndose la correa de la venerable Madre, han dado a luz con tal facilidad, que verdaderamente han sido creídos partos milagrosos. Estos casos ocurren con tanta frecuencia, que raro es el día en que no viene alguna persona a pedir la correa de la Madre Inés para alguna grave necesidad. Muchas veces los que vienen no pueden llevarse la cintura por no estar en casa; entonces se alegran de poder llevar una crucecita hecha con madera de la caja donde reposa el cadáver de la sierva de Dios, o también algún retrato de la misma. Todo lo dicho es verdad, público y notorio, y es fama corriente tanto en la ciudad de Valencia como fuera de ella*¹⁸⁵.

El doctor José Ortoneda, médico de la ciudad de Játiva manifestó: *A mí me sucedió el día 24 de junio de 1696, entre once y doce de la noche. Padecía un cólico fierísimo, pues me tuvo siete días continuos taladrándome el intestino, de forma que me dieron, y me di por muerto; y habiéndome un día antes referido un sermón, que predicó el doctor Jerónimo Tudela en las honras de la Madre Inés, religiosa agustina, en que se ocupó de los prodigios que había obrado, y de la mucha virtud en que había vivido, instando a su devoción; viendo que en los remedios humanos no hallaba remedio, reclamé a la sierva de Dios que pidiese al Señor me consolase y me diese salud. A cosa de un cuarto de hora, poco más, tuve total quietud, hallándome libre de tan feroz accidente. Volví el rostro hacia los pies de la cama y vi una cara de una mujer con hábitos de monja, con la vera imagen de cuando estaba viva, y me dijo, cogiéndome con su mano: “Levántate pobrecito, que ya estás bueno”. Por lo cual juraré ser así verdad; pues me hallaba tan desvelado, como escribiendo este papel, diciendo con todo fervor:*

¹⁸⁴ Tosca, p. 411.

¹⁸⁵ Pedro de la Dedicación, pp. 396-397.

“Si fuera Pontífice, ahora la canonizara”. Así lo siento y firmo en Játiva a 14 noviembre de 1697.

Otro caso: *Yo, José Fuster, notario, vecino de la ciudad de Játiva, declaro que el día once o doce de mayo del año 1796, refiriéndome algunas personas los grandes portentos y milagros, que la Madre Inés de Benigánim había obrado, los cuales se habían predicado aquellos días antecedentes en dicha villa, hallándome en ese mismo tiempo con grande pena y congoja de ver que un hijo mío de edad de dos años, llamado Joaquín, había tenido la desgracia de una caída hacía más de ocho días, de modo que no se podía valer de la pierna y pie derecho, antes bien la tenía tan encogida, que el dicho pie llegaba a la rodilla de la otra pierna. Habiéndole aplicado los remedios necesarios, no se reconocía mejoría alguna; y fervorizado con la devoción de la Madre Inés, con grande afectó recurrí a su amparo diciéndole que pues se hallaba tan favorecida de la divina Majestad, se apiadase de aquel niño y le alcanzase la salud. Y, al mismo instante, acabada esta petición, milagrosamente puso el pie en el suelo el muchacho y empezó a caminar, como si no hubiera tenido mal, con admiración y ternura de todos los circunstantes.*

Habiendo yo visto este portentoso, publiqué la rogativa que en aquel instante había hecho a la Madre Inés, teniéndolo, como lo tengo yo también, por milagro. Y lo acabo de confirmar con lo que dijo el niño por su boca, preguntándole que quién le había curado el pie, respondió: “La Nina”. Que añadiendo las circunstancias de tener el niño dos años, y no saber hablar, y también que jamás en mi casa se había dicho ni oído decir que a la Madre Inés la nombrasen por ese nombre de Nina, parece más cierto y evidente el que Dios Nuestro Señor, por intercesión de esa sierva suya, obró dicho milagro. Para que conste lo firmo de mi mano en Játiva, hoy 29 de mayo de 1696¹⁸⁶.

Don Juan Muzgo Jaurieta, de edad de 36 años, natural de la villa de Miranda de Arga del reino de Navarra, soldado de la compañía de Don Agustín de Venero, teniente coronel del Regimiento nuevo de Órdenes, en cierta pendencia que tuvo, recibió de su contrario una estocada en el pecho derecho; la herida era penetrante y respiraba por ella de modo que podía apagar la luz de una vela, por lo que dieron todos la herida por mortal; lo que también se persuadía el mismo herido, según lo fatigado que se hallaba. Apenas se supo su desgracia en el convento de las religiosas de Benigánim, se aplicaron todas a rogar al Señor que diese salud al herido si le convenía, poniendo por intercesora a la Madre Inés. Le enviaron una reliquia de la sierva de Dios, que recibió el dicho Don Juan con gran reverencia y devoción. Aplicándosela con gran fe y confianza, fue experimentando desde el momento la mejoría, hasta que quedó

¹⁸⁶ Benavent, pp. 258-259.

*con cabal salud y gran reconocimiento a la Madre Inés, por cuyos merecimientos e intercesión la consiguió de la Majestad divina*¹⁸⁷.

Sor Magdalena María de San Pablo manifestó en el Proceso: *Siendo Priora del convento la Madre Isabel María del Santísimo Cuerpo de Cristo, o sea, en el trienio 1700-1703, le sobrevino cerca del pecho izquierdo un dolor tan vehemente, que le impedía atender a sus deberes y temió que perdería la vida. Habiendo aplicado medicamentos durante los seis meses que el dolor duró, éste, en vez de disminuir, iba aumentando cada día. En esto, un día se llega al sepulcro de la venerable Madre y con grande confianza y fervor le suplicó que la curase de aquel mal; dicho esto, inmediata e instantáneamente cesó el dolor y no volvió a aparecer más. La testigo que experimentó el favor en su persona y toda la Comunidad atribuyeron el milagro a la sierva de Dios*¹⁸⁸.

*A principios de 1837 contrajo en Benigánim una fuerte infección a los ojos la niña Paulina Gómez, hija de Antonio y Vicenta. Transcurridos diez meses de enfermedad y de continuos e ineficaces remedios, resolvieron los padres suspenderlos todos. Pasados ocho días, fue al convento de religiosas de la villa de Benigánim la madre de la niña, y le dio la Priora una estampita de la venerable Madre Inés... A la mañana siguiente, ya estaba buena*¹⁸⁹.

El 15 de octubre de 1885, curó a sor Vicenta Bonet, religiosa carmelita de la Antigua Observancia, de Valencia. En torno al año 1851, contando esta religiosa 40 años, comenzó a padecer fuertes ataques nerviosos. Terminado el ataque quedaba sumida en una postración profunda. Sometida a unos baños de agua fría, quedó completamente privada de los miembros inferiores dos años más tarde. Quedó paralítica y, para acudir al coro, dos hermanas la sentaban en un sillón de ruedas, volviéndola luego a su celda. Así transcurrieron 32 años de su vida. En la pared de su celda colocaron un cuadro de la venerable Madre Inés de Benigánim y el día 15 de octubre de 1885 sor Vicenta Bonet, postrada, cruzadas sus manos, fijó su mirada en la imagen y, puesto su espíritu en Dios, pidió la salud. Inmediatamente sintió vigorizarse sus piernas. Se levantó con rapidez, dio mil besos a la imagen de la Madre Inés y marchó a visitar a dos compañeras enfermas. Enterado de su curación, el cardenal Minescillo, arzobispo de Valencia dispuso una investigación y se envió al Vaticano. Este milagro se imprimió en Gandía el mismo año 1885.

¹⁸⁷ Benavent, p. 327.

¹⁸⁸ Pedro de la Dedicación, p. 393.

¹⁸⁹ Juan Bautista Martínez y Tormo en el libro de Felipe Benavent, pp. 470-471.

MILAGROS APROBADOS PARA SU BEATIFICACIÓN

Era el día 24 de febrero del año 1875, a las tres de la tarde. El niño Miguel Martínez, de tres años de edad, del pueblo de Benigánim, hallándose con su tía Vicenta Guarnier en el patio de la casa, al ver salir de un cabo un conejo, echó a correr tras de él para atraparlo, con tan poco cuidado que, para lograr su intento, no vaciló en pasar por encima de un pozo, cuya boca estaba tapada desde hacía mucho tiempo con un cañizo y algunas esteras, que ya el tiempo y las lluvias habían podrido. Al poner los pies sobre esta tan frágil cubierta, cedió parte del cañizo y de la estera y el pobre niño cayó precipitadamente en el pozo. La tía del niño, Vicenta Guarnier, al oír el ruido de cañas que se rompían, se dio cuenta del percance, pero cuando ya no podía prestar ningún remedio: la caída fue instantánea. Entonces, dando gritos, sube a la casa donde estaba la abuela del niño, María Cucarella, y entre indecibles sollozos refiere a ésta lo acaecido. La abuela, espantada de la desgracia, se alza, y lo primero que se le ocurre es invocar con grande ansiedad y confianza a la vez la protección de la venerable Madre Inés.

Tenía suspensa de la pared una imagen de la venerable. A ella acude con la angustia que puede imaginarse, corre al patio, se asoma al pozo y comienza a exclamar: “Hijo mío, llama a la venerable, ella te socorrerá; no lo dudes, ella te salvará”. Los gritos de las mujeres cundieron por toda la casa, en la cual habitaban varios vecinos, y por toda la calle, pidiendo pronto socorro. En efecto, comienzan a acudir gentes de todas partes, mujeres sobre todo, y también varios hombres. Todos se acercan al brocal del pozo y ven horrorizados la tragedia: el niño estaba sumergido en el fondo de las aguas. Pero no siempre estaba el niño hundido, sino que a veces salía a flote, y ora sacaba la cabeza, ora los brazos, ora los pies, ora volvía a sumergirse. Y cuando salía a flote y oía las voces de su abuela, él también gritaba, unas veces llamando a su abuela y otras a su tía.

Al extremo de aquella calle se encontraban jugando a la pelota varios jóvenes, algunos de los cuales, oyendo los desaforados gritos de ¡auxilio!, corrieron hacia la casa de donde nacía tanto alboroto y, entrando, vieron la causa de tanto espanto y clamor. Uno de estos jóvenes, llamado Ramón Pastor, movido a piedad y con el deseo de salvar al niño, se ofreció a bajar al pozo sostenido y ayudado por los otros hombres. Se busca una soga a la cual atar a Ramón para que llevase a cabo tan arriesgada empresa, y no se encuentra en la casa. Por lo cual fue necesario traerla de la casa vecina. Sin pérdida de tiempo, Ramón se despoja de los vestidos, le atan la soga a la cintura y lo dejan caer en el pozo. El descenso no fue tan difícil al valeroso joven, pues el interior del pozo, hasta la mitad, tenía un mal revestimiento de piedras, con algunos huecos de trecho en trecho; poniendo en estos huecos los pies y las manos, pudo bajar con

relativa facilidad. Llegado al agua, Ramón cogió al niño, que flotaba, y dio voces para que tirasen de la cuerda y lo elevaran.

Ya Ramón estaba hacia la mitad del pozo, pensando que desde allí le había de ser menos angustiosa la subida por poderse ayudar de los mencionados huecos que ofrecía el revestimiento; pero, al poner el pie en uno de aquellos huecos, las piedras inferiores cedieron y se derrumbaron en el pozo. Ramón en este momento sufrió tremenda sacudida al quedar suspenso de la sogas en medio del pozo, y por esto y por la angustia que le causaba la sogas, oprimiéndole la cintura, se dejó caer al niño al pozo, yendo éste segunda vez al fondo del mismo.

Hubo entonces un momento de indecible terror por este nuevo percance. Ramón sufría ya angustias de muerte, sobre todo por la apretura de la sogas, que le partía la cintura y lo ahogaba, sintiéndose morir, si al momento no lo sacaban. Daba voces de agonía, suplicando a los que de arriba lo sostenían, que lo sacasen al momento; que no podía más, que se sentía morir; que si no lo hacían, morirían los dos, el niño y él. Pero todo lo venció la fe y confianza de la abuela del niño y de las personas, testigos del espectáculo. Le ruegan, le instan que baje al pozo otra vez, que haga un segundo esfuerzo, que la venerable Inés les asistirá y los dos serán salvos. Con tales alientos, animado el intrépido Ramón, manda que lo bajen, como así se hace. Toma segunda vez al niño de las aguas, lo sujeta con un extremo de la sogas y manda tirar..., y felizmente llegan a la boca del pozo ambos salvos y sanos.

La alegría de los muchos asistentes fue indescriptible al ver al niño Miguel, al cual creían muerto por los golpes de las dos caídas, por la altura del pozo (ocho metros), por la cantidad de agua (de dos a tres metros de agua había entonces), que salía vivo, íntegro, sano, en el mismo estado de salud que gozaba cuando alegre corría tras del conejo. Ninguna señal de asfixia, ninguna herida en la cabeza o en cualquier otra parte presentaba; tenía ganas de comer; le dieron un panecillo, que tranquilamente se lo comió entero. Llamaron al médico, por si había que aplicar al niño algún remedio o precaución. El médico reconoció minuciosamente al niño y tuvo que confesar que nada había que prescribir al niño, porque ninguna lesión había sufrido en su cuerpecillo, ninguna alteración en todas las funciones de la vida. Estaba sano y perfectamente íntegro.

Acosaban al niño los presentes con múltiples y repetidas preguntas y le expresaban los apuros y angustias sufridos por la abuela, la tía y todos los circunstantes, a todo lo cual Miguel, con sorprendente candidez, respondió: “No estaba solo, conmigo estaba una mujer, puesta a mi lado, llevaba un vestido negro y cubría su cabeza con un velo blanco; la veía yo todo el tiempo que estuve en el pozo hasta el momento de sacarme fuera de él”. Para los

circunstancias era cierto que la mujer indicada por Miguel no era otra que la venerable Madre Inés. Esto se confirmó pocos días después del suceso, porque una de las mujeres que había presenciado el hecho de sacar del pozo a Miguel y le había oído las palabras anteriormente referidas, llamada María Rosa Benavent, como hubiese encontrado al niño jugando por la calle, lo llamó, lo hizo subir a una habitación de su casa, donde tenía suspendidas de las paredes varias imágenes de santos y santas, y diciéndole que mirase aquellas estampas y viera si alguna de ellas representaba a la mujer que le había acompañado en el pozo, el niño Miguel, pasando la vista por las estampas, al llegar a la imagen de la venerable Inés, dijo: “¡Ésta es; ésta es la que estaba conmigo en el pozo!”. Nadie dudó ya de que la preservación de Miguel de una muerte segura e inevitable humanamente, había sido un verdadero milagro obrado por intercesión de la venerable Madre sor Josefa de Santa Inés.

El segundo milagro sucedió en el mismo pueblo de Benigánim. Cierta día el niño Vicente Pla, estando en la escuela, pidió y obtuvo del maestro permiso para salir a beber agua, y, en compañía del niño Joaquín Daras, traer a la escuela un botijo lleno de agua. Ambos, como niños, iban contentos y jugando a la fuente, que se encontraba en la llamada Plaza Real, en una pequeña depresión del terreno y de frente precisamente al convento de la Purísima Concepción, de las descalzas de san Agustín. Allí, a la entrada de la pequeña depresión, se reunieron en aquel momento varios niños y niñas, todos con el mismo objeto, o sea de beber agua. Nació entonces, entre la pequeña turba de niños, una disputa sobre quién era el primero que debía pasar antes a beber del anhelado líquido. Cuando así estaban disputando y dándose algún sopapo, ignorantes del peligro que inminentemente se les venía encima, he ahí que por un extremo de la plaza apareció un gran carro tirado por dos bueyes y cargado con un enorme pilón de piedra, que pesaría unas sesenta arrobas. (Este pilón fue, después del suceso, colocado en la fuente que hay inmediata a la iglesia parroquial).

Los bueyes, repentinamente y sin que se supiese la causa, se enfurecieron y desenfrenaron y emprendieron una rápida carrera con gravísimo peligro de los transeúntes. El carretero, temeroso de este inesperado furor de las bestias y por el peligro que de esto se originaba para la gente, trató con todas sus fuerzas de apaciguar y contener a sus bueyes, pero sin ningún resultado, porque éstos, desaforados y furiosos, continuaron con ciego ímpetu su precipitada fuga, encaminándose precisamente hacia el lugar donde estaba el grupo de chiquillos, a los cuales, sin darles tiempo para ponerse a salvo, atropellaron, tiraron por el suelo con gran confusión y pasaron por encima arrastrando el carro cargado con el pesadísimo pilón. Ningún recurso humano hubiera podido evitar en aquel momento una verdadera catástrofe.

Pero se hallaba en las proximidades del lugar un tal Enrique Torres, de oficio carnicero, quien desde el principio de la escena se dio perfecta cuenta del estrago que allí podía ocurrir, viendo a los bueyes agitados y furiosos, disparados en loca carrera hacia donde estaba el tropel de incautos niños y arrastrando un enorme carro cargado de un grandísimo peso. Ante tan inminente peligro, que ninguna fuerza ni poder humano podía conjurar, el señor Enrique se acordó inmediatamente de la venerable Madre Inés, a quien en tanta veneración tenían en Benigánim, y a cuya poderosa intercesión recurrían todos en sus necesidades y peligros. Y a ella dirigió Enrique sus ardientes súplicas en el preciso y necesario momento: “¡Madre Inés, proteged a aquellos niños!”, gritó en alta voz, de manera que fue oído de muchos; y lo hizo con tal fe y sentimiento de piedad que verdaderamente fue digno de que el Señor lo escuchara y la sierva de Dios acudiera a proteger y salvar a aquel grupo de pequeñuelos.

Como se ha dicho, los bueyes atropellaron a la turba de niños, los cuales, revueltos, arremolinados, cayeron debajo de los pies de los animales, pasando el carro por encima de ellos, produciendo el consiguiente espanto de las gentes, que creyeron hallarse en frente de una tremenda desgracia para el pueblo de Benigánim. Los bueyes, apenas pasaron por encima de aquel tropel de niños, pararon de repente. Entonces acuden presurosos los que habían presenciado el caso, temerosos de encontrarse con los niños, o muertos, o magullados, con graves fracturas y lesiones por lo menos. Pero, ¡oh prodigio!, todos los niños aparecieron sanos, íntegros, incólumes. Y lo que hace resaltar más el milagro es que el citado Enrique Torres, por precaución, tomó en sus brazos al niño Vicente Pla, que había visto más atropellado que los otros, y lo llevó a casa de sus padres.

Aquí inspeccionaron al niño con toda diligencia; le tientan por todas partes, examinan uno por uno los miembros de su cuerpo y no hallan ninguna herida, ninguna lesión, ni fractura de huesos, ni siquiera la más mínima ruptura de la piel; estaba perfectamente íntegro y sano. Tan sólo observaron en la pierna derecha, por encima del tobillo, en la piel que cubre ambos huesos, las señales bien marcadas de las ruedas del carro que le habían pasado por encima. Todos unánimemente atribuyeron a la protección de la venerable Madre Inés la incolumidad de los niños, y muy en particular el que no quedase triturada la pierna de Vicente Pla, por el paso de la carreta de un peso tan grande¹⁹⁰.

Por estos dos milagros, reconocidos por el Papa León XIII el 21 de febrero de 1886, se pudo proceder a la beatificación el 26 de febrero de 1888 en la basílica vaticana.

¹⁹⁰ Pedro de la Dedicación, pp. 423-427.

EXHUMACIONES

El lugar donde fue depositado el cuerpo de la venerable Madre, a los cuatro días de su muerte, era por su naturaleza muy húmedo por pasar por allí las aguas que sirven para la huerta y el uso del convento. Considerando las religiosas poco decente aquel lugar, decidieron pedir permiso para trasladarlo a otro lugar más digno. El 2 de agosto de 1713, a los 17 años de su entierro, se abrió la sepultura y se encontró su cuerpo con las manos cruzadas sobre el pecho, sin tener mal olor ni haber padecido más lesión que faltarle una levísima porción en la punta de la nariz, a pesar de estar el hábito podrido. La cara y las manos estaban tan enteramente blancas, suaves y flexibles como de un cuerpo vivo, lo que admiró a todos los presentes. Pero como no había permiso para trasladarlo a otro lugar, se colocó el cuerpo en el mismo lugar.

La segunda exhumación tuvo lugar el 4 de julio de 1714. En esta ocasión la vistieron con un hábito de seda y la adornaron con flores artificiales. Para tener las reliquias, tocaron su cuerpo con muchos rosarios y otros objetos.

En mayo de 1729 tuvo lugar el tercer reconocimiento de sus restos. El cuerpo estaba entero hasta las rodillas. La nariz, labio superior y frente algo descarnadas, y las canillas de ambas piernas descarnadas. Pero sus manos conservaban sus carnes y uñas. Todos juzgaron aquella conservación como maravillosa y sobrenatural.

El cuarto reconocimiento fue el 21 de enero de 1798. El cuerpo estaba entero y las carnes parecían todavía flexibles como comprobaron al hacer algunas pruebas los mismos señores del tribunal.

El cuatro de octubre de 1851 se realizó el quinto reconocimiento. Ese día fue curada la señora María Rosa Maiques y Llopis, madre de dos sacerdotes, de 60 años. Desde el 16 de agosto venía padeciendo graves dolores por hidrartrosis de la articulación coxofemoral, consecutiva a una contusión directa sobre la región isquiática; por lo que no podía caminar sola sin ayuda de una muleta o de alguna persona. Desde ese día, al pasar por el cuerpo de la beata que estaba expuesto en el comulgatorio junto al altar mayor, sintió en su interior un no sé qué agradable. Al día siguiente, se levantó curada, diciendo a todos: *La Madre Inés me ha curado*¹⁹¹.

¹⁹¹ Benavent, p. 345.

El último reconocimiento de sus restos tuvo lugar el 19 de abril de 1887. Asistió el cardenal arzobispo de Valencia, Antolín Monescillo, con el fin de hacer la extracción de reliquias en orden a la próxima beatificación. La Comunidad de agustinas descalzas le entregó la preciosa reliquia de un hueso llamado peroné, de la parte izquierda, cuya dimensión era de palmo y medio. El cardenal regaló esta reliquia al cabildo de la catedral de Valencia. El 14 de mayo de ese año, el cabildo catedralicio de Valencia decidió dedicar a la beata Inés un altar al lado de la epístola en la capilla de la Purísima de la catedral, donde fue colocada en un magnífico relicario de plata la preciosa reliquia.

Al momento del reconocimiento, los presentes sintieron un suave aroma que todos acordaron en llamar *olor de santidad*. El cuerpo estaba en el mismo estado de conservación que en 1851, salvo pequeñas partículas que se habían desprendido del rostro y extremidades inferiores. En agosto de 1896 se inauguró la capilla de la beata en la iglesia del convento de Benigánim, donde se trasladaron sus restos. Entonces le colocaron una mascarilla para conservar mejor el estado de su rostro y se le colocó un riquísimo hábito de terciopelo negro, bordado en oro y piedras finas. En sus manos le colocaron un pequeño lirio de plata esmaltada y un rosario de nácar con cruz y engaste de oro. Fue beatificada en el Vaticano el 26 de febrero de 1888.

Su cuerpo estaba en uno de los altares de la iglesia del convento de Benigánim. En la guerra civil española de 1936-1939 fue asaltado el convento y quemaron todo, incluido su cuerpo. En 1944 le hicieron un homenaje de desagravio. Se restauró su sepulcro y se colocó una imagen yacente de la beata Inés con la reliquia del peroné que en 1887 habían separado de su cuerpo. El hábito que lleva fue encontrado en el museo de Játiva y era el mismo que vestía la beata cuando robaron la urna en 1936. Su cuerpo es una imitación en cera.

En 1999 fue nombrada hija predilecta y alcaldesa honoraria de Benigánim. Es patrona del pueblo de Benicull y de un barrio de la ciudad de Sueca. En Alcira tiene dedicado un altar. Su fiesta se celebra el 21 de enero, día de su muerte.

ANOTACIONES

Una de las cosas que más llaman la atención en la vida de nuestra beata es su constante comunicación con los ángeles. Otra cosa sobresaliente es ver cuán grandes carismas le concedió Dios, como el don de bilocación, de conocimiento sobrenatural, de profecía, de curar y de hacer milagros.

Y, a pesar de que toda su vida se mantuvo en una infancia mental, fue una gigante espiritual; y supo sufrir y aceptar *cargamientos* o sufrimientos en lugar de otros como una persona fuerte y madura en la fe.

Algo que ella tomaba muy en serio era orar por sus *recomendados*. El padre Felipe Benavent refiere que ella lo aceptó como su hijo espiritual. Ella, a quien Jesús la nombró Madre de las almas del purgatorio, llegó a ser también madre espiritual de muchas personas que le pedían que las encomendara a Dios, lo que ella hacía con toda seriedad. El padre Pascual Tudela, en la oración fúnebre de sus exequias, dijo con sus mismas palabras: *Estaba en el coro y me dormí (quedó arrobada), vino Nuestro Señor, vestido de Pontífice, y se sentó en una silla que pusieron en medio del coro y, viéndole sentado, postrada, le dije que trajese aquí a todos mis hijos, que son lo que tengo a mi cargo para rogar por ellos por habérmelos encomendado. Y Nuestro Señor les dio la bendición a todos*¹⁹².

Realmente su vida fue una cadena de milagros y nos enseña a vivir nuestra fe católica en plenitud. Ella amaba mucho a Jesús presente en la Eucaristía y a María nuestra madre. Los santos eran sus amigos y compañeros de la vida. Tenía imágenes de Jesús y de María por medio de las cuales Dios le concedió grandes bendiciones como con la estampa del Ecce Homo, con la cual, sólo mirándole, podía rezar el Oficio divino con sus hermanas, pero sólo mientras estaba en el coro.

Por otra parte, a pesar de no saber hablar más que imperfectamente el valenciano, tuvo comunicación con grandes personajes de su tiempo: el virrey de Valencia, conde de Paredes; el arzobispo de Valencia; el que fue obispo de Segorbe, Monseñor Antonio Ferrer, que fue un tiempo su confesor; el padre Isidoro Gilart, que fue visitador general del arzobispado de Valencia; el famoso padre Juan Mancebón, descalzo franciscano. Y, no sólo con eclesiásticos, la reina Madre Doña Mariana de Austria, madre del rey Carlos II, le consultaba cosas de importancia, cuando era regente; y lo mismo Don Juan de Austria, hijo del rey Felipe IV. Estos y otros grandes señores escribían a su confesor Pedro Pastor o a la Priora, y les contestaban de acuerdo a las respuestas que daba la beata.

Algo también extraordinario fue su trato por bilocación, sin haberse conocido ni encontrado nunca físicamente, con la Madre María de Jesús de Ágreda, famosa mística concepcionista del pueblo de Ágreda en Soria. Ambas se visitaban mutuamente en espíritu y eran amigas. Según el padre Pedro Pastor estas visitas eran recíprocas y frecuentes. Un día, *estaban las hermanas en el locutorio y observaron que hacía grandes reverencias y daba muestras de*

¹⁹² Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, p. 13.

singular júbilo y alegría. La Madre Priora le ordenó que dijera a quién le hacía tales muestras de cortesía y respondió que las hacía a la Madre María de Jesús de Ágreda, que acababa de llegar a visitarla¹⁹³.

También es interesante anotar que san Ezequiel Moreno (1848-1906), el santo del IV Centenario de la evangelización de América y patrono de los enfermos de cáncer, ya que murió de cáncer y sus milagros para la beatificación y canonización fueron curaciones de enfermos de cáncer, era muy devoto de nuestra beata. La eligió como patrona al comenzar su vida misionera en Colombia, con el fin de restaurar la Orden agustino-recoleta en este país. A ella le encomendó las expediciones de los misioneros que llegaron a Colombia para potenciar las misiones y la vida de la Orden. Él difundió su devoción en Bogotá y, cuando parecía que lo iban a nombrar obispo, sus dirigidas hicieron una novena a la beata Inés para que no lo nombraran obispo, a fin de que no las abandonara. Pero fue nombrado obispo, administrador apostólico de Casanare, y después llegó a ser obispo de Pasto.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído detenidamente la vida de la beata Inés de Benigánim o sor Josefa María de Santa Inés, nos quedamos admirados de las maravillas que Dios obró en su vida. Algo que nos ha llamado poderosamente la atención ha sido que, en casi todas las páginas de las vidas escritas sobre ella, sus biógrafos hablan de ángeles. Su relación con su ángel y los de los que la rodeaban y, en especial con los de los agonizantes o de las almas del purgatorio, era continua. Los ángeles le ayudaban en todo: a cocinar, barrer, llevar cosas pesadas, la acompañaban en sus éxtasis y se hacían presentes acompañando a Jesús y María o a otros santos en sus apariciones. También le ayudaban las almas del purgatorio.

Su ángel custodio la llevaba en bilocación a diferentes lugares del mundo entero para ayudar a los desamparados, evitar muertes o desgracias e, incluso, para calmar tempestades o apoyar en las batallas.

Su vida fue realmente angelical por la compañía de los ángeles y por estar totalmente dedicada al servicio de Dios. En algunos momentos, la gente que la rodeaba sentía una fragancia celestial. Ella bailaba y jugaba con Jesús como dos niños inocentes; y los ángeles se reían con ella y, a veces, cantaban y danzaban con ella.

¹⁹³ Pedro de la Dedicación, p. 263.

